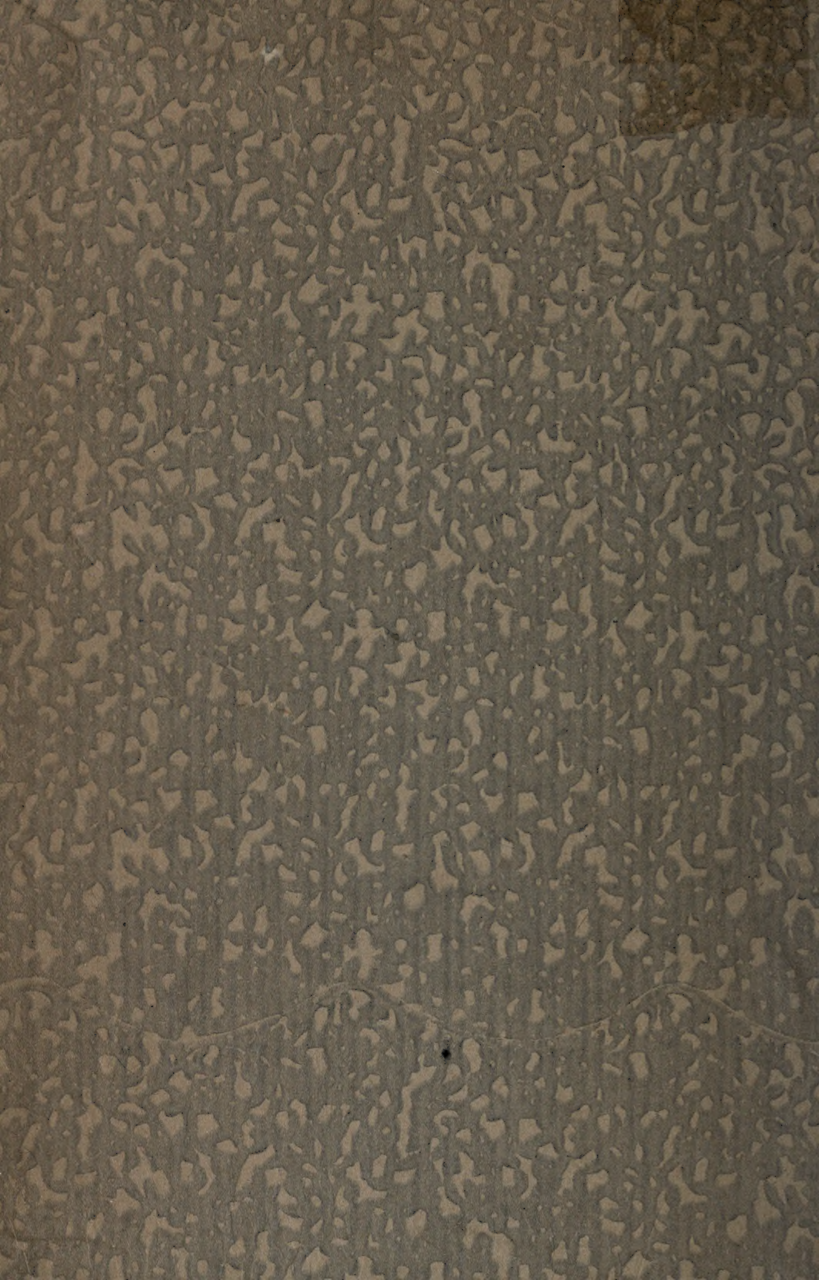
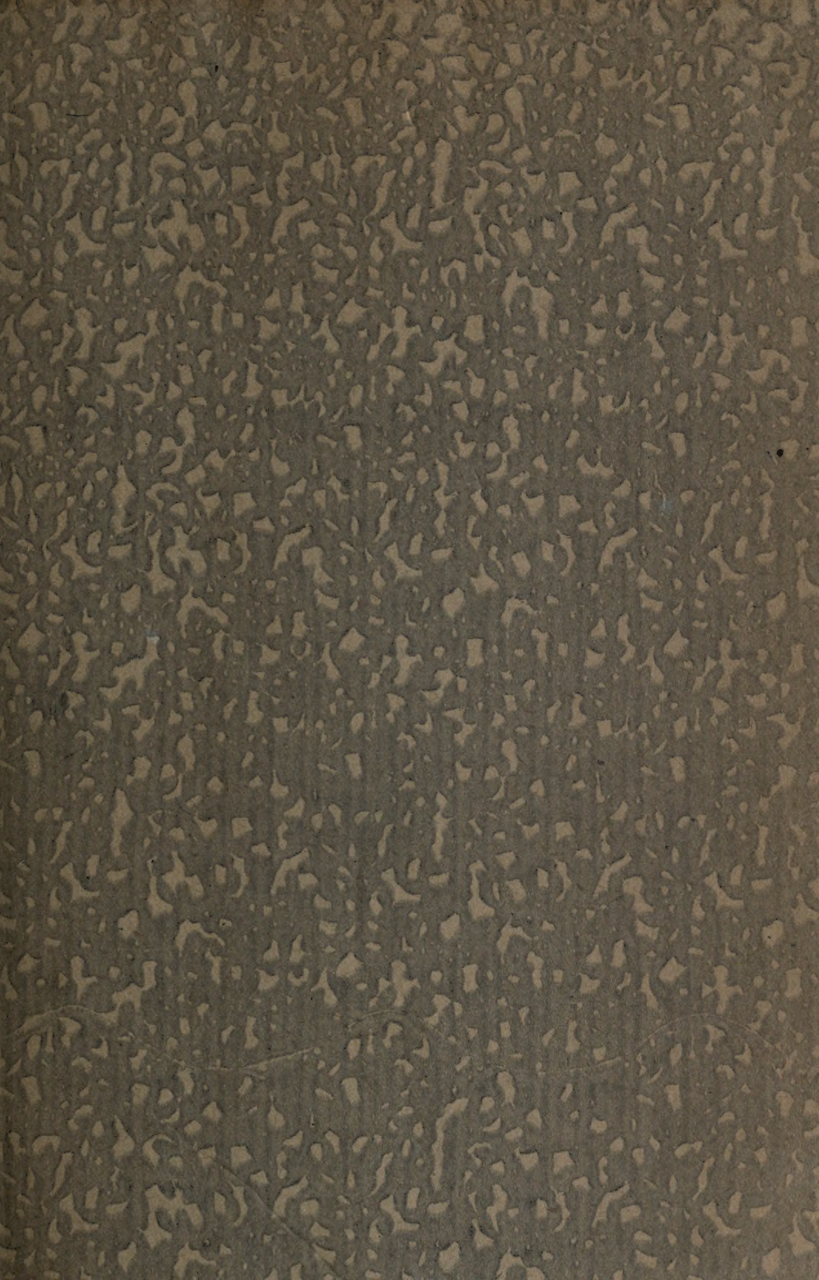
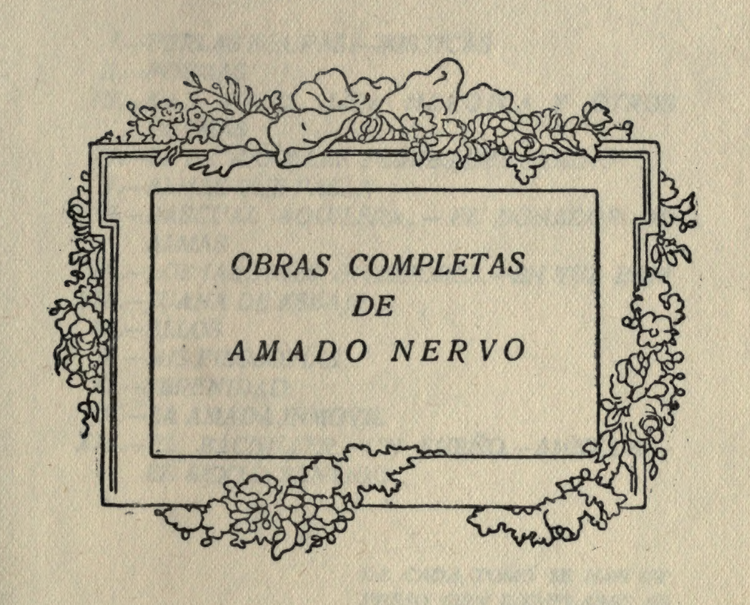

3 1761 04944949 9







OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

TOMOS PUBLICADOS

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS
II.—POEMAS
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS
IV.—EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO
V.—ALMAS QUE PASAN
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA
VIII.—JUANA DE ASBAJE
IX.—ELLOS
X.—MIS FILOSOFÍAS
XI.—SERENIDAD
XII.—LA AMADA INMOVIL
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO



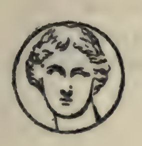

TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO



OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO — *Volumen XIII*

EL BACHILLER

UN SUEÑO — AMNESIA
EL SEXTO SENTIDO



BIBLIOTECA NUEVA — MADRID


LIBRARY
JUN 1 1973
UNIVERSITY OF TORONTO

I

EL BACHILLER

Por tanto, si tu mano o tu pie te fuere ocasión de caer, córtalos y échalos de ti: mejor te es entrar cojo o manco en la vida que, teniendo dos manos o dos pies, ser echado en el fuego eterno.

MAT., XVIII, 8.





NACIÓ enfermo, enfermo de esa sensibilidad excesiva y hereditaria que amargó los días de su madre. Precozmente reflexivo, ya en sus primeros años prestaba una atención extraña a todo lo exterior, y todo lo exterior hería con inaudita viveza su imaginación. Una de esas augustas puestas de sol del otoño le ponía triste, silencioso, y le inspiraba anhelos difíciles de explicar: algo así como el deseo de ser nube, celaje, lampo, y fundirse en el piélago escarlata del ocaso.

Las solemnes vibraciones del *Angelus* llenábanle de místico pavor; la vista de una ruina argentada por la luna o de un sepulcro olvidado, cubría de lágrimas sus ojos. Algunas veces, sin causa alguna, lanzábase al cuello de su madre, y con efusión incomparable la besaba y le decía:

—¡No quiero que te mueras!

Otras, permanecía en éxtasis ante un cuadro cualquiera.

Era huraño y, a la edad en que todos los niños buscan la zambra, procuraba el aislamiento.

A los trece años, habíase enamorado ya de tres mujeres, cuando menos, mayores todas que él; de ésta, porque la vió llorar; de aquélla, porque era triste; de la otra, porque cantaba una canción que extraordinariamente le conmovía.

Parecía su organismo fina cuerda tendida en el espacio, que vibra al menor golpe de aire.

De suerte que sus dolores eran intensos e intensos sus placeres; mas unos y otros silenciosos.

Murió su madre, y desde entonces su taciturnidad se volvió mayor.

Para sus amigos y para todos era un enigma, y causaba esa curiosidad que sienten la mujer ante un sobre sellado, y el investigador ante una necrópolis egipcia, no violada aún.

¿Qué había allí dentro? ¿Acaso un poema o una momia?

¡Ah... se iría a la tumba con su secreto!

La herencia materna, bien menguada, apenas bastó al joven para trasladarse a una ciudad lejana, donde un tío suyo, solterón, vivía y le llamaba, ofreciéndole encargarse de su educación.

Tenía entonces catorce años.

Era aquella ciudad, llamada Pradela, una de

las pocas de su género que existen aún en México. De fisonomía medioeval, de costumbres patriarcales y, sobre todo, de ferviente religiosidad.

Influían en esto, sin duda, el clima, el apartamiento de todos los centros, a que contribuían los pésimos caminos carreteros, el temperamento linfático de los habitantes y otros factores igualmente poderosos. Ello es que, salvo los religiosos ejercicios, nada había en Pradela que sacar pudiese de quicio a los moradores, dedicados en su mayor parte a la labranza.

Aquí y allá, en las tortuosas y húmedas calles, erguíanse caserones de heterogéneo estilo, que acusaban reparaciones diversas con intervalos asaz prolongados; edificios bajos de adobe o de piedra, con pesados balcones cuyas maderas, a perpetuidad cerradas, nada dejaban adivinar de la silenciosa vida del interior.

Las iglesias, numerosas, sombrías, sin ningún encanto arquitectónico, como levantadas por una piedad sobria y desdeñosa de las formas, mostraban sus campanarios cúbicos, rematados por gruesas cruces de piedra.

Tenía la ciudad su obispo, varón docto en teología y cánones, y su seminario, inmensa casa que albergaba más de cien teólogos y donde la juventud de Pradela hacía sus estudios preparatorios y gran parte de ella los sacerdotales. Así, a ciertas horas del día, veía uno salir

por la inmensa puerta principal del colegio multitud de muchachos, de cuyos hombros pendía la grasienta capa de casimir gris: único distintivo que acusaba su cualidad de estudiantes de *facultad menor.*

La puerta del *Clerical*, departamento del colegio destinado a los teólogos, daba asimismo paso, los jueves y los domingos, a grupos enlutados de jóvenes originarios de todos los pueblos del distrito, o bien miembros de las familias conocidas de la ciudad, que iban de paseo.

El observador más ligero habría notado en aquellas caras las procedencias más diversas: el indio puro, con su cabello lacio, su aguileña nariz, sus ojos negros de reflejos azulados, su parsimonioso y grave movimiento; el rubio pecoso y el rubio limpio; el moreno claro y todos los tipos que forman en México la híbrida población.

Este venía de la sierra, aquél de la tierra caliente, éste de la región templada, aquél de la malsana costa, que el vasto distrito abrazaba zonas bien diversas; y, cada año, diez o doce de aquellos jóvenes, recibidas las órdenes sagradas, tornaban definitivamente a sus pueblos, ya de vicarios, ya de curas, permaneciendo uno que otro, los menos rudos, en la ciudad, con la perspectiva de una canonjía provechosa.

Cuando el reloj de la catedral sonaba las

nueve y tres cuartos de la noche, dejábase oir el lento y sonoro toque de *queda*, cuyas tristes inflexiones llevaban a todos los hogares una sensación indefinible de melancolía y de temor. Prolongábase este toque hasta las diez; y, tras breve intervalo de silencio, oíase de nuevo durante algunos minutos, recibiendo el toque segundo la denominación de *queda grande.*

Al escuchar el toque, el viejo médico dejaba su tertulia; la visita de confianza se despedía, y las calles, de suyo silenciosas durante el día, dejaban ver, a la luz de ictérico farolillo de aceite, a tal o cual transeunte que presuroso se dirigía a su casa, oyéndose por largo tiempo el eco medroso de sus pasos.

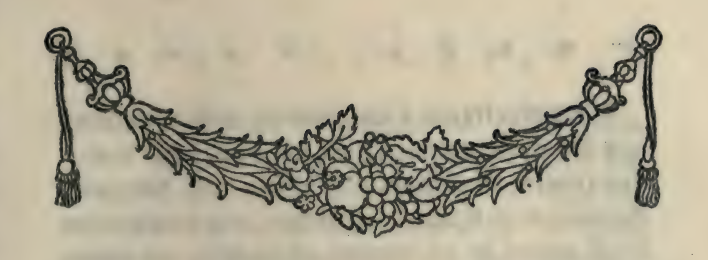
Las jóvenes de la ciudad,—porque las había a pesar de todo—, pálidas por lo general y de fisonomía pensativa, salían a la calle arrebujadas siempre con negro tápalo de merino; oían diariamente su misa; confesábanse los viernes, teniendo cada una su director espiritual, y comulgaban el sábado, en honor de la Inmaculada, las fiestas de guardar y tal o cual día de elección.

Año por año, las aulas del Seminario, vacías de gramáticos, filósofos y teólogos, que disfrutaban sus vacaciones, corridas de octubre a enero, hospedaban a aquellas jóvenes, por nueve días, destinados a la contemplación de las verdades eternas, conforme al método de San Ignacio.

Los ejercicios efectuábanse por tandas, cada una de nueve días; y cuando ya así las solteras como las casadas de Pradela los habían recibido, tocaba su turno a los hombres, algunos de los cuales los esquivaban, verificándose en cambio entre los concurrentes tal o cual discreta conversión, que llevaba al elegido por la Divina gracia, de una disipación disimulada y mediana, a los claustros del Seminario, donde trocaba el legendario traje *charro* por la sotana clerical.

¿Amores? También florecían en aquella atmósfera pesada; mas, como la *Reina de la noche*, abrían su cáliz en el misterio, sin dejar por esto, semejantes a ella, de ser puros y sencillos. Vivían en silencio por breve tiempo y morían por fin bajo el yugo matrimonial, dirigidos, desde su *alfa* hasta su *omega*, por el prudente director espiritual de la doncella.





II

TAL era el medio en que debían desarrollarse las delicadas facultades de Felipe, quien, ávido de estudio, comenzó por dedicarse al del latín, que comprendía *mínimos*, *medianos y mayores*, y al cual debían seguir las matemáticas, la física y por último la lógica, coronamiento de la *facultad menor* y vestíbulo de las tres teologías: *dogmática, moral y mística*, y del derecho canónico, extenso y árido.

Su vida transcurrió desde entonces sin más agitaciones que las que su viciado carácter le proporcionaba; su fantasía, aguijoneada por el vigor naciente de la pubertad, iba perpetuamente, como hipógrifo sin freno, tras irrealizables y diversos fines. Atormentábale un deseo extraño de misterio, y mujer que a sus ojos mostrase la más leve apariencia de un enigma, convertíase en fantasma de sus días y sus noches.

Si pasaba frente a un caserón más silencioso que los otros y advertía en los balcones tiestos que revelaban cultivo o canarios que hablaban de mimos delicados, deteníase, e incrustándose en el marco de un zaguán, aguardaba las manos blancas, los ojos negros y el talle leve que necesariamente debían albergar aquellos muros. A veces, y era lo más común, en el rectángulo de luz que limitaban las maderas al abrirse, destacábanse, ya la quintañona de cofia, espejuelos y camándula pendiente del cordón del *Tercer orden;* ya el fornido *amo*, que salía en busca de aire y que con las manos en los bolsillos del ajustado pantalón miraba el cielo, donde una noche de verano encendía todos sus luceros; pero a veces también trocábase en verdad el poético presentimiento, y la niña de ojos claros u obscuros—que esto no hacía mucho al caso—se dejaba ver, y al soslayo inspeccionaba las trazas del misterioso galán.

Ahí paraba todo, porque no faltaba un indiscreto que pusiese a Felipe al tanto de las generales de su Virginia, y con el misterio huía la ilusión, y nuestro héroe murmuraba como el poeta: *¡No era ella!*

Y *Ella* no llegaba nunca: era el rayo de luna eternamente perseguido por un Manrique de catorce años.

A los cuales se añadieron cinco, sin que el

soñador cambiase de procederes. La vagancia tras el estudio, a caza del ideal, y el estudio tras el ensueño, llenaron ese lustro; y el buen tío, más dado a observar la atmósfera por si había barruntos de lluvia o sequía, que los corazones que le rodeaban, jamás sofrenó con su prudencia de viejo los ímpetus de aquel espíritu enfermo de anhelos imposibles.

Hubo de llegar el día de la elección de carrera. Terminaban las vacaciones del año de lógica y Felipe se hallaba a la sazón en el campo, en una propiedad de su tío, en compañía de Asunción, la hija del administrador, rapaza montaraz que le era adicta como un perro. Allí entreteníase en matar *huilotas* y ánsares, y en hacer estrofas a las tardes tristes y a las mañanas seductoras, cuando fué interrogado por don Jerónimo (este era el nombre del tío) acerca de tan importante asunto.

Quedóse el joven silencioso durante algunos instantes, y por fin dijo:

—Lo pensaré.

La misma respuesta dió ocho días después.

Enero se acercaba, y pronto, caballeros en flacos rocines, empezarían a llegar a las puertas del colegio los gramáticos, los filósofos y los teólogos, ahitos de aire y de sol, de excursiones por las quebradas y de apetitosos almuerzos en el bohío, al pie del comal dorado, donde forma-

ban ámpula las tortillas, esparciendo un olorcillo grato.

El tío repitió por tercera vez la pregunta. Había que comprar los textos y que sacar la matrícula. ¿En qué pensaba el buen Felipe?

El buen Felipe pensaba en algo raro sin duda, pues de algunos días a la fecha andaba más cabizbajo y paliducho que de costumbre, padeciendo frecuentes distracciones, de las cuales le despertaba el tío con vigorosos sacudimientos y esta exclamación:

—¡Pero canijo! ¿dónde te hallas?

A la tercera pregunta, el estudiante respondió, empero, con voz apagada:

—Estudiaré teología.

No sorprendió al viejo la respuesta, que aun cuando el chico no era muy dado a ejercicios piadosos, no se distinguía tampoco por su disipación; y además, nadie en Pradela, venero de sacerdotes, podía asombrarse de una resolución semejante. Así, pues, limitóse a decir:

—Mañana iremos a la ciudad a comprar los libros. ¡Quién quita y llegues a obispo!

Y dando al sobrino dos palmaditas en el hombro, se alejó arrastrando las espuelas, que iban siempre con sus burdos botines de becerro amarillo.

¿Qué pasaba por el alma del bachiller?

Algo grave. Aquel espíritu, sediento de ideal,

desilusionable, tornadizo en extremo, había acabado por comprender que jamás saciaría su ansia de afectos en las criaturas, y como Lelia, la de Jorge Sand, sin estar muy convencido que digamos de las católicas verdades, buscaba refugio en el claustro. En el claustro, sí, porque no era el ministerio secular el que le atraía. El Seminario debía ser sólo pasajera egida para que no se enfriasen sus buenos propósitos.

La transformación que tal resolución suponía había ido operándose en el alma del joven de una manera lenta, pero segura. Ya en el curso de su vida, la fibra mística, esa fibra latente en todo el organismo moderno, habíase estremecido en el seno del silencio; pero aquella última estancia en el campo, aquella continua comunión con la soledad, aquella triste solemnidad de las tardes otoñales habían concluído la obra, en consorcio con tales y cuales lecturas de santos, a las que, en medio de sus tedios frecuentes, acudiera.

Una idea capital flotaba sobre el báratro de contradictorios pensamientos que agitaban su cerebro. Tal idea podía formularse así: «Yo tengo un deseo inmenso de ser amado, amado de una manera exclusiva, absoluta, sin solución de continuidad, sin sombra de engaño, y necesito asimismo amar; pero de tal suerte, que jamás la fatiga me debilite, que jamás el hastío me hiele, que jamás el desencanto opaque las bellezas del

objeto amado. Es preciso que éste sea perennemente joven y perennemente bello, y que cuanto más me abisme en la consideración de sus perfecciones, más me parezca que se ensanchan y se ensanchan hasta el infinito.»

Claro es que, con tal excelso ideal, todo lo creado estaba de más, y el convento se dibujó en la imaginación de Felipe como playa lejana donde las olas mundanales iban a romper, murmurando no sé qué frases de despecho e impotencia.

Rancé sabía bien de esto; las cartujas ruinosas donde *se oye el silencio* son testigos aún de la incurable enfermedad que se llama: sed de misterio y de Dios.





III

TRANSCURRIERON algunos días en que las tareas escolares, no metodizadas aún, efectuábanse de cualquier manera. Las aulas se henchían lentamente, y en los salones dormitorios, así del *Clerical* como del *Internado*, armábanse diariamente dos o tres catres de «fierro», propiedad de otros tantos internos o teólogos.

Una vez que en Pradela estuviesen de regreso de sus pueblos todos los estudiantes, empezarían para ellos los ejercicios de San Ignacio, obligatorios y distribuídos en los días de costumbre.

Felipe reservó para entonces su instalación en el *Clerical*, donde en calidad de teólogo debía residir en adelante.

El último día de ejercicios, llamado *de retiro*, el obispo de la diócesis confería las órdenes menores a los que, concluído el bachillerato, las so-

licitaban, y entre los solicitantes esta vez encontrábase Felipe.

Así las cosas, y estando a 2 de Febrero de 188..., inauguróse el piadoso período destinado a cumplimentar la máxima bíblica: *Piensa en tus novísimos y no pecarás.*

Los externos se habían acomodado ya en las salas destinadas a las cátedras, llevando a ellas cuantos utensilios les era dable, teniendo en cuenta el exiguo espacio de que disponían, y eran éstos calentaderas de campaña, vasos, cubiertos, peines, cepillos de dientes y algo más que hiciese cómoda su estancia en el colegio durante nueve días.

Los cuales se consagraban, respectivamente, a las meditaciones siguientes: *Principio y fin del hombre, El pecado venial, El pecado mortal, El hijo pródigo, La muerte, El juicio, El infierno* y *La gloria.* Y pecador que maguer tamañas meditaciones saliese al mundo sin desempecatarse y propuesto con harta compunción de su ánima a llevar una santa vida, de seguro estaba dejado de la mano de Dios; que aquellos piadosos ejercicios, inspirados según la tradición por la Virgen misma al iluminado de Manresa, urgen al corazón en modo tal a santificarse, que no se puede resistir a la gracia.

Apenas abiertos los tales, reinó en el grande y obscuro Seminario un silencio que ni el tan

decantado de las necrópolis igualársele pudiera. Hacíase todo a son de campana, y era la metálica voz de ésta la sola que se cernía en los ámbitos de los amplios claustros, y parecía decir a todos, altisonante y querellosa, las palabras del sabio: *Vanidad de vanidades y todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirle a Él solo.*

Desde el primer día, Felipe dióse a la piedad con empeño tal, que edificaba y acusaba una completa conversión. Él era el primero en entrar a las *distribuciones* y el último en abandonar la capilla; y el pedazo de muro que a su sitial correspondía en ella hubiera podido dar testimonio de su sed de penitencia, mostrando la sangre que lo salpicaba y que se renovaba a diario, cuando durante la distribución de la noche, apagadas las luces, los acólitos entonaban el *Miserere.*

No hay manera de describir el horror sublime de tal hora. El predicador, tras un discurso que procuraba hacer elocuente, terminadas apenas las frases de exhortación a la penitencia, con la voz apagada por la emoción, iniciaba el doloroso salmo del Rey profeta, que con voz monótona cantaban los monacillos; y haciendo coro a los sollozos de compunción de los ejercitantes, oíase el chasquido de los azotes que, con fervor, descargaban ellos sobre sus carnes más o menos pecadoras.

El salmo duraba unos cinco minutos, que para los flacos de celo que se esforzaban en atormentar de veras sus espaldas, eran tan largos como cinco siglos.

¡Oh! y cómo recordaba Felipe aquellas solemnes escenas en que, presa el alma de una exaltación extraña, murmuraba: «Sáciate ahora, carne», y en que, con esfuerzo que subía de punto, sus manos agitaban sin compasión el flagelo, y éste, al chocar contra el muro, dejaba ahí pintadas cárdenas e irregulares líneas, salpicando la parte superior de la pared de innumerables puntos rojos.

No era él de esos pusilánimes que hacen las cosas a medias. Convencido ya de que a Cristo sólo se va por la inocencia o la penitencia, escogía el segundo camino, que en su concepto era el solo que le restaba, y atormentando al *jumentillo* (palabra con que un asceta designaba su cuerpo), purgaba así los desvaríos de su cerebro pletórico de sueños.

Pasado el *Miserere* y salidos todos los ejercitantes de la capilla, permanecía en ella largo rato, sin atender a la campana que le llamaba a la cena; y concluído el examen de conciencia, última etapa del día, aún se quedaba ahí, frente al altar que mal aclaraba la temblorosa luz de una lámpara de aceite, perpetuamente encendida ante el divino Sacramento.

No quedaba sin recompensa por cierto devoción tan sincera: Felipe gustaba al pie del altar esa miel que los neófitos encuentran siempre en el primer período de su conversión, miel tan deliciosa que, paladeada una vez, quita el gusto por las otras dulzuras de la vida. El alma, con absoluto abandono de sí misma, reposa en los brazos de Dios, con la tranquila confianza del niño que duerme en el maternal regazo, y Dios le manda suavísimos consuelos. Vienen después ¡ay! horas y aun días y a veces años de aridez espiritual que atormenta a los que escalan ya las altas cimas de la perfección; horas, días y años en que el gusto por la oración desaparece; en que Dios se esconde, y el alma, como la Esposa de los Cantares, pregunta en vano por Él; y los escrúpulos y las inquietudes y los recelos, cual siniestro enjambre de moscardones, zumban en rededor de la mente abatida y desolada. Mas Felipe empezaba apenas a cruzar las floridas laderas del fervor, y pareciéndole que su unión con Dios era íntima y absoluta, anhelaba sólo que una sotana, negra como el desencanto de lo creado, y un claustro, fuerte como la fe, le velasen para siempre las pálidas perspectivas de un mundo odiado y miserable.



IV

Muy breves transcurrieron para él los nueve días, y hecha al cabo de ellos confesión general, dispúsose a recibir de manos del Obispo la negra vestidura, distintivo de los siervos de Dios.

No decayó un momento su ánimo cuando el viejo prelado, cortando algunos de los castaños rizos que ornaban su juvenil cabeza, murmuró palabras misteriosas, y más tarde, cuando concluída ya la ceremonia de la tonsura, la afilada navaja del barbero dejó en su occiput la huella de los esclavos de Cristo.

¡Por fin! ¡Ya era todo de Dios; ya había roto por segunda vez el pacto hecho con Satanás; ya podía, como Magdalena, *escoger la mejor parte*, acurrucándose a los pies del Maestro!...

Apenas recibidas las órdenes menores, nom-

bráronle bibliotecario, y desde entonces su vida transcurrió en la capilla, en la cátedra y en la biblioteca.

Era ésta un inmenso salón situado en la planta alta del edificio, con anchas ventanas que miraban al campo, con pesadas estanterías de roble y desgarbados atriles colocados aquí y allí.

El pergamino mostraba a cada paso su tez amarillenta, bajo la cual hallábanse, en el latín de la decadencia y la Edad Media, las extensas lucubraciones de los Santos Padres: el elocuente Crisóstomo, el profundo Agustino, el tierno Bernardo, el delicado Ambrosio, y los teólogos más modernos, descollando, en parte principal, la *Summa* del *Sol de Aquino*. También había clásicos latinos y españoles del siglo de oro.

¡Oh! ¡cuántas veces, cómodamente instalado cerca de alguna de las grandes ventanas, con el infolio abierto sobre los muslos, y sobre el infolio los codos y el rostro entre las manos, el bachiller seguía con vaga mirada el caprichoso giro de las nubes doradas, el vuelo irregular de las palomas que habían hecho nido en el vecino campanario, el *zig-zag* de alguna golondrina, precursora de la bandada que venía en pos de la tibia primavera, o el tenue fulgurar del rayo de sol que, atravesando la vidriera, jugaba con el polvo secular de la biblioteca y acariciaba con beso anémico los dorsos enormes y quietos de

los libros, momias de antiguas creencias y de muertos ideales!

Sentía entonces su espíritu, como en los días lejanos ya de la infancia, el deseo de fundirse en el lampo reverberante, en el acre perfume de los cedros que bordaban la alameda cercana, en el aura vagarosa que agitaba débilmente los floridos ramajes del rosal del patio contiguo; sentía el anhelo, vago pero inmenso, de volar en medio de la radiosa serenidad de la tarde y escalar alturas desconocidas, y llegar por fin allá donde las últimas capas atmosféricas dejan ver sin velos de nubes la excelsitud de los espacios y la potente fulguración de los astros.

Cada día se rompía en su sentir uno de los ligeros lazos que, como tenues *hilos de la Virgen*, ataban su espíritu a la tierra; cada día suspiraba más por el aislamiento absoluto de lo creado, y el ansia de perfección ahondaba en su alma de una manera prodigiosa.

Irritábanle las mezquindades que hallaba en su ser, y hubiera querido consumirlas, aniquilarlas con el fuego abrasador de la caridad; mas el confesor le iba a la mano, diciéndole:

—No se ganó Zamora en una hora, hijo mío. Ese deseo irritado de ser perfecto desde luego, significa vanidad. Precávase de su miseria que siempre tiende a caer, y pida humildemente alas para levantarse...

Una de las virtudes que más amaba el joven era la castidad.

En todos los libros piadosos que había a la mano, leíase que era ésta la virtud más grata a Dios; que los castos, en el día del juicio, estarían a la diestra del Cordero, vestidos con blanquísimas túnicas y llevando palmas en las manos, por ser sus predilectos; que el Evangelista, a su cualidad de virgen había debido apoyar su cabeza en el seno del Maestro; que muchos mártires habían preferido los más cruentos suplicios a la pérdida de virtud tan amada, y que la misma María había rehusado la maternidad divina si debía ser con mengua de su pureza.

Y lo que al principio fué anhelo en el joven, convirtióse pronto en una obsesión. Esquivaba aun la mirada de una mujer, y cada vez que algún ímpetu natural conmovía su organismo, acudía a las mortificaciones más terribles: ya hundiendo en su cintura las aceradas púas del cilicio, ya fustigando sus carnes con gruesas disciplinas, ya llevando la frugalidad hasta el exceso.

En general, no había género de mortificación que no conociese. Si su curiosidad llevábale a ver tal o cual cosa sencilla, apenas advertía este movimiento, tornaba los ojos a otra parte. Si su apetito hallaba sabroso alguno de los humildes manjares del colegio, dejaba al punto el platillo; si le venía el deseo de conversar, callaba como

un muerto; si el sueño pesaba sobre sus párpados en las horas calurosas de la siesta, bañábase el rostro con agua fría y proseguía con más ánimo el estudio, la oración o la lectura piadosa.

Tal mortificación perpetua hacía que su ánima se recogiera más y más en sí misma, y que su sensibilidad se volviese más y más delicada y asustadiza.

¡Qué inmensos sobresaltos le producía la voz de una mujer! ¡Qué temores la menor forma que destacase en el vivo lienzo de su imaginación con las líneas harmoniosas de una Eva!

Rehusaba ir a paseo con los demás, y cuando se veía obligado a salir a la calle, bajaba temeroso los ojos y, semejante a ciervo joven, al menor roce de faldas, temblaba y se estremecía.

En compensación de tan continuadas inquietudes, hallaba cada día más sabrosas sus pláticas con Dios, y a veces, presa de emociones desconocidas, sentíase vecino del éxtasis.





V

UNA noche, sin embargo, había experimentado cosas tales y tan extrañas que creyó morir.

Como de costumbre, se quedó en la capilla cuando todos salieron. El sacristán apagó las luces que ardían en el altar y salió a su vez, entornando la gran puerta, que rechinó lúgubremente al girar sobre sus ejes. La capilla quedó a obscuras, pues la débil lamparilla que ardía ante el Sagrario más servía para aumentar el misterio de la nave que para disipar las espesas sombras.

Felipe se había arrodillado sobre la grada más alta del altar, buscando la mayor aproximación posible a aquel *Depósito* donde se hallaban todas sus delicias.

Allí, con los ojos cerrados, los brazos en cruz sobre el pecho y la cabeza ligeramente inclina-

da, púsose a meditar en la Pasión, haciendo desfilar por su mente las dolorosas escenas inmortalizadas en el Evangelio.

A veces la versátil fantasía volaba hacia otra parte, mas con poderosos y continuados esfuerzos él la volvía al camino deseado.

Largo rato llevaba ya en la misma postura y entregado a la contemplación, cuando un flúido frío empezó a recorrer sus miembros, haciéndolos estremecer, y un sudor abundoso cubrió su frente.

Apoderóse de su espíritu un terror espantoso, ese terror pánico que paraliza el movimiento y casi casi los latidos del corazón.

Quiso gritar y no pudo, quiso levantarse y permaneció clavado al granito de la grada.

No se atrevió a abrir los ojos, temeroso de morir, como el pueblo hebreo ante los relámpagos del Sinaí; y sin fuerzas para nada, aguardó el prodigio...

Entonces ocurrió una cosa excepcional.

Ante él se levantó, perfectamente determinada, perfectamente distinta, una figura; pero no la del Maestro; no era la radiante epifanía del Cristo con su amplia túnica púrpura, su corona de espinas, su rostro nobilísimo ensangrentado y sus manos heridas por los clavos; era una mujer, una mujer muy hermosa, rubia, de aventajada estatura, de rostro virginal y delicadas y en-

cantadoras formas de núbil, que tendían sus curvas castas bajo el peplo vaporoso y diáfano.

Y..., ¡extraña coincidencia!, aquella cara él la había visto en alguna parte... ¿Dónde? La memoria se lo dijo al punto: en el campo, en la hacienda de su tío. Su compañera de infancia, la hija del administrador: Asunción.

¿Por qué surgía frente a él? Debía, es claro, cerrar los ojos ante la aparición, maligna sin duda, pero ¿cómo, si eran los del alma los que la veían?

Y su terror, desvaneciéndose lentamente, daba lugar a una sensación tibia y suave que llevaba el calor a los miembros rígidos y aceleraba los latidos del corazón.

La hermosa figura extendió las manos, las apoyó en la cabeza del bachiller y, murmurando algo, acercó lentamente, muy lentamente, sus labios...

Entonces, aquella conciencia inflexible, exigente, implacable, protestó, gritó: «¡alerta!»; y Felipe, exhalando un gemido de angustia, se puso en pie y tendió en derredor los ojos azorados: ¡Nada!

Sacudió la cabeza, y con movimiento de niño que busca amparo, corrió hacia una Virgen que, con Jesús en los brazos, se levantaba sobre un pilar de piedra, al lado del altar; pegóse a ella y exclamó:

—¡Madre mía, socórreme! ¡No quiero, no quiero ser malo! ¡Por tu Concepción Inmaculada, defiéndeme...!

Y pareciéndole que, ante el mayor peligro, mayor había de ser igualmente su resolución de pureza, añadió con voz que era un sollozo:

—¡Te juro por tu divino Hijo, que está presente, conservarme limpio o morir!

¡Morir!, repitió el eco de las amplias bóvedas, y en la cripta abierta a los pies del altar, las vibraciones sonoras dijeron también: *¡morir!*

Pasados algunos momentos, Felipe dejó la capilla y salió al patio; sentía que se ahogaba.

La luna bañaba un ala del claustro, alargando sobre los pisos y los muros la sombra de los pilares jónicos.

En la gran fuente del patio, el chorro nítido saltaba, cayendo con monótono ruido sobre el agua donde cabrilleaba la luz.

Reinaba en derredor un casto misterio, una quietud que llenaba el alma de unción y la invitaba a elevarse a los cielos.

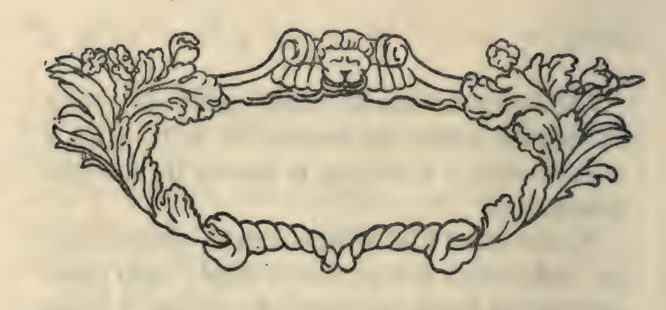
Felipe se apoyó en un pilar, y fijando sus miradas en el azul, inundado de plateadas olas, murmuró tristemente: «¡No quisiera vivir!»

¿Era que presentía la impotencia de la voluntad ante las grandes exigencias de la naturaleza, que tras largo adormecimiento recobraba en él sus bríos y prefería la deserción a la lucha?

¿Acaso, microcosmos débil, sentía aletear en su rededor todas las fuerzas de la creación y estremecerlo, y adivinaba la derrota de su resistencia flaca?

¡Quién sabe! Ello es que aquella alma exaltada sintió hasta entonces cuán altas y cuán ásperas eran las cimas que pretendía escalar, y como ave cansada plegó las alas...





VI

VOLABAN los días sin que alterasen la monotonía de aquella vida más que la lucha sorda mantenida con las bajas tendencias, las exaltaciones piadosas y los recelos del espíritu, ora atormentado por la duda, ora por el temor.

Felipe palidecía, enflaquecía, se debilitaba, sin embargo; su faz, angulosa ahora, si antes oval, y sus manos largas, cuya piel dejaba ver el tejido sutil y azulado de las venas, asemejábanle a esos grandes ascetas que vemos en los lienzos de Ribera.

A la anemia íbase uniendo el reumatismo, que había invadido la pierna derecha y que amenazaba la izquierda. La inmovilidad a que los estudios y la meditación le forzaban, eran gran parte a aumentar su mal, y tan visibles

mostrábanse ya las huellas de éste, que el viejo labrador hubo de decir al bachiller, en una de sus visitas al colegio:

—¡Canijo!, hay que tomar las cosas con calma, si no quieres ir a hacer compañía a tu madre, que de Dios goce.

—No se apure usted, tío—respondió el bachiller—, que cuanto más pronto me muera, menor será la cuenta que tenga que dar, y menores los peligros a que me vea expuesto.

—¡Bonita gracia! ¡Eso no es cristiano! ¿Sabes tú si Dios te quiere para ornamento de su Iglesia y edificación de sus fieles? Y si con rigores de penitencia exagerados te matas, ¿no defraudas acaso la intención divina acerca de ti?

—Yo diré a usted, tío: ni creo que mi penitencia sea exagerada, ni mucho menos que desagrade a Dios; y si Él me quiere, como usted dice, para ornamento de su Iglesia (¡pobre ornamento sería yo por cierto!), tócale conservarme, como conservó a muchos de sus siervos en medio de grandes penalidades, comparadas con las cuales las mías resultan mezquinas y baladís.

—¡Ay, hijo! De todos modos, pienso que ahora más necesitas de aire puro y buena alimentación, que de penitencia, y así que acabes tu curso, te llevaré al rancho. ¡Ya verás qué lindo está aquello! Las milpas crecen que es un contento, y la *carretilla* verdea tan lozana y tupida, que las

vacas la miran de lejos con envidia. En la presa hay más patos que tules, y en los vallados, las garzas morenas y blancas se cuentan por docenas. ¡Y el monte! ¡Ahí te viera!; hay venados que es una bendición; tarde a tarde bajan al aguaje y se abrevan tan tranquilos!... ¡Como nadie los persigue! Yo he dicho a todos los peones: «Cuidado con matarme una res, que ha de venir el niño Felipe cansado del encierro y con ímpetus de retozar, y no dejará ociosa la escopeta.» ¡Y aun no te he hablado de las lomas de la Trinidad! Te digo que está todo aquello alfombrado de tempranillas color de pitajaya y de amapolas más rojas que esto. (Y el viejo mostraba su paliacate.) Vamos, que dan ganas de bendecir a Dios, que hace cosas tan hermosas. El mes que entra es la cosecha, y ya verás cuántas codornices hallas en el barbecho. El *combate* estará lucido. Nada que apenas despunten las secas, te vienes conmigo. En ocho días, con la vista del campo, destierras la tiricia, y con la leche recién ordeñada, te pones más colorado que un cardenal.

Sonreía el bachiller ante aquella sugestiva pintura; pero, como vulgarmente se dice, no le entraban las razones del tío, y a pesar de su afición decidida a la bucólica, deseaba quedarse todas las vacaciones entre las cuatro paredes de la capilla o de la biblioteca, pues temía que le dis-

trajesen demasiado de su fervor las correrías campestres.

Hubo, sin embargo, de acceder a las repetidas solicitudes del viejo, que no daba tregua a la carga, y, sobre todo, al mandato del médico del colegio, que aprobó por completo el régimen curativo de aquél.

Así que, apenas llegado Octubre, una mañana recién llovida, en que los campos olían a jarro nuevo de Guadalajara, tío y sobrino, caballeros en buenos caballos, emprendieron la marcha al rancho, el uno alegre como unas Pascuas y el otro un si es no es cabizbajo y receloso.

Una vez llegados al casco de la hacienda, multitud de peones llenó el portal para saludar al *padrecito*, que por tal le tomaban ya, anticipándose al obispo, y se atropellaban: éste, para besarle la mano; aquél, para ofrendarle rico queso de siete leches, amasado en artesa limpiecita, por su mujer; el otro, para contarle que la vaca pinta, que había corrido con el toro suizo, acababa de parir un becerrito más gordo que un lechoncillo y más travieso que un duende. Felipe atendía a todos con la sonrisa en los labios, cuando de pronto notó que los rancheros abrían filas para dejar el paso libre al administrador que, llevando a su hija de la mano, se adelantaba a saludarle.

Saludáronle ambos, y la muchacha, más roja

que la clavellina, púsole en las manos una bola de rica mantequilla envuelta en hojas de maíz, a tiempo que el administrador, hombre cuarentón, de fisonomía franca y expresiva, decía:

—Niño, ésta le trae ese regalo que ella misma preparó. Usted ha de dispensar. Yo le decía que no valía la pena, pero se empeñó en traérselo· pues dice que allá en la Pradela no la ha de probar tan buena y gorda.

La muchacha, con los ojos bajos, añadió:

—Estuve recogiendo todos los días, desde hace una semana, la mejor nata de la olla, y creo que la mantequilla salió buena. Me acordé que le gustaba mucho, y dije: pues manos a la obra, que me lo ha de agradecer.

Hablaba con naturalidad, aunque un poco cortada.

¡Y cómo había crecido! Si parecía mentira que el día de Todos los Santos cumpliese apenas diez y seis años! No era ya aquella muchacha zancona y descuidada, que traveseaba todo el santo día en la casa y, jinete en briosos potros, ponía el Jesús en la boca con sus audacias a los rancheros.

Habíase vuelto muy aseñoradita y muy mona; se había estirado, cuando menos, cuatro dedos. Sus formas redondeábanse graciosamente, y la enagua de percal floreado, sobre la que caía albeante delantal de lino, dejaba ver el nacimiento

de una pierna torneada y firme y unos piecezuelos que, aunque burdamente calzados, hacían ostentación de su pequeñez y elegancia.

Una blusita de cambray, ornada de encajes, completaba el sencillo atavío, y sobre los hombros, redondos y carnosos, como lluvia de oro caía la luenga cabellera, mostrando aún las nítidas gotas de agua del reciente baño.

Como si quisiese completar estas observaciones que involuntariamente habían acudido a la mente del bachiller, quien hallaba exacto el parecido de la joven con su fantasma, don Cipriano, el administrador, dijo:

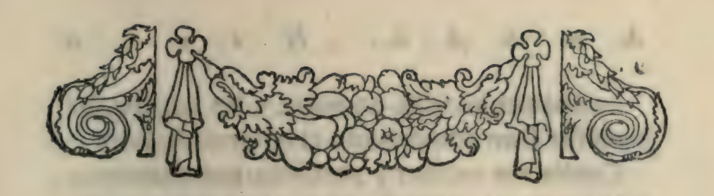
—Pero ¿no la ve usted qué crecida? Ya no es la marimacho que usted conoció; no, no. ¡Si viera qué hacendosilla se me ha vuelto! Ella barre, ella cose, ella aplancha, y aún le sobra tiempo para cuidar de sus canarios y zenzontles, a cual más cantador.

La muchacha, vuelta a ruborizarse con estas palabras, sonreía mostrando la fresca sarta de sus dientes, blancos y lucientes como el maíz tiernecito, y con el rabillo de los cerúleos ojos miraba al bachiller, que no las tenía todas consigo y que hizo observar que la sesión bajo el portal se prolongaba demasiado y que podían subir al comedor, donde todos estarían más cómodos.

Así lo hicieron, y acabada la comida, de la que,

como de costumbre, participaron don Cipriano y su hija, que no perdía ocasión de atender al joven, éste se retiró a su cuarto, sentóse en el viejo sillón de cuero que fué testigo de sus sueños de adolescente, y con la mirada perdida en el pedazo de campo que dejaba ver la amplia ventana del fondo, púsose a pensar que había hecho mal en dejar su guarida, y que apenas el reumatismo y la clorosis le dejasen un poco, tornaría a aquel colegio de sus amores, donde nadie interrumpía sus pláticas con Cristo.





VII

No se realizaron del todo las previsiones de don Jerónimo, el tío de Felipe, relativas a la salud de éste.

El reuma, si bien le daba algún respiro, no era tanto que le permitiese alejarse mucho de la casa para tomar sol, y a veces ni aun podía el joven dejar su habitación, desde la cual se contentaba con ver el campo y las lejanas montañas, teniendo siempre sobre las rodillas un libro piadoso: la *Imitación de Cristo*, las *Confesiones*, de San Agustín, o la *Introducción a la vida devota*, de San Francisco de Sales, obra que por suaves y floridas rampas conduce a las altísimas cumbres de la perfección.

Jueves y domingos, del vecino pueblo iba a la hacienda un vicario, que decía misa y con el cual confesaba Felipe, acercándose, cuando sus males se lo permitían, a la Sagrada Mesa.

La anemia sí cedía un poco, y las mejillas del bachiller iban adquiriendo el color de la vida.

Contra sus recelos y presunciones desconsoladoras, no se entibiaba en su alma el fervor que le dictara tantos santos propósitos; antes bien, crecía, y su amor a la pureza, sobre todo, agrandábase en proporciones tales, que nada bastaba a amenguarlo o aniquilarlo.

No obstante, aquella impresión que la rubia muchacha de su «éxtasis» le produjera, mezcla inexplicable de contradictorios sentimientos, no moría; y si su excesivo pudor daba nuevos rumbos al pensamiento cada vez que hacia Asunción iba, y le impedía aún contar nada al confesor, por miedo de que la narración avivase el anhelo, no por eso éste variaba, y encerrado en el ánfora inviolable de aquel corazón casto, como el perfume en el frasco herméticamente cerrado, pugnaba por dejar su cárcel y difundirse en el exterior.

Por parte de la muchacha, la conducta, para un observador, hubiera sido extraña, si no lo era para don Jerónimo y don Cipriano.

Sus solicitudes para con Felipe iban en auge, y presentábanse a veces bajo formas tan delicadas, que necesariamente movían la gratitud del bachiller.

Mañana tras mañana, a las siete en punto, herían el oído de Felipe, ya despierto, discretísimos

toques dados a la puerta, y se escuchaba al propio tiempo la voz fresca y argentina de la moza que preguntaba:

—¿Se puede?

—Adelante—respondía el joven.

Y Asunción entraba llevando en las manos ancha bandeja donde humeaba una rica taza con Soconusco del mejor, rodeada de sabrosos molletes doraditos y olorosos, y junto a ella un gran vaso repleto de leche.

Colocaba la bandeja sobre el velador, y dando los buenos días al joven, iba a sentarse al viejo sillón de cuero e iniciaba un monólogo de golondrina, vivo, sencillo y pintoresco.

—¡Qué deseos tenía de que escampara, por ver ese cielo tan limpio de octubre, que no parece sino que lo han fregado con estropajo!

Cierto es que cuando se mete el sol en las tardes, no hay volcanes que parece que van a incendiar el cielo; pero en cambio, aquella bola de fuego que se hunde, se ve hermosísima. Son esas tardes muy majestuosas, y se siente cierta tristecita agradable y dan ganas de suspirar. En cambio, las mañanas alegran el alma; los borreguitos de la majada de Antón, según le ha dicho él, tiemblan de frío, y por calentarse retozan; pero los animalitos son muy friolentos; no es para tanto. Ella se levanta apenas clarea un poco y baja al corral para ver cómo ordeñan los mo-

zos, y ella misma ordeña a la «Uva», su vaca negra predilecta, que ya la conoce. Allí aparta la leche para el niño (Felipe), de la más gorda, y después limpia las jaulas de los pájaros. La canaria copetona, que la quiere mucho, pía cuando ella se acerca y destapa su jaula, y el zenzontle más pequeño la saluda ya con gorjeos débiles.

Y Felipe seguía con la imaginación aquellas escenas llenas de colorido; y cuando terminaba su desayuno, la muchacha dejaba el sillón, tomaba la bandeja y salía, diciéndole, con una sonrisa y leves rubores en la frente:

—Hasta lueguito, niño.

En el día volvíanse a ver con mucha frecuencia. Cuando el bachiller leía en el corredor, que era cuando se sentía mejor de sus achaques, ella se sentaba no lejos a coser, y, de tarde en tarde, alzaba los ojos y quedábase viéndole con mirada húmeda, profunda y tierna.

Solía sorprender Felipe esta mirada, y estremecíase y buscaba refugio en la lectura fría, que le hablaba de mortificación continua, de negación absoluta de sí mismo, de abandono completo de las cosas de la tierra.

Pero el choque dejaba huella, y su tranquilidad se iba, y sus recelos aumentaban, y el desaliento hacía de nuevo presa en su ánimo, y, cuando al caer la tarde, Asunción le decía:

«Niño, éntrese, que ya cae sereno»; y le ofrecía el mórbido brazo para que se apoyara; desfallecía de tal suerte, que a no sostenerlo la robusta joven, cayera al suelo.

—¿Se pone malo?—preguntábale ella con interés; y él respondía con voz opaca:

—No, es que estoy débil, y como permanezco tanto tiempo inmóvil...

Y ya en su cuarto, cuando ella, tras hacerle la cama, salía, daba rienda suelta a sus angustias y lloraba.

Vamos: era imposible seguir así, imposible! Diría al vicario lo que pasaba y volvería a su colegio. ¡Maldito corazón que se sublevaba a cada paso e iba, a pesar de todas las filosofías, en pos del amor terreno! ¡Levantisca entraña incapaz de contenerse! Él la oprimiría, la marchitaría, la petrificaría, hasta que fuese una entraña muerta para otra cosa que para buscar a Dios.

Por desgracia, el vicario se puso enfermo y dejó de ir a la hacienda, y don Jerónimo, cuando oyó la proposición del bachiller, se encogió de hombros y le dijo:

—Lo que es yo no te dejo ir hasta que te alivies.

—¡Pero si no me he de aliviar aquí!

—¡Menos en Pradela! Sigue tomando tus medicinas y aguarda.

Fueron vanas las protestas. Felipe esperó al vicario y se encomendó a todos los Santos.

Al día siguiente del breve diálogo, don Jerónimo entró con Asunción, que, como de costumbre, llevaba el desayuno al bachiller, al cuarto de éste, y le dijo:

—Don Cipriano y yo nos vamos hoy al potrero de la Cruz a ver los herraderos de unas yeguas. Si estuvieras capaz de ir con nosotros, te divertirías; pero enfermo, ¡ni modo! No te apures, que ya te pasearemos. Hoy quédate leyendo y al cuidado de Asunción. ¡Así me vayas a dar malas cuentas de él!—añadió, volviéndose a la muchacha; y, sin esperar respuesta, salió haciendo sonar los acicates en el pavimento.





VIII

Por la amplia ventana del cuarto de Felipe entraban a raudales la luz del sol, que empezaba a declinar, y las auras perfumadas del campo, que mitigaban los ardores de la siesta.

El panorama era encantador.

El milpal, enhiesto, mostraba sus robustas y doradas panojas, cuya cubierta quebradiza hacía crepitar el viento. Más allá, a la falda de unas lomas, bajo la arboleda de *jericós*, unos arrieros sesteaban con sus recuas, cantando a coro salados cantarcillos, que los oídos del bachiller percibían claramente:

> Dices que me quieres mucho:
> no me subas tan arriba,
> que las hojas en el árbol
> no duran toda la vida.

La vacada pacía en los agostaderos, azotándose los flancos con el rabo, y, cerca del hori-

zonte, las montañas obscuras recortaban el azul pálido del cielo con sus crestas irregulares.

Felipe, que tenía sobre las rodillas una entrega de una publicación intitulada *Historia de la Iglesia*, desfloraba lentamente, con aguda y filosa plegadera de acero, sus páginas, y miraba de vez en cuando el panorama del valle, embebecido en sus ordinarios pensamientos.

Desfloradas todas las hojas del cuaderno, abriólo al azar y se encontró con el principio de un capítulo denominado *Orígenes*, el cual refería la historia de aquel padre de la Iglesia que se hizo célebre por haber sacrificado su virilidad en aras de su pureza, profesando la peregrina teoría de que la castidad, sin este sacrificio, era imposible.

Felipe leyó todo el capítulo y se quedó más pensativo aún, con el cuaderno sobre las rodillas y la aguda plegadera en la diestra.

A la sazón entró al cuarto Asunción, preguntando:

—¿Cómo ha seguido?

Felipe, con un ligero estremecimiento, contestó:

—Lo mismo o peor; esta pierna—y señalaba la enferma—me duele mucho. Apenas puedo moverla.

—¿Le doy la medicina?

—No, déjela; a la noche me curaré.

La muchacha púsose a cepillar la ropa del joven, que estaba sobre la cama, pues éste no había salido aquel día de la pieza, y con pereza de vestirse, limitóse a echar sobre sus piernas un grueso poncho de pelo.

Terminada su tarea, Asunción salió y volvió a poco con sus útiles de costura; tomó una silla y fué a sentarse al lado de Felipe, poniéndose a trabajar.

Pero de pronto dejó el lienzo sobre sus faldas, hincó la aguja en la última puntada, y jugando maquinalmente con el dedal y clavando sus miradas llenas de ternura en el joven, le dijo:

—Niño, ¿por qué se ordena usted?

Ante pregunta tan rara, Felipe palideció; pero reponiéndose luego, respondió:

—¡Qué quiere usted! ¡Yo no sirvo para otra cosa! Dios me llama por ese camino; es mi vocación...

—Poco entiendo yo de eso, niño; pero me parece que usted ha nacido para todo. Yo le he visto montar un potro de segunda silla, con mucho valor; le he visto matar una garza al vuelo y guiar por gusto una yunta, abriendo un surco más derecho que esto (y le mostraba su índice regordete y sonrosado). Entonces usted no se fijaba en mí: como yo era un marimacho insufrible, que, según dice mi padre, sólo me entretenía en dar guerra... ¡Usted sirve para todo, es

claro! Y yo he oído decir al vicario, que por cualquier parte se va a Roma, es decir, que hay muchos caminos para el cielo, y que el casado que cumple bien con sus deberes, sube derechito a la gloria. Usted es bueno y, ayudando a don Jerónimo, podía ser muy útil aquí entre nosotros sin ofender a Dios, antes haciendo bien a estas pobres gentes tan rudas, enseñándolas a vivir honradamente y socorriendo sus miserias. ¡Vamos, niño, no se ordene usted!

Felipe oía el discurso con signos de desaprobación, leve indicio de la tempestad que despertaba en su cerebro.

—Dice bien—cuchicheábale una voz allá dentro—; ¿por qué desertar de una vida donde tus energías pueden significar mucho en bien de tus semejantes? ¿No eres acaso una fuerza encaminada, como todas las creadas, a lograr un fin universal? ¿Por qué intentas, pues, defraudar a la Naturaleza, que aguarda tu grano de arena? ¡Qué vas a hacer a un convento! ¡Qué hallarás ahí!

—¡Paz!—respondía mentalmente Felipe.

Y la voz íntima añadía:

—¡Mentira! ¡No la hallarás! La paz es el premio de la lucha, y tú esquivas la lucha. La paz es la recompensa del deber cumplido, y tu deber es permanecer en la liza. Naciste para trabajar y amar. En el Universo todo trabaja y ama.

Desde la abeja que labra el panal, después de besar a la rosa, hasta el planeta que, tendiendo eternamente a acercarse al centro de su sistema, se perfecciona a través de los siglos. La atracción, en el espacio, es el amor de astro a astro, y en la tierra el amor es la atracción necesaria que mantiene unidos a los seres. ¡Ay de ti si pretendes escapar a esa ley soberana! ¡Ser el rebelde cuando todo se doblega, el soldado que se aparte de la pelea cuando todos combaten y mueren o triunfan!...

Asunción había callado, esperando una respuesta; y Felipe, sacudiendo lentamente la cabeza, intentaba en vano oponer una idea a aquel enjambre caótico de ideas que revoloteaban en su mente y agitaban sus nervios y movían su corazón.

El sol coronaba a la sazón, como una diadema de fuego, la cúspide de un monte; la brisa llegaba llena de perfumes rudos a la ventana y, ante la pompa de la naturaleza, y con los perfumes vigorosos de la llanada, Felipe se sentía ebrio de juventud, ebrio de vida.

La solemne belleza del campo había subyugado también a la muchacha, que, inconscientemente, se puso en pie y rodeó con su redondo brazo el cuello del bachiller.

Él quiso levantarse y no pudo; quiso decir algo y se anudó la voz en su garganta.

Ella se le acercaba más y más, y hubieran podido oirse los latidos de ambos corazones agitados.

Había perdido la muchacha su natural timidez; además, no pensaba en aquellos momentos en algo que no fuese él, porque le amaba, sí, le amaba sin sospecharlo, hacía mucho tiempo, y por otra parte, la esplendidez de la tarde, las brisas olorosas, la aproximación a su dueño y el silencio de la estancia, la volvían insensata. Así es que, acariciando con su mano mal cuidada de campesina la cabeza de Felipe, y comiéndoselo con los ojos, le dijo, bajito, muy bajito:

—No te ordenes, no te ordenes... ¡Te quiero!

Felipe había tenido un momento para reflexionar. Se veía al borde del abismo, y todos sus tremendos temores místicos se levantaban, ahogando los contrarios pensamientos.

Hizo un supremo esfuerzo, y clavando con angustia sus ojos en los azules de Asunción:

—¡Vete!—le dijo—¡vete, por piedad! Lo que pides es imposible. ¡Vete, por la salvación de mi alma!

Ella no le atendió, no le oyó casi; estaba loca, loca de deseos, de amor, de ternura.

—¡Te quiero — repitió —, te quiero! ¡No te ordenes!

Y atrajo con fuerza a su pecho ardoroso aque-

lla cabeza rebelde y la cubrió de besos cálidos, rápidos, indefinibles.

Felipe se sintió perdido; paseó la vista extraviada en rededor y quiso gritar: «¡Socorro!»

Había caído de sus rodillas, con sus ropas, el cuaderno que leía, y la palabra *Orígenes*, título del capítulo consabido, se ofreció un punto a su mirada.

Una idea tremenda surgió entonces en su mente...

Era la única tabla salvadora...

Asunción estrechaba más el amoroso lazo, y dejaba su alma en sus besos.

El bachiller afirmó con el puño crispado la plegadera, y la agitó durante algunos momentos, exhalando un gemido...

Asunción vió correr a torrentes la sangre; lanzó un grito, y aflojando los brazos, dió un salto hacia atrás, quedando en pie a dos pasos del herido, con los ojos inmensamente abiertos y fijos en aquel rostro, que, contraído por el dolor, mostraba, sin embargo, una sonrisa de triunfo...

....

Allá, lejos, en un piélago de oro, se extinguía blandamente la tarde.



II

UN SUEÑO





I

LOPE DE FIGUEROA, PLATERO

Cuando Su Majestad abrió los ojos, todavía presa de cierta indecisión crepuscular que al despertarse había experimentado otras veces, y que era como la ilusión de que flotaba entre dos vidas, entre dos mundos, advirtió que la fina y vertical hebra de luz, que escapaba de las maderas de una ventana, era más pálida y más fina que de ordinario.

Su Majestad estaba de tal suerte familiarizado con aquella hebra de luz, que bien podía notar cosa tal. Por ella adivinaba a diario, sin necesidad de extender negligentemente la mano hacia la repetición que latía sobre la jaspeada malaquita de su mesa de noche, la hora exacta de la mañana, y aun el tiempo que hacía.

Todos los matices del tenue hilo de oro tenían para Su Majestad un lenguaje. Pero el de aquella mañana jamás lo había visto; se hubiera dicho que ni venía de la misma ventana, ni del mismo cielo, ni del mismo sol...

Mirando con más detenimiento, Su Majestad acabó por advertir que, en efecto, aquella no era la gran ventana de su alcoba.

¡Vaya si había diferencia!

Su humildad y tosco material saltaban a la vista. Su Majestad se incorporó a medias en el lecho, y, apoyando la cabeza en la diestra, púsose a examinar en el aposento, estrecho y lúcido de blanco, en la media luz, a la cual iban acostumbrándose ya sus ojos, lo que le rodeaba.

Al pie del lecho, pequeño y bajo, había un taburete de pino, y sobre él, en desorden, algunas prendas de vestir. Una ropilla y un ropón de modesta tela, harto usada, unas calzas, una capa. Más allá, pegado al muro, un vargueño, cuyos cerrojos relucían. En las paredes, algunas estampas de santos y un retrato; en un rincón, una espada.

Su Majestad se frotó los párpados con vigor, y, cada vez más confuso, buscó maquinalmente la pera del timbre eléctrico, que caía casi sobre la almohada, aquella pera de ágata con botón de lapizlázuli, que tantas veces oprimió entre sus dedos, y a cuya trémula vibración respondía

siempre el discreto rumor de una puerta, que, al entreabrirse, dejaba ver, bajo las colgaduras, la cabeza empolvada de un gentilhombre de cámara.

Pero no había timbre alguno...

Su Majestad, sentado ya al borde del lecho, perdida absolutamente la moral, sintiendo algo así como una terrible desorientación de su espíritu, el derrumbamiento interior de toda su lógica—más aún, de su identidad—quedóse abismado.

En esto, la puerta que Su Majestad, por invencible hábito, suponía que era una ventana que caía sobre la gran plaza de Enrique V, se entreabrió, y una figura de mujer, alta, esbelta, armoniosa, se recortó en la amplia zona de luz que limitaban las maderas.

—Lope—dijo con voz dulcísima de un timbre de plata—, ¿estás ya despierto?

Su Majestad—o mejor dicho, Lope—, estupefacto, quiso balbucir algo; no pudo, y quedóse mirando, sin contestar, aquella aparición.

Era, a lo que podía verse, una mujer de veinte años a lo sumo, de una admirable belleza. Sus ojos, obscuros y radiantes, iluminaban el óvalo ideal de un rostro de virgen, y sus cabellos, partidos por en medio y recogidos luego a ambos lados, formando un trenzado gracioso que aprisionaba la robusta mata, eran de un cas-

taño obscuro magnífico. Vestía modestamente saya y justillo negros, y de los lóbulos de sus orejas, que apenas asomaban al ras de las bandas de pelo, pendían largos aretes de oro, en los cuales rojeaban vivos corales.

—¿Duermes, Lope?—preguntó aún la voz de plata—. Tarde es ya, más de las siete... Recuerda que mañana ha de estar acabada la custodia. El hermano Lorenzo nos ha dicho que en el convento la quieren para la fiesta de San Francisco, que es el jueves.

—¡Lope! — murmuró Su Majestad—. ¡Lope yo!... ¿Pero quién sois vos, señora?...

—¿Bromeas, Lope?—respondió la voz de plata—. ¿O no despiertas aún del todo?—Y acercándose con suavidad, puso un beso de amor en la frente de Su Majestad, murmurándole al oído:

—¡Quién he de ser sino tu Mencía, que tanto te quiere!

Lope se puso en pie, restregóse aún los ojos, se palpó la cabeza, el cuello, el busto, puso sus manos sobre los hombros de la joven, y convencido de que aquello era objetivo, consistente, de que no se desvanecía como vano fantasma, se dejó caer de nuevo sobre el lecho, exclamando:

—¡Estoy loco!

—¿Por qué?—insinuó la voz de plata.

—¿Quién ha podido traerme aquí?... Yo soy el Rey...

—Cierto—dijo Mencía con tristeza—. ¡Lo has dicho tanto en sueños!...

—¡Cómo en sueños!

—Soñabas agitadamente. Hablabas de cosas que no me era dado entender. Dabas títulos, conferías dignidades...

—¡Yo!

—Ibas de caza... Nunca, Lope, habías soñado tanto ni en voz tan alta... Por la mañana, tu dormir se volvió más tranquilo, y yo me marché a misa con ánimo de que reposaras aún hasta mi vuelta. Lope, mi Lope querido, ¿te vistes? Ya es tarde... ¡Has de acabar mañana la custodia!

⊠

¿Sería dado, al que esto escribe, expresar la sensación de costumbres, de familiaridad, de hábito que iba rápidamente invadiendo el alma de Lope?

El pasmo se fué, se fué la estupefacción; quedaba un poco de asombrc; lo sustituyó cierta sorpresa, un resabio de extrañeza, de desorientación. Luego, nada, nada (tal es nuestra prodigiosa facultad de adaptación a las más extraordinarias circunstancias); nada que no fuera el sentimiento tranquilizador de la continuidad de

una vida ya vivida, y que sólo había podido interrumpir por breves horas un ensueño engañoso: ¡que él había sido rey!

¡Peregrino ensueño! Mientras se vestía, referíalo a grandes rasgos a la ideal mujer de los ojos luminosos y de la voz de plata:

—Yo era rey, un rey viejo de un país poderoso del Norte de Europa. Vivía en un gran palacio rodeado de parques. Mis distracciones eran la caza y los viajes por mar en un «yate». Poseía también *automóviles*...

Y seguía su historia.

La celeste criatura movía la cabeza, corroborando con signos afirmativos el relato de Lope entre sorprendida y confusa:

—Sí, cierto—interrumpía a cada paso—; eso soñabas... eso decías, esas palabras desconocidas pronunciabas...

Y añadía pensativa:

—¡Raras cosas se sueñan!

—Tú has tenido siempre letras, Lope—continuó después de una pausa—; no es extraño, pues que, dormido, imaginases historias peregrinas...

—Bien dices, Mencía: raras cosas se sueñan.

—¡Raras cosas se sueñan, Lope!



II

LOS SUEÑOS SON ASI...

En la pieza contigua había una gran mesa, sobre la cual, en medio de un desorden de herramientas, de crisoles, de barras metálicas diversas, de envoltorios con limaduras y otros con piedras preciosas, se erguía una custodia de plata con relicario de oro.

Era la obra del platero Lope, para el convento.

No lejos de la mesa, un gran bastidor sobre toscos pies de madera enmarcaba, bien restirada, una tela de seda, bordada, en gran parte, con diversos motivos, también de oro y plata, siendo el principal un divino Pastor que llevaba al hombro, amoroso, a la oveja perdida. Era aquella labor, visiblemente destinada a un ornamento de iglesia, la obra de Mencía.

Mesa y bastidor estaban cerca de la única ventana de la habitación, a fin de recibir la luz que por ella entraba. En el lado opuesto, en el intervalo existente entre una puerta y el ángulo del muro, había un escritorio de modesta apariencia, como todo el mobiliario. Sobre él un rimero de libros de piedad, de enseñanza o entretenimiento.

Entre los primeros, el *Libro espiritual del Santísimo Sacramento de la Eucaristía*, del Padre Juan de Avila, y un libro de horas. Entre los segundos, el *Diálogo de la dignidad del hombre*, del maestro Hernán Pérez de Oliva, y el *Diálogo de la Lengua,* de Juan de Valdés. Entre los últimos el *Tratado de las tres grandes, conviene a saber: de la gran parlería, de la gran porfía y de la gran risa*, del donoso Doctor don Francisco López de Villalobos; la *Celestina*, el *Amadís,* la *Vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, y la *Diana*, de Jorge Montemayor.

El resto del mobiliario constituíanlo algunos taburetes, un gran sillón de cuero y dos arcas, la una abierta por más señas, y dejando ver una ropilla de tisú, un jubón y unas calzas de velludo negro, que probablemente pertenecían a la indumentaria dominguera de Lope.

Pero volvamos a la custodia.

Ésta figuraba la fachada de una catedral góti-

ca, de un gótico florido riquísimo en detalles. Tenía tres puertas, y el hueco de la del centro formaba el relicario.

El superior del convento, un teólogo largo y anguloso, de cara ojival, que había sugerido a Lope algunas de las esbeltas líneas de tal arquitectura, afirmaba—según Mencía dijo a su esposo—que aquello representaba la ciudad de Sión, «¡donde no hay muerte ni llanto, ni clamor ni »angustia, ni dolor ni culpa; adonde es saciado »el hambriento, refrigerado el sediento, y se »cumple todo deseo; la ciudad santa de Jerusa»lén, que es como un vidrio purísimo, cuyos fun»damentos están adornados de piedras precio»sas, que no necesitan luz, porque la claridad »de Dios la ilumina, y su lucerna es el Cordero!»; y Mencía, espíritu apacible y cristalino, cuando esto escuchaba de los labios del religioso, sentía, según expresó a Lope, suaves transportes de piedad y algo como un íntimo deseo de entrar con su amado a esa custodia celeste, a ese tabernáculo ideal, a esa ciudad divina que estaría asentada sobre nubes, como Toledo sobre sus rocas, y cuyo interior debía asemejarse al de la Capilla de los Reyes de la Catedral, que era la obra religiosa de más magnificencia que ella había contemplado.

Faltaban por ajustar algunos topacios y amatistas, y por cincelar una torrecilla de oro.

Lope, con una pericia de la cual minuto a minuto iba sorprendiéndose menos, púsose a la obra, en tanto que Mencía bordaba en su gran bastidor con manos ágiles de reina antigua.

A medida que pasaban las horas, Lope sentíase más seguro, más orientado y sereno. Parecíale recordar el modesto e ignorado ayer, desde que tuvo uso de razón hasta que se enamoró de Mencía; desde que se casó con ella hasta ahora en que trabajara su custodia para el convento.

Todos los eslabones de la cadena de sus días que, momentos antes sueltos y esparcidos, quebrantaban su lógica y enredaban y confundían las perspectivas de su memoria, iban soldándose naturalmente y sin esfuerzo.

Sí, recordaba: él no había sido nunca más que Lope, Lope de Figueroa, natural de Toledo. Su padre fué librero, y en la calle de los Libreros había nacido él. Gracias al comercio del autor de sus días, pudo leer bastante, mucho para la época. Hubiera seguido aquel comercio, pero temprano se sintió tentado por el arte divino de la orfebrería. Siempre que lo llevaban a la Catedral, a San Juan de los Reyes, a Santo Tomás, y, en sus pequeños viajes, a algunas de las grandes iglesias de España, caía en éxtasis ante las custodias, los copones, los relicarios.

Se sabía de memoria los detalles de la mayor

parte de estas obras maestras de metal que existían entonces en la Península, casi todas ellas en forma de quiméricas arquitecturas, en que la inspiración de los artistas no conocía límites para su vuelo. El nombre de los Arfe, esos magos oriundos de Alemania, era para él como el nombre de una divinidad. La custodia de Córdoba, ejecutada en 1513 por Enrique; la de Sahagún, la de Toledo, hecha en 1524 (única que Lope, había podido contemplar), formaban para él como los tres resplandores de gloria de este hombre excepcional. La custodia de Santiago y la de Medina de Rioseco, ejecutadas por el hijo de Enrique, Antonio Arfe, en estilo plateresco, las había visto en dos reproducciones de yeso en un taller de Toledo, y lo cautivaban en extremo; y la amistad de Juan Arfe, que era su camarada y que a la sazón había ejecutado ya la custodia de Ávila (hecha en 1571) e iba a ejecutar la de Sevilla, que empezó en 1580, fecha alrededor de la cual gira este absurdo relato, le llenaba de orgullo. Aún estaban en el porvenir la custodia del mismo, que fué después, en 1590, una de las joyas más preciadas de Valladolid, y la de Juan Benavente, cincelada en 1582 en el estilo del Renacimiento.

El nombre de Gregorio de Varona, que empezaba ya a ser célebre, era también de los que estaban siempre en sus labios; pero si profesaba

el culto más ingenuo y fervoroso por todos estos grandes artistas, hay que convenir en que el de sus predilecciones era el abuelo Arfe, Enrique, y en que hubiera dado la mitad de su vida por ser el artífice de un fragmento siquiera de la gran custodia de plata (única que, como decimos, había podido contemplar, aunque por reproducciones o dibujos conocía las otras), que para el cardenal Ximénez ejecutó el artista, y que tantas veces vió esplender en medio del incienso, bajo las gigantescas naves de la catedral.

¡Sí, él fué siempre Lope de Figueroa, ahora estaba seguro de ello; Lope de Figueroa, de veintiséis años de edad; Lope de Figueroa, que se soñó rey! ¡Un rey viejo, de quién sabe qué reino fantástico, en quién sabe qué tiempos extraordinarios y peregrinos!

—Sin embargo, Mencía—insistió el platero al llegar a esta parte de sus pensamientos—, jurara que no he soñado, sino que he visto, que he tocado aquello. Aún no puedo desacostumbrarme del todo a no ser lo que fuí..., lo que imaginé que fuí; de tal suerte era claro y preciso lo que soñaba.

—¡Los sueños son así! — respondió Mencía apaciblemente, sin levantar los ojos de su bordado—. ¡Los sueños... son así! A mí me contristó mucho—siguió diciendo—, me hizo gran lástima verte en el lecho, sacudido por la ansiedad;

quise despertarte, pero no lo logré; tan pesadamente dormías... Por fortuna, a poco desapareció el sobresalto... Ahora recuerdo que hablabas de un *atentado* contra un hijo que tenías, y pronunciabas palabras raras que nunca oí antes, y que infundían a todos miedo, terror y espanto. Decías..., decías: «¡Los anarquistas!»

—Sí, cierto—exclamó Lope, sintiendo subir de nuevo a su cerebro una ola de extrañeza—. Eran unos rebeldes...

—¿Como nuestros comuneros?

—Incomparablemente peores...; fuera de toda ley... ¿Y después?

—Tu hijo el príncipe moría asesinado, y tú tristemente, tristemente, seguías reinando. Gustabas de cazar... Deja que haga memoria... E ibas a no sé dónde, en una máquina vertiginosa..., en la que has nombrado hace poco...

—En un automóvil, ya te lo he dicho.

—Eso es, algo así he escuchado, algo incomprensible.

—¿Sabes cómo era esa máquina?

—No podría imaginarlo.

—¡Oh, jurara que la he visto, que la he poseído, Mencía de mi alma! Era... ¿cómo te explicaría yo esto? Era como un coche que anduviese solo, merced a una mecánica que no acertarías a comprender. Volaba, Mencía, volaba... Y vivía yo, asimismo, entre otras muchedumbres de má-

quinas. Las había que almacenaban y repetían la voz del hombre; las había que, sin intermedio alguno, llevaban la palabra a distancias inmensas, y otras que lo hacían por ministerio de un hilo metálico; las había que reproducían las apariencias, aun las más fugitivas, de los objetos y de las personas, como lo hacen los pintores, sólo que instantáneamente y de un modo mecánico; máquinas que escribían con sorprendente diligencia y nunca vista destreza, como no podrían hacerlo nuestros copistas, maguer sus abreviaturas, y con una claridad que en vano pretenderían emular nuestros calígrafos; máquinas que calculaban sin equivocarse jamás; máquinas que imprimían solas; máquinas que corrían vertiginosamente sobre dos bordes paralelos de acero... Yo habitaba una ciudad llena de estas máquinas y de industrias innumerables. Los hombres sabían mucho más que sabemos hoy, y eran mucho más libres..., pero no felices. Los metales que yo manejo con tanta fatiga y tan difícilmente trabajo, ellos los manejaban y trabajaban de modo que maravilla, y conocían además su esencia íntima, no a la manera de Avicena, de Arnaldo de Villanova o de Raimundo Lulio, que los tienen como engendrados por azogue y azufre, sino merced a las luces de una química más sabia; y habían descubierto otros nuevos, uno entre ellos que era acabado prodigio, porque en

sí mismo llevaba una fuente de energía, de calor. Vestían las gentes de distinta manera que vestimos tú y yo, y vivían una vida agitada y afanosa; hablaban otro idioma. Y yo era rey, tenía ejércitos con armas de un alcance y de una precisión que apenas puedo comprender, y junto a las cuales nuestros arcabuces con sus pelotas, nuestras culebrinas de mayor alcance y nuestros cañones serían cosas de niños. ¡Poseía flotas, no compuestas de galeras, galeazas y galeones, no construídas a la manera de nuestras naos, no movidas a remo o a vela, sino por la fuerza del vapor, del vapor de agua, Mencía, el cual escapaba de ellas en torbellinos negros, y algunas se sumergían como los peces, y...

—Imaginaciones del Malo han podido ser esas, Lope, tramadas con ánimo de perturbarte; y ello me contrista, te lo repito. Mi madre leíame que a San Antonio Abad le aparecían en confusión, en el desierto, seres absurdos y artificios malignos, nunca vistos por nadie. Tú, Lope, como ya te he dicho, quizás por la influencia de los libros que con ahinco lees, siempre has soñado mucho, y nunca entendí que eso estuviera bien. Por otra parte, las cuartanas del año pasado te dejaron harto débil. ¡Tan recio fué el mal, que día ni noche podías sosegar!

Y, abandonando su labor, la esbelta y delicada figura fué hacia su amado, cogióle suavemen-

te de la diestra y le llevó a la ventana, añadiendo maternal y untuosa:

—¡Descansa un poco; la custodia estará hoy terminada! Son ya las diez. Desde las ocho trabajas. Solacémonos mirando la gente que pasa.





III

TOLEDO

AUN con cierto resabio de duda, Lope se asomó a la ventana. Parecíale que allí sí iba a quebrantarse el conjuro, a desvanecerse el encanto, y que, en vez de la visión de una ciudad castellana, tendría la de la espaciosa plaza de su palacio—la plaza de Enrique V—, limitada por suntuosas arquitecturas del Renacimiento, por luminosos alcázares de mármol, rodeados de terrazas amplísimas, y cortado en dos su inmenso cuadrilátero por el gran río de ondas verdes, a través del cual daban zancadas los puentes de piedra y de hierro, hormigueantes siempre de una atareada multitud.

Pero no fué así.

La ventana de su habitación, más alta que la

mayoría de los muros opuestos, daba a una callejuela que, con otras vecinas, luego iba a desembocar en la plaza de Zocodover. Desde ella se abarcaba perfectamente el vasto espacio de esta plaza con sus irregulares edificios y sus viejos soportales.

Una multitud, vestida de manera muy varia, pululaba en rededor de los puestos del mercado que, por ser martes, había. Quién compraba aves de todos géneros; quién tarros de miel; quién queso libreado; quién mazapanes, hojaldres, bizcotelas y rosquillas, con o sin azúcar; quién aceites, mantecas y frutas de Andalucía.

Casi todos los balcones estaban engalanados con colgaduras diversas.

Preguntó Lope la razón, y Mencía díjole que la corte se encontraba en la ciudad imperial desde hacía algunos días, y que iba con pompa a todas partes, pasando casi siempre por la plaza.

Lope recorrió con la mirada atónita el panorama. La urdimbre de callejuelas se enredaba a sus pies. Bordábanlas en su mayoría muros bajos, con muy pocas ventanas, y todas las arquitecturas se codeaban en el más heteróclito contubernio. Campanarios, miradores, ajimeces, burdos o airosos portales encancelados, ventanas góticas, postigos enrejados; sobre la sinagoga, la cruz; junto a la pesada torre medioeval, áspe-

ra y fuerte como la de un castillo roquero, el alado minarete bordado de encajes; junto a la severidad de un cornisamento romano, la gracia enredada y traviesa de un arabesco que canta los atributos de Allah; un sobrio y reciente pórtico del cinquecento, junto a un arco mudéjar o a un pórtico plateresco.

Toledo, sentada sobre su arisco trono de rocas, vivía los últimos años de su apogeo. El rey don Felipe había trasladado desde 1560 la corte a Madrid. Era esta última villa, denominada la «única corte», muy sucia y malsana, a pesar de tan pomposo nombre. Contaba a lo sumo treinta mil habitantes, y en mucho tiempo su población no aumentó por cierto de una manera sensible.

La metrópoli del mundo, porque lo fué en aquellos siglos que empezaron con Carlos V, cuando no hubo ocaso para el sol en los dominios españoles, lo único que, por lo pronto, ganó con el traslado de la corte a su recinto fué la tala despiadada de sus hermosos bosques, testigos del dominio de los árabes y de los triunfos de Alfonso VI.

Desnudas quedaron las comarcas que habían ensilvecido los siglos, y Madrid en medio de un erial.

Las calles, estrechas y torcidas, estaban limitadas por casas de un solo piso, porque la Regalía de Aposentos obligaba a quienes cons-

truían casas más altas y espaciosas a alojar a la nobleza, y, por lo tanto, los propietarios se defendían construyendo las llamadas casas *a la malicia*.

Las moradas de los grandes casi no se distinguían de las demás sino por los torreones que ostentaban.

La amplitud de la villa apenas si excedía al viejo ensanche hecho por los árabes, y en su mayor parte las antiguas murallas estaban en pie o dejaban ver su anterior trazado, siguiendo un largo rodeo para llegar desde la calle o barranco de Segovia hasta el Alcázar.

En cambio era Madrid frecuentado por innumerables forasteros, y en su calle Mayor, siempre animada, y en sus muchas callejuelas, se codeaban los soldados que había mojado la lluvia pertinaz de Flandes, y los que había tostado el sol de Nueva España; los veteranos que habían peleado en San Quintín (y aun algunos muy raros que recordaban las hazañas del César en Túnez), y los aventureros que andaban en busca de cualquier empresa (entonces se intentaba la de Portugal) a fin de emplear en ella su coraje, su arcabuz y su inútil espada; los bravos a quienes fué dado ver con don Juan de Austria los apretados trances y la gloria de Lepanto, y los que, siguiendo las huellas de Pizarro, admiraron los portentos del Perú.

¡Cuántas veces, entre aquella turba de valientes o bravoneles, desencantado, triste, enfermo, recordando *la libre vida de Italia*, que amó tanto, pasearía también con su manquedad y su genio don Miguel de Cervantes Saavedra, hidalgo, soldado, escritor de entremeses, alcabalero, comisionista, miserable, hambriento... y semidiós!

Toledo, pues, como insinuábamos al principio, a pesar de su grandeza y hermosura iba a convertirse en breve, gracias a Madrid, en una ciudad muerta, en una ciudad museo; pero también, y por esto mismo, en la Roma española, adonde devotos y pensativos se encaminarían la Poesía, la Historia y el Arte a meditar sobre las pasadas grandezas.

Mas ahora, ¡qué bullicio y qué animación por dondequiera!

Las miradas de Lope discurrían de una a otra calleja, de uno a otro rincón, de uno a otro ángulo de la gran plaza, sorprendidas y embelesadas.

Aquí, caballero en una poderosa mula pasilarga, con gualdrapas de terciopelo carmesí, iba un clérigo copetudo, canónigo sin duda; acá, un chicuelo de caperuza verde jugaba en el arroyo;

allá, una dueña, que bien pudiera llamarse doña Remilgos, acompañaba a una doncella de negro manto, hermosa como un éxtasis, que se dirigía a misa; más allá, un grupo de ministriles, con sus instrumentos, acudía a quién sabe qué fiesta, alborotando a más y mejor; acullá, una gran dama en una hacanea torda que llevaba de la rienda un pajecillo flamenco vestido a la usanza de su país (y de los cuales había aún a la sazón muchos en Toledo), pasaba orgullosa a la sombra secular de los viejos muros, para salir a la riente plaza llena de bullicio. En otra parte, un caballero con ropilla y ropón de terciopelo azul salía del gran portal de un palacio, seguido de un escudero y de dos lebreles; y más lejos rodaba, desempedrando calles, un majestuoso y pesado coche, con mulas uncidas de dos en dos.

Era incontable la multitud de tipos que desfilaban bajo aquel balcón tan vecino a los tejados, y Lope no se hartaba de verlos: junto al mendigo, la buscona; junto al arriero, el estudiante sopista que caminaba distraído con no sé qué mirajes de puchero; junto al lazarillo, el trajinante; junto a la dama, la moza de partido; junto al clérigo, el rufián, el cómico o el hijodalgo. Parecía aquella escena una novela de Cervantes puesta en movimiento.

De pronto, en medio de un gran estruendo de voces y gritos, de aclamaciones y ruidos entu-

siastas, desembocó en el Zocodover brillantísima comitiva de jinetes, formada toda de grandes señores castellanos, caballeros en ágiles y hermosos caballos engualdrapados con mucha riqueza.

Esta comitiva precedía a una litera rodeada por damas de la primer nobleza, a caballo también, y custodiada por elegantísimos pajes.

En la litera venía, sin duda, una princesa, cuando menos.

—La reina doña Ana, la cuarta mujer del rey —cuchicheó al oído de Lope la dulce voz de Mencía—. Es una señora muy buena — añadió.

La comitiva perdióse pronto en la tortuosidad de una de las calles, y no quedó ya más que el remolino del pueblo, a quien el respeto había atado un punto los labios, y que volvía a sus voces entusiastas, en confusión inextricable, mezcladas a los gritos de los mercaderes, que pregonaban las excelencias de sus artículos.





IV

UNA CONVERSACIÓN

En esto Lope y Mencía oyeron pasos en la escalera, seguidos de algunos francos golpes a la puerta.

—Debe ser Gaetano—dijo Mencía.

Y fué a abrir.

Un joven como de la edad de Lope, alto, rubio, hermoso, entró riendo al taller.

—¡Lope mío!—exclamó con inflexión italiana, pero con articulación correctísima —. ¿Cómo estáis?

Y le besó en ambas mejillas. Luego, con un movimiento de cortesía lleno de distinción, que contrastaba acaso con la humildad de su traje, besó la larga, la afilada y pálida mano de Mencía.

Era Gaetano mozo muy regocijado y de mu-

cho despejo; trabajaba con Domenikos Theotokopulos, con quien había venido de Italia en 1576, cuando el Greco fué contratado en Roma para que decorase la iglesia de Santo Domingo el Antiguo, y tenía aún en sus ojos todo el deslumbramiento de una adolescencia entusiasta, vivida en una tierra llena de las opulencias del Arte, frecuentando los grandes talleres, donde había conocido a los Veronés, a los Tintoretto, donde había visto pasar como un Dios a Miguel Angel, donde había tenido la honra de hablar con Tiziano Vecelli, amigo y maestro de Theotokopulos.

¡Tiziano! El inmenso artista había muerto en Venecia ese mismo 1576, de la peste, y a la edad de noventa y nueve años; y a Gaetano le había sido dado contemplarle, aún con el pincel en la maestra mano trémula, y honrado por artistas, por sabios y príncipes, al igual de un emperador.

Bastábale cerrar los ojos para ver la nobilísima figura, el rostro oval, impregnado de cierta vaga tristeza, la nariz de perfecta curva, la sedosa barba blanca del maestro incomparable.

—Bellas historias de Italia sabéis, Gaetano—dijo Mencía—. Y es donoso para contarlas—añadió volviéndose a Lope—; muchos donaires sabe mezclar con ellas. ¿Venís aún a hablarnos del Tiziano, o de ese nuestro Greco de tan ex-

travagante condición, y que, tras enojarse con el cabildo de la catedral, no es bastante cortesano para contentar siempre al Rey nuestro señor?

—No es muy blando de carácter mi maestro; altivo se muestra siempre en demasía, y le he oído afirmar en muchas ocasiones que no hay precio para pagar sus cuadros, y que a él los ducados que gana, que son tantos, nadie se los escatima, porque todos los grandes saben lo que vale. Pero altivo era también su maestro Tiziano, al cual los propios reyes, como Francisco I, pedían con cierta humildad que les hiciese su retrato, y que fué honrado por el emperador Carlos V, señor del mundo, como lo ha sido por su hijo el rey don Felipe. Id al Alcázar de Madrid, id al Escorial y veréis en qué aprecio se tienen sus lienzos. La mayor parte de ellos fué mandada hacer por el Emperador y por el Rey con verdadero encarecimiento. Y a fe que razón han tenido en ufanarse de sus cuadros. Pues, ¿quién hubiera pintado como él a la hermosa emperatriz doña Isabel de Portugal? ¿Quién hubiera hecho con más riqueza y hermosura de color, con más brío, el retrato ecuestre del Emperador cuando su victoria en Mühlberg? ¿Quién le habría superado en la verdad de los retratos del Emperador y del Rey, en que el primero acaricia un mastín y el segundo muestra todos los caracteres de su temperamento; y quién hu-

biera ejecutado con más admirable suavidad el lienzo de Venus y Adonis, hecho especialmente para el rey don Felipe y cuya contemplación suele poner una sonrisa en esa faz que casi nunca se ilumina?

Gaetano se enardecía más y más, advirtiendo el grado con que Lope y Mencía le escuchaban.

—Sabed—agregó—que un príncipe tan artista y tan opulento como Alfonso de Este no hallaba en su corte manera digna de agasajar al Tiziano, y sabed asimismo que el gran pontífice León X le amó y admiró al par de Buonarotti y de Rafael! Y pensar que su primer maestro, Bellini, le predijo que no sería jamás sino un embadurnador cualquiera! ¡Si él y Giorgione, que lo envidiaban, le hubiesen visto después, venerado por el mundo, glorificado por todos los grandes de la tierra! ¡La gloria!—exclamó Gaetano a manera de síntesis—¡qué bella es la gloria! ¿Cuándo la alcanzaremos nosotros, Lope?... Porque yo creo en ella y la aguardo... Y vos, Mencía, ¿creéis en la gloria?

—¿Cómo no he de creer en la gloria, si llevo el paraíso en el corazón?—respondió Mencía mirando tiernamente a Lope.

—Bien decís, Mencía; el amor, un amor como el vuestro, es la gloria más real y más pura. Acaso la prefiera a la de mi maestro el Greco... en cuyo triunfo creo ciegamente.

—Decid, Gaetano—insinuó Lope lleno de curiosidad—, ¿podríais vos proporcionarme una oportunidad de conocer al Greco?

—Nada más fácil, amigo mío, pues que le veo a diario. Esta siesta, a las dos, he de hablarle, y ciertamente podríais acompañarme. El os acogerá con extremada ¡simplicidad. ¿Adivináis—agregó el italiano después de una pausa—adónde irá Domenikos después, a las tres de la tarde precisamente, y por cierto en mi compañía?

—No acierto...

—¡Pues a ver al Rey!

—¿Al Rey?

—Sí, señor, al Rey. Su Majestad no piensa más que en el ornato de El Escorial. ¿Sabéis que ha hecho a mi maestro numerosos encargos, entre ellos el cuadro del martirio de San Mauricio y sus compañeros, que Su Majestad desea vivamente, y que ha de colocar en el Monasterio con todos los honores... cuando el Greco quiera concluirlo, que no sé cuándo será? Su Majestad le ha enviado a recordar desde Madrid, en diversas ocasiones, este cuadro; ahora que está en Toledo, le ha hecho llamar para hablarle de ello y quizás de otros trabajos.

—Decid, Gaetano, pues que vos iréis con el maestro al Alcázar, qué, ¿no me sería dado a mí también ver al Rey? No le conozco...

—¡No le conocéis! *¡Per Baco!* Y le habéis visto tantas veces...

Lope experimentó de nuevo la penosa confusión, el angustioso extravío que a veces le invadían el alma durante aquella visión de otros tiempos...; pero reportándose luego, respondió:

—Le he visto siempre de lejos, le he distinguido apenas. En Madrid, cuando he encontrado su coche, las cortinillas estaban echadas.

—Sin embargo—intervino Mencía—me contaste, Lope, que siendo niño, allá por el año de 1560, asististe en Toledo a la jura del príncipe don Carlos, que con muchísima pompa celebróse en la catedral.

—Claro—respondió Lope cada vez más confuso—; pero hace tantos años... ¿Es cierto—siguió diciendo para disimular su turbación—lo que cuentan del Rey?

—¡Tanto cuentan!—interrumpió Gaetano—. Referid vos, Lope, lo que sepáis.

—Cuentan—empezó éste—que a pesar de lo que se dice en contra, corteja mucho a las mujeres, y que frecuentemente se solaza en su compañía; cuentan que en Madrid, por las noches, recorre enmascarado las calles de la villa, no con ánimo pecaminoso, como lo hacía don Carlos, su hijo, quien paseaba disfrazado por los peores lugares, sino más bien para investigar muchas cosas que de otra suerte no conocería;

cuentan que no es tan enérgico como se afirma: que personalmente sería incapaz de negar nada, y que por eso gusta de dar sus órdenes a cierta distancia; cuentan que es tan orgulloso, que jamás sigue un consejo, a menos que no se le dé indirectamente y él lo escuche como a furto de todos. Cuentan (y en esto no hay mal, sino bien) que a sus solas compone versos y tañe la vihuela, y aun se repite una glosa suya que dice:

Contentamiento, ¿do estás
que no te tiene ninguno?

Cuentan (y en esto sí hay [mal), que es disimulado y rencoroso, y que harto lo probó con los rigores de que dió muestra con el dicho príncipe don Carlos, más inadvertido que perverso, y con sus crueldades en los Países Bajos (donde han acabado por llamarle «el demonio del Mediodía»). Cuentan, aunque no lo creen sino los maldicientes, que alguna parte tuvo en la muerte de su hermano don Juan, cuya gloria y cuyas aspiraciones nunca vió con buenos ojos. Cuentan que...

—¿Y cómo no cuentan — interrumpió con cierto asomo de enfado Mencía—que es muy sabio, generoso y desprendido, como lo prueban las fundaciones del Archivo de Simancas, de El Escorial, de la Universidad y colegios de Douai

en Flandes y de las escuelas de Lovaina, de que he oído hablar mucho y con harto elogio a los padres del convento? ¿Cómo no cuentan que es muy devoto del Santísimo Sacramento, que es muy sobrio, que habla poco, que tiene gran paciencia, aun cuando le molestan de sobra; que trabaja más que su salud lo permite, que es harto capaz para cualquier negocio, que gusta de la soledad y se santifica en ella, que, poseyéndolo todo, de todo se muestra desasido, hallando paz su espíritu en esta dejación de las cosas perecederas; que ama las artes, especialmente la arquitectura, y no cree que ejercerlas es propio de villanos, como lo piensan muchos señores, tan ignorantes que firman con una cruz y que no saben más que la ciencia del blasón y la de las armas? ¿Cómo no dicen que es bondadoso y afable con los humildes, si duro y altivo con los grandes, y que, por último, si es cierto que se le ve tan taciturno y apartado, fuerza es pensar que lleva en el corazón profundísima herida: la que le hizo con su muerte su primera mujer, doña María de Portugal, que de Dios haya, de la que enviudó tan temprano, y que fué el único amor de su vida?...

—Y habrá que decir también en su abono—exclamó Gaetano—, en primer lugar, que ama y admira a Tiziano Vecelli, el más grande de los

pintores; en segundo lugar, que ha encomendado muchos cuadros al Greco, el más ilustre de los maestros que hay ahora en España, y en tercero, que ha protegido el estilo del cinquecento, ese estilo frío, adusto, pero noble y majestuoso por sus proporciones, creado por Juan de Herrera, y que con mucho acierto sustituye a la prodigalidad de detalles ornamentales del Renacimiento español, y, sobre todo, a ese plateresco de Egas, Badajoz y Vallejo, que no me seduce, por cierto.

—Por todas estas cosas y por otras muchas—dijo Lope, a manera de conclusión—quisiera ver al rey don Felipe II.

—¡Y vive Cristo que, o poco he de valer yo en el ánimo de mi maestro Theotokopulos, o esta misma tarde, a las tres, iréis con nosotros al Alcázar!

—¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo. Antes de las dos vendré a buscaros.

Y dicho esto, Gaetano se despidió graciosamente, y alegre y ágil bajó los escalones de dos en dos.



V

DOMENIKOS THEOTOKOPULOS

A las dos, en efecto, y cuando Lope y Mencía habían concluído su sencilla pitanza, volvió Gaetano con ánimo de llevarse a Lope.

—No le retengáis mucho—dijo Mencía al italiano—. La tarde será calurosa; si volviese a tiempo, holgaría de pasear con él.

—Tarde oscurece ahora—respondió Gaetano—. A las cinco le tendréis de regreso.

Mencía despidió con tiernísima mirada a su esposo y fuese a continuar su bordado, mientras los dos jóvenes se alejaban cogidos del brazo.

Cuando llegaron a la casa del Greco, éste comía aún, en una gran pieza, donde en cierta confusión había telas y muebles de bella y rara apariencia. Veíanse por todas partes bocetos y

dibujos, entre ellos algunos del Tiziano; bronces y mármoles mutilados, de Grecia y Roma; varios paisajes del Archipiélago, especialmente de la isla de Candía; copias en yeso de monumentos antiguos, entre ellas una admirable reducción de la Acrópolis; medallas, maderas talladas, etc.

El Greco y un caballero, principal a juzgar por el acicalamiento y belleza del traje, daban fin a suculenta comida, que cuatro músicos amenizaban, desde un ángulo de la vasta pieza, tañendo bien acordados instrumentos.

Era el pintor muy joven aún: de treinta y dos a treinta y cinco años representaba apenas, no obstante los asomos de calvicie, que habían despoblado ya y ensanchado su frente. Llevaba la barba no muy espesa y terminada en punta, la cual alargaba aún más su rostro, ya largo de suyo. Su nariz era de aguileño corte, aunque quizá un poco grande; sus ojos no muy brillantes ni expresivos, y sus orejas algo desproporcionadas.

Hablaba en italiano a su amigo, con voz áspera, y parecía referirle con animación una historia.

En el mismo idioma saludóle Gaetano, añadiendo algunas palabras lisonjeras para presentarle a Lope, quien, un poco intimidado, se mantenía a cierta distancia.

—Sentáos, don Lope—dijo sin ceremonia alguna el Greco, en el peor español del mundo y con el más detestable de los acentos. Y, señalando al caballero que con él comía, el cual representaba poco más o menos su edad, y que con una simple inclinación de cabeza había respondido al saludo de Lope y de Gaetano, agregó, dirigiéndose al primero:

—Mirad bien a este caballero y decid si os place su retrato—. Y le indicaba en caballete cercano un lienzo, empezado, como los otros, numerosos, que se veían por todas partes.

En él, el caballero aparecía de pie y de frente, con la mano izquierda, larga y espatulada, apoyándose sobre el pecho, separados el pulgar, el índice y el dedo meñique, y unidos los otros dos en esa elegante disposición tan cara a los viejos maestros. La barba, negra y puntiaguda también, caía con cierta austeridad sobre su gola blanca, y sus ojos tranquilos parecían ver, sin mirar, un punto lejano. Al lado izquierdo, abocetado aún, se percibía el puño de su acero.

—Admirable es el lienzo—exclamó sinceramente Lope.

—¿Os gusta, eh? Pues a vos también he de retrataros un día—respondió, visiblemente complacido, el pintor.

—¿Sabéis, Gaetano, que vuestro amigo tiene una fisonomía interesante?—agregó—. Mi maes-

tro; el gran Tiziano, afirmaba que no se deben retratar sino aquellos rostros en los que la naturaleza ha impreso un especial carácter. No era él, ciertamente, un retratista complaciente, y aun los príncipes hubieron de insistir para que los pintase.

La acogida un poco brusca, pero llana y cordial del joven maestro, había quitado a Lope hasta la última brizna de su timidez característica en su nuevo estado.

Era grande su admiración por el Greco, que si no gozaba aún de la notoriedad que le dieron después en Toledo (quizá más que sus amigos, sus opositores, dispuestos siempre a hablar de su extravagante condición y manera), empezaba ya, sin embargo, a retratar a muchos hidalgos de Castilla, imprimiendo en todos estos trabajos su imborrable sello; y la idea de que él también merecería ser pintado por aquella mano maestra, le llenó de alegría.

La conversación se generalizó a poco y se volvió animada.

Theotokopulos habló de Italia; de su llegada a Toledo; de la impresión que esta ciudad admirable hizo en él; de cómo la había pintado y cómo la pintaría aún muchas veces; de sus desacuerdos con el Cabildo de la Catedral, que después de una tasación injusta, sólo le dió por uno de sus cuadros más trabajados «tres mil e

quinientos reales»; del Rey, que no entendía ni gustaba sino a medias su arte, y que frecuentemente hacía que le fueran a la mano en sus cuadros, cosa que a él le irritaba más allá de toda ponderación; y, por último, de un gran lienzo, que le habían encargado para la iglesia de Santo Tomás, esa vieja mezquita renovada en el siglo XIV por el Conde de Orgaz, y cuya graciosa y elegante torre mudéjar era la que más en Toledo le gustaba.

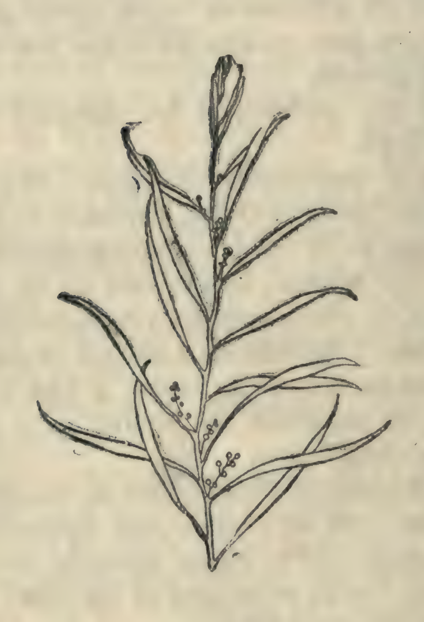
—¿Y qué cuadro será ése, maestro? —preguntó Lope.

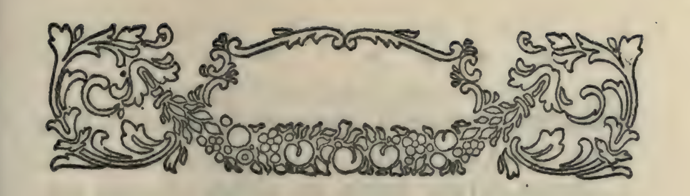
—Será—respondió Domenikos — el entierro de dicho Conde de Orgaz, que murió en 1323, y en el cual ha de verse la aparición de San Esteban y San Agustín. Magna obra ha de ser, lo aseguro, de una ordenación y composición muy laboriosas. Toledo entera aparecerá en el lienzo, asentada en su trono de piedra, y haré de cada uno de los personajes que figuren en el cuadro un verdadero retrato.

—Vos—añadió dirigiéndose al caballero su comensal—por de contado que figuraréis allí. Afortunadamente — siguió diciendo con ironía—este cuadro no es para el rey don Felipe, y así no le pondrá peros.

—A propósito, maestro—insinuó Gaetano—, Lope desearía acompañaros a ver al Rey, que tan pronto os recibirá. ¿Permitiréis que vaya conmigo?

—Vaya en buena hora—respondió el Greco—, si así le acomoda, que como en la antecámara real no pongan reparos, yo no he de ponerlos.





VI

EL REY DON FELIPE

El Greco y sus dos acompañantes vieron abrirse por fin una mampara, y fueron introducidos, de la antecámara donde esperaban hacía algunos minutos, y en la que había varios lujosos guardias de la Borgoñona y la Alemana, con algunos monteros de Espinosa, a una espaciosa cuadra tapizada toda ella de maravillosos tapices de Flandes, y en la cual estaba el Rey, de pie, al lado de ancha mesa que ostentaba gran cubierta de terciopelo con flecos y motas de oro, de las que por aquel tiempo se tejían y bordaban en Nápoles, y sobre la cual se veían muchos papeles en legajos o sueltos, un bello trozo de onix verde de la Puebla de los Angeles, semejante a los que se empleaban en algunas or-

namentaciones de la iglesia de El Escorial, y un gran Cristo de marfil.

Detrás del rey había un sillón, en cuyo respaldo, entre rojos arabescos, se destacaba el águila imperial.

Vestía don Felipe de negro, muy elegante, mente, pero sin bordado alguno de oro o plata, ni más joya que el Toisón pendiendo en la mitad del pecho de un collar esmaltado de oro, hecho de dobles eslabones unidos a pedernales, con la divisa: *Ante ferit quam flamma micet.* Era esta insignia, en efecto, la preferida del Rey. Antes de él pertenecía el derecho de conferir la dignidad correspondiente al Capítulo de la Orden; pero don Felipe abrogóse el poder de concederla según su real beneplácito, aboliendo, por tanto, el artículo de los estatutos que había limitado siempre el número de los caballeros.

Era, según pudo ver Lope, de estatura mediana, esbelto aun a pesar de la edad, blanco y rubio. Llevaba recortada a la flamenca la barba, en la que con el oro radiaban ya algunas hebras de plata.

Su mirada, clara y profundamente tranquila, no tenía expresión alguna.

Avanzaron los tres uno tras de otro, siendo Lope el último, e hincada la rodilla besaron la real mano, cubierta por guante de ámbar, y quedaron después a respetuosa distancia.

—Domenikos Theotokopulos—dijo el Rey con voz glacial, pero sin el menor asomo de dureza, al pintor, y sin mirarle a la cara—: deseo que pongáis más diligencia en los cuadros que se os han encomendado para El Escorial. Bien sabéis el empeño que he puesto en el ornato interior de las salas de los Capítulos, para que sean dignos de la grandeza de toda la obra.

—Y lo serán ciertamente, señor—respondió el artista con su pésimo acento—; créame Vuestra Majestad que trabajo con empeño para servirle.

—Huélgome de ello—respondió don Felipe. —¿Habéis madurado ya el asunto de nuestro cuadro? De él, especialmente, quería hablaros. Debe ser este asunto, según sabéis, la negativa de San Mauricio, jefe de la legión cristiana de Tebas, a sacrificar a los falsos dioses. Quiero que sea cuadro de mucha piedad y edificación. Tened, pues, buen ánimo y dadle pronto remate.

El Greco, que tenía sobre la conciencia su desvío para el cuadro, proveniente ya de que el asunto no le gustaba, ya de que no se le permitía en él ejercitar toda la independencia de su pincel, había pretextado que le faltaban elementos para su obra. Así es que, ante la pregunta del Rey, halló que venía a pelo la excusa, y respondió:

—Antes lo hubiera hecho de tener lo necesario. Juan de Herrera os habrá dicho, señor...

—Sí, que os faltaban dineros y colores; de todo se os proveerá. Así lo he ordenado. El mismo Juan de Herrera, cuando vayáis a Madrid, os dará nuevos encargos.

—Todos los que Vuestra Majestad me haga por su conducto serán ejecutados con celo. Hombre es Juan de Herrera que sabe hacerse entender, y a quien yo tengo en gran estima.

—Gentilhombre de prendas es—dijo el Rey—tan sabio como modesto y laborioso. Y estos jóvenes—añadió don Felipe volviéndose afablemente hacia Gaetano y Lope—, ¿son vuestros discípulos?

—El uno, señor, lo es. Conmigo vino de Italia—respondió el Greco señalando a Gaetano—; el otro es platero de oficio, y hame dicho que trabaja una custodia para una iglesia de Toledo.

—Noble arte es el vuestro—dijo el monarca a Lope—y en él tenéis predecesores ilustres. ¿Conocéis las custodias de Enrique Arfe? El emperador, mi señor y padre, teníalo en mucha estima.

Lope quiso responder; pero en aquel momento luchaban en su espíritu sensaciones y sentimientos muy encontrados. Del fondo de su ser subía algo como la convicción íntima de su personalidad anterior al sueño; también él era Rey,

Rey descendiente de este monarca pálido, minucioso, devoto, displicente, mesurado y frío, cuya historia leyera tanto, y un choque de personalidades, de recuerdos confusos lo turbaba. No pudo hablar. El Rey, más afable aún, creyéndole intimidado, le dijo:

—¡Sosegáos, sosegáos!

Y volviéndose al Greco:

—¿Habéis visto últimamente El Escorial?

—Lo he visto, señor; notable es su severidad, así como la gallardía y hermosura de su iglesia. Herrera interpreta con suma pureza el Renacimiento. Es un artista sereno, sencillo y grande, y El Escorial digna obra suya y vuestra, señor.

—Pláceme lo que me decís, Domenikos Theotokopulos. Bien sabéis que yo he querido edificar un palacio para Dios... ¡y una choza para mí!—añadió sonriendo levemente, tras de lo cual los tres besaron la mano que el monarca les tendía, dando por terminada la audiencia.





VII

MIRANDO CAER LA TARDE

GAETANO acompañó a Lope hasta el portal de su casa, después de haber dejado los dos a Domenikos en la suya, y allí se despidieron los amigos, aquél, siempre vivo y alegre, éste un poco impresionado y confuso todavía.

Cuando Lope subió a su bohardilla, Mencía trabajaba aún en su bastidor. Por la ventana abierta entraba la viva luz de una tarde estival.

La incomparable criatura dejó su labor y fué al encuentro de su marido, riente y amorosa.

—La tarde no puede ser más bella—dijo—¿Iremos a pasear?

—Iremos—respondió encantado el orfebre; y calándose el modesto bonete de fieltro gris con pluma negra, mientras ella se ponía el manto,

descendieron la empinada escalera y pronto se encontraron en el Zocodover.

Varios vecinos les saludaron al paso.

—¡Dios acompañe a vuesas mercedes!—díjoles una vieja que tomaba el sol en un portalucho húmedo.

Numerosos mendigos rodeáronles, y con tan insistentes súplicas los acosaron, que Lope puso en sus manos algunos maravedíes.

Un poco más allá, un grupo de gente los detuvo. Más de veinte bobos hacían círculo en derredor de dos perillanes que, con no muy pulidas razones, se denostaban.

Habían reñido porque el uno, que estuvo en la Nueva España y sirvió al marqués del Valle, hijo de Hernán Cortés, encontrándose en la taberna vecina, donde jugaban a las tablas, charlaban o cantaban acompañados de la vihuela algunos soldados, había menospreciado al otro, el cual pretendía haber estado con los tercios españoles en la guerra de Francia, a las órdenes del conde de Egmont, cuando, según el primero, nunca fué más que un rapavelas de cierta iglesia de Medina del Campo, donde él le había conocido.

—Si no mirara que soy viejo—decía el supuesto sacristán a su antagonista—, os hundiría mi espada en el pecho, hasta los gavilanes.

—¡Si se creerá joven el sacristán!—contestaba

con sorna el otro, que era un sesentón magro, barbicerrado, sucio y amarillo—; ¡si habrá pensado que mi pecho es tan blando como la cera de sus cirios! Vuélvase a la taberna a rascar la vihuela con la gente ruín y de poco precio a quien divierte, o vive Cristo que quedará más molido que alheña.

Lope y Mencía lograron, al fin, abrirse paso a través de los curiosos, y siguieron su camino.

Entraron bajo el Arco de la Sangre, que por una escalinata los llevó, pasando por el *Parador del Sevillano*, a Santa Cruz. El admirable edificio, con su hermosa portada, su noble vestíbulo y su iglesia, detúvoles algunos minutos en su tranquilo y contemplativo vagar. Fueron después hasta la plaza del Alcázar, el cual se erguía severo y triste en la paz de la tarde asoleada, y en cuyas escaleras el César Carlos (que había mandado reedificarlo en los comienzos del siglo XVI), según sus propias palabras, *se sentía emperador*.

En el gran patio, rodeado de su doble columnata corintia, advirtieron gran bullicio de pajes, escuderos y soldados, y en la plaza, y en el espacio comprendido entre el edificio y Santiago de los Caballeros, vieron mucha gente baldía que aguardaba la salida de algún personaje palatino, divirtiéndose con el trajín y balumba de servidores y militares.

Fueron después hasta la puerta de Alcántara, pasaron el puente, donde se detuvieron un punto, pensativos, viendo correr la turbia linfa del Tajo, y ascendieron suavemente por la colina en que se asentaba, hosco y sombrío, el Castillo de San Servando.

Allí, sobre unas motas de césped, sentáronse a la sombra de los altos muros.

La gran Toledo extendíase frente a ellos con toda su majestad imperial, radiando al sol la cruda viveza de sus varios colores, recortando en el divino azul su orgullosa silueta almenada y erizada de torres, entre las cuales se definía, precisa y soberbia, la mole del Alcázar.

San Servando, acariciado por el sol, era imponente sobre toda ponderación. Del carácter guerrero religioso que desde la reconquista de Toledo por Alfonso VI, en 1085, había adquirido la fortaleza, y que había mostrado por espacio de algunos siglos, hasta principios del décimocuarto, en que los templarios la abandonaron, apenas si quedaban vestigios. El castillo restaurado en la época de las terribles luchas entre Don Pedro I y Don Enrique de Trastamara, ahora estaba de nuevo en ruinas, pero mostrando aún cierta dignidad medioeval en sus torres imperiosas.

Lope y Mencía contemplaron algunos instantes los descalabrados muros, y volvieron luego

los ojos hacia la hermosa perspectiva cercana.

A sus pies corría el Tajo en su lecho de rocas, ciñendo casi por completo con sus brazos fluidos a la ciudad, como a una amada. Más allá, al otro lado del arrabal de Antequeruela, se adivinaba la Vega apacible y florida.

El cielo era de una incontaminada pureza. Una suave frescura primaveral llegaba de los campos, de las peñas, del río.

Mencía apoyó su cabeza en el hombro de Lope. Pasóle éste el brazo por el talle, y enamorados, mudos, felices, quedáronse contemplando el claro cristal de la tarde, la mansedumbre melancólica del paisaje, y escuchando el vago y complejo rumor que venía de Toledo, un rumor que parecía hecho de las voces de los vivos y de las voces de los muertos; de los carpetanos que fundaron la ciudad; de los romanos que la conquistaron; de los visigodos que en ella se convirtieron a Cristo; de los moros que la habitaron cuatro siglos y la hicieron próspera; de los castellanos que trajeron a ella su fe acorazada de acero; la voz de los padres antiguos que allí celebraban sus concilios y de los cardenales opulentos que se llamaban los Mendoza, los Tenorio, los Fonseca, los Ximenes, los Tavera, y que hicieron de aquellos peñascos diademados de almenas un imperio de arte y de pensamiento.

Y parecíale a Lope que dentro de él mismo se escuchaban también los rumores de todas las épocas; que en él gritaba la voz de los que se habían callado para siempre; que era él como una continuación viva de los muertos; que siempre había vivido, que viviría siempre, juntando en su existencia los hilos de muchas existencias invisibles de ayer, de hoy, de mañana.

Contempló a Mencía. Esta había separado la cabeza de su hombro y, sentada sobre la hierba, con los ojos muy grandes, muy luminosos, fijos en los suyos, parecía seguir el camino de sus pensamientos.

Y a ella, pensó Lope, al verla, que siempre la quiso. ¡Desde quién sabe qué recodos misteriosos del pasado venía este amor!

¡Era la criatura por excelencia, hecha como de una alquimia divina!

Era la compañera ideal, casta, apacible, con un poco de hermana en su abandono, con un poco de madre en su ternura.

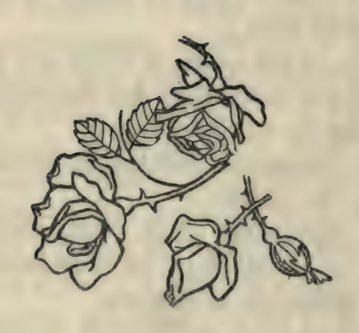
Era el alma cuyo vuelo debía periódicamente en los tiempos cruzarse con el suyo, cuya órbita debía con la suya tener forzosamente intersecciones.

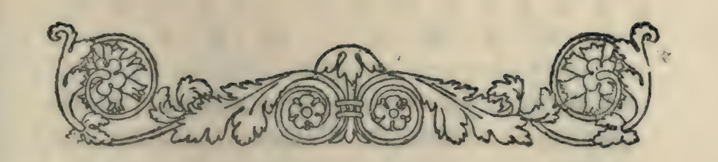
¡Para él habíala Dios hecho, *tota pulchra;* como los más claros cristales, clara; incorruptible como el oro e inocente como la rosa!

—¿Verdad que siempre me has amado?—la

preguntó de pronto con indecible ímpetu, atrayendo su cabecita obscura, y buscando ávidamente el regalo de sus labios.

—¡Siempre! — respondió con simplicidad la voz de plata—. ¡Siempre!





VIII

¡NO TE DUERMAS!

EMPEZABA a obscurecer, envaguecíanse ya los perfiles ásperos de las murallas y las rocas, y algunas estrellas punteaban el profundo azul.

Lope y Mencía levantáronse silenciosamente y, cogidos del brazo, echaron a andar hacia la ciudad, donde, en el laberinto de callejuelas, parecía enredarse ya, como una víbora negra, la noche.

Aquí y allí las estrechas y escasas ventanas se encendían; comenzaba a llamear el pálido aceite de las lámparas, que ardían en innumerables nichos y hornacinas ante los Cristos, las vírgenes y los santos. A veces tropezaban con tal o cual litera precedida de pajes con hachones, que luego se perdía fantásticamente en el declive de

un callejón. Tras las ventanas, sólidamente enrejadas, se adivinaban siluetas de mujeres pensativas...

Lope y Mencía caminaban lentamente.

Una gran tristeza caía sobre el alma de él, y un presentimiento poderoso decíale que ella también estaba triste.

Tristes los dos: ¿por qué?

Ella lo sintetizó más tarde en estas solas palabras: «¡Tengo miedo de que duermas!»

¡Ah, sí; él también tenía miedo de eso...!

A medida que llegaban las sombras, parecíale que todo: la ciudad, las gentes, su Mencía misma, tenían menos realidad... ¡Si iría el sueño a disolver aquello como a vano fantasma!

¡Si estaría aquello hecho de la misma sustancia de su ensueño!

¡Si al dormir perdería a su amada! ¡Qué desconsuelo, qué miedo, qué angustia!

Al fin subieron la empinada escalera, y ya en su bohardilla encendieron un velón. A su débil luz la custodia llameó vivamente. Allí estaba, enjoyada de amatista y de topacios.

Su arquitectura de oro y plata se erguía misteriosa y santa... Representaba a la celeste Sión, «donde no hay muerte, ni llanto, ni clamor, ni angustia, ni dolor, ni culpa; donde es saciado el hambriento, refrigerado el sediento y se cumple todo deseo; la ciudad mística de Jerusalén, que

es como un vidrio purísimo, cuyos fundamentos están adornados de piedras preciosas; que no necesita luz, porque la claridad de Dios la ilumina, y su lucerna es el cordero.»

Mientras él quedaba contemplando aquella obra admirable de sus geniales manos de orfebre, Mencía fué a preparar la humilde cena, y volvió a poco con un cacharro que humeaba lentamente, despidiendo gratos olores.

—Berengenas con queso, de que tanto gustas—dijo.

Cenaron en una esquina de la mesa, muy juntos y muy silenciosos, mirándose casi de continuo, y sintiendo él que sobre la frugal pitanza querían caer sus lágrimas.

Tras unos cuantos bocados, retiró Lope la escudilla con desgano, e impulsado por un incontenible ímpetu de ternura, ciñó suavemente a Mencía por el talle, llevóla hacia la ventana, arrellenóse allí en un viejo sitial de cuero, hízola a su vez sentarse sobre sus rodillas, y empezó a acariciarla castamente, pasándole la diestra, temblorosa, como para bendecirla, sobre los negros y abundantes cabellos.

Ella quedósele mirando con una indecible expresión de amor y de angustia.

Un vago entorpecimiento parecía ya amagar a Lope.

¡Qué bien estaba allí! Por la ventana entraban

los hálitos primaverales y la luz de las estrellas. Toledo empezaba a dormir; íbanse apagando todos aquellos rumores, de los que Lope había creído discernir la voz de los vivos, mezclada con la voz de los muertos... Amaba con todas las fuerzas de su corazón, era amado serenamente por aquella santa y luminosa criatura... ¡Qué íntima sensación de seguridad y de paz lo invadía...! ¡Qué bueno era apoyar su cabeza entorpecida en la blanda y palpitante almohada de aquellos senos y... dormir... dormir...!

—¡No, no!—exclamó Mencía, como si hubiese seguido los pensamientos de Lope—. ¡No te duermas! ¡No te duermas! ¡Lope mío, por Dios, no te duermas!

Lope hizo un esfuerzo y abrió, aterrorizado, cuan grandes eran, los ojos, que comenzaban a cerrarse.

—¿Por qué, amor mío, por qué?...—interrogó.

—¡Porque me perderás, porque al despertar... ya no habrás de encontrarme!

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Luego tú no existes, luego esos ojos y esa boca, y esos cabellos y ese amor... no son más que un sueño!

—¡No son más que un sueño!—repitió Mencía fúnebremente.

—Pero, entonces—insinuó Lope con espanto—tú... tú no vives; tú, Mencía, la esposa de mi corazón, la elegida de mi alma, la única a quien

siento que he amado... desde hace mucho, mucho, desde todos los siglos! ¿no eras más que una sombra?

—¡Más que una sombra!—repitió fúnebremente la voz de plata.

Lope hizo un desesperado esfuerzo para contrarrestar el entorpecimiento implacable que volvía de plomo sus párpados, y manteniendo los ojos bien abiertos y oprimiendo con fuerza entre sus brazos a aquella amada de misterio, empezó a besarla desesperadamente, y entre besos y lágrimas decíale:

—¡No te has de ir, no! ¡No he de perderte!, ¡señora mía!, ¡dueña mía, amada mía!, ¡no te has de ir! ¡No he de cerrar los ojos, no he de sucumbir al sueño!... ¡No te arrancarán de mis brazos, ni te devorarán las tinieblas! ¡Habré de amarte siempre... despierto, en un día... sin fin... en un... perenne dí... a!

Y ella, con una voz a cada instante más vaga, como si viniera de más lejos, repetía moviendo tristemente la cabeza:

—No duermas, mi señor... no duermas... no... duer... mas.

¡Y los ojos de Lope se cerraban dulcemente, dulcemente; las formas de Mencía íbanse desvaneciendo, desvaneciendo, desvaneciendo!



IX

SU MAJESTAD DESPIERTA

Cuando Su Majestad despertó era ya muy tarde. La viva hebra vertical que fingía como una soldadura de luz entre las dos maderas de la ventana, de aquella ventana de siempre, decía asaz la hora a la habitual pericia de sus ojos, tan hechos a contemplarla.

Una angustia inmensa pesaba sobre el espíritu del Monarca. De sus apagadas pupilas habían rodado en sueños lágrimas que humedecían aún la blancura de su barba.

Alargó la flaca diestra hacia el timbre eléctrico y lo oprimió con fuerza.

Aún no se extinguía la trémula vibración a lo lejos, cuando una puerta se entreabrió discreta-

mente, y en la zona de luz destacóse una silueta respetuosa.

El Rey ordenó que se abriesen las ventanas, y una oleada de luz entró, bañando muebles, lienzos, tapices, y obligando a Su Majestad a esconder la cara entre las manos.

Hizo sus abluciones matinales, dejóse vestir automáticamente, y echóse luego sobre un sillón murmurando:

—Hoy no recibiré a nadie. Estoy un poco enfermo. Ved si mi hermana se halla en sus habitaciones—añadió.

Instantes después la misma silueta entreabría la puerta, y una voz obsequiosa decía:

—Su Alteza vendrá a ver a Su Majestad en seguida.

Una princesa, pálida, alta, enlutada, con tocas de viuda que aprisionaban sus rizos nevados, llegó a poco a la presencia del soberano, y tras ella volvió a entornarse la puerta.

—Hermano mío—dijo con un casi imperceptible tono de ceremoniosa cordialidad—, ¿estáis enfermo?

Su Majestad, por única respuesta, echóle al cuello los brazos, y olvidando todo protocolo y aquel dominio y señorío de sí mismo, que siempre le había caracterizado, púsose a llorar silenciosamente.

La austera princesa, sorprendida, mantenía

sobre su hombro la cabeza de su hermano, y dejábalo aliviar una pena, al parecer tan honda, y que ella no podía adivinar; hasta que Su Majestad, desatando el afectuoso nudo, indicó a la dama un divancito rosa que se escondía en la penumbra de lejano rincón, y allí, sentado cerca de ella, le refirió melancólicamente la historia de Lope y de Mencía.

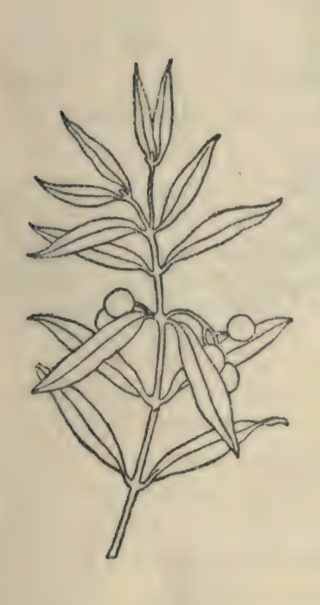
—A nuestra edad, señor — dijo, cuando la hubo oído la princesa—son muy dolorosos esos ensueños...

—¿Pero no pensáis, hermana, que doña Mencía ha existido, que me quiso... que la quise... en otro siglo, o cuando menos que amó a alguno de mis abuelos y él me legó misteriosa y calladamente, con su sangre, este amor y este recuerdo?

—¡Quién sabe!—respondió la dama agitando con leve ritmo la pensativa cabeza—. ¡Quién sabe! Hay muchas cosas en los cielos y en la tierra *que no comprende nuestra filosofía;* pero en todo caso, señor, de eso hace más de tres siglos, y vuestra Mencía, de haber existido, no es ya sino un puñado de polvo en la humedad de una tumba lejana.

—Hermana mía, ¿no la veré, pues, nunca? ¿Nunca más he de verla? Yo la amé, sin embargo... Estoy loco, hermana mía. ¡La amé y anhelo recobrarla!...

—¡Señor—replicó la princesa con voz apagada—, sois Rey, Rey poderoso; pero todo el poder de Vuestra Majestad no basta para aprisionar una sombra ni para retener un ensueño!





III

AMNESIA





I

TODA la comedia o el drama de mi vida—no sé aún lo que es—dependió de una cerilla y de un soplo de viento, como dijo el otro.

¿Acaso dependen de algo menos tenue las grandes catástrofes de la historia?

Acababa yo de cumplir treinta años; iba por una calle del barrio de Salamanca—supongamos que por la de Ayala—; cogí un pitillo; quise encenderlo con mi *peut-être;* no hubo manera: saqué mi caja de cerillas, pues soy hombre prevenido. Pero un soplo de viento apagó la primera cerilla y creo que la segunda. Me metí en un portal de cierta casa lujosa, para lograr mi perseverante deseo. Encendí al fin el pitillo, pero mi corazón se encendió al propio tiempo. Bajaba los escalones de la marmórea escalera Luisa Núñez, la que diez meses después era mi espo-

sa en el templo de la Concepción de la calle de Goya...

—¡El flechazo!

—¡Tú no sabes lo que eran los ojos de Luisa! Ni los de Pastora Imperio, ni los de la Minerva del Vaticano podían compararárseles.

Habrás advertido el supremo encanto de unos ojos claros, verdes o zarcos, especialmente, en un rostro moreno: encanto y misterio...

Los de Luisa eran zarcos. En su tez trigueña, de un trigueño obscuro, evocaban reminiscencias de límpidas fuentes en la morena tierra.

Debo advertir, para que no se culpe a otro que a mí de mi desgracia, que no uno, sino varios amigos oficiosos y buenos, desaprobaron mi matrimonio.

Conocían a Luisa y sabían que era una mujer frívola, muy pagada de su hermosura: de su pelo negro y luciente (no temas: no incurriré en la vulgaridad de decir que «como el ala del cuervo»); de su boca admirablemente dibujada (no receles que te diga que parecía «herida recién abierta»); de su cuello, digno de la Zulamita (lee lo que dice el Cantar de los Cantares); de la esbeltez, en suma, de su cuerpo.

—Es incapaz de querer a nadie. No está enamorada más que de la imagen que la devuelve su espejo—me cuchicheó Antonio Arévalo (que había sido su pretendiente).

—¡Se muere por los trapos!—me reveló su íntima amiga Leonor X.

—Tiene por las joyas una pasión de urraca—insinuó otra de sus amigas predilectas.

Y lo peor es que todos y todas tenían razón.

Luisa era frívola, desamorada, amiga del lujo; muñeca de escaparate, incapaz de una sola virtud.

Pero yo la amaba, la amaba como sólo esa vez he amado en mi vida.

¿Qué es preferible—me decía para consolarme de mi desgracia—vivir con una santa a quien no queremos ni para remedio, o adorar a una diabla?

¿No optaríamos todos por lo segundo?

De las veinticuatro horas del día, Luisa me echaba a perder por lo menos seis; las que pasaba a su lado. Pero como en esta vida nada es constante, ni las perrerías de una mujer, allá cada semana, o cada dos, tenía una hora amable, una hora dulce... ¿y acaso una hora semanal o quincenal de felicidad (incomparable, por cierto) no paga sesenta o setenta de miseria?

Esas mujeres amargas como el mar y como la muerte, cuando tienen la humorada de ser afectuosas y cálidas eclipsan con su momentáneo embeleso a las más encantadoras.

Pero es muy poco de todas suertes una hora quincenal de bienaventuranza, cuando los otros

catorce días y veintitrés horas no hemos hecho más que sufrir.

Luisa me arruinaba económica, física y moralmente.

En mis desolaciones, yo sólo veía un remedio posible a mis males: un hijo.

La maternidad suele transformar a la mujer más casquivana. Se han visto casos de conmovedoras metamorfosis. (¿Quieres santificar a una mujer?—dice Nietzsche—. Hazla un hijo.)

Dos años, empero, llevábamos ya de cadena, exclamando quizá cada uno a sus solas lo que reza la célebre aguafuerte de Goya: «¡Quién nos desata!», cuando empecé a advertir en Luisa signos inequívocos de que los dioses escuchaban mis súplicas.

El doctor y ella confirmaron mis deliciosas sospechas.

Como era una mujer elegante y vanidosa, discurrió pasar los meses de buena esperanza en el campo.

Busqué una quinta rodeada de árboles, cerca de una vieja ciudad castellana, y nos fuimos a vivir allí con nuestros criados de más confianza, un piano y algunas docenas de libros.

La soledad, el apartamiento, exasperaron los nervios de Luisa. Pero yo huía con mis libros a las habitaciones más apartadas del caserón y, contemplando a ratos el campo, y a ratos con

mis autores favoritos, iba pasando el tiempo...

Estaba visto que la mala suerte (así lo creía yo en mi ceguera) me había de seguir a todos los escondrijos. A pesar de nuestras precauciones, el alumbramiento de Luisa fué inesperado. El médico se hallaba en Valladolid, a cientos de kilómetros de nuestra quinta; la comadrona estuvo en su cometido a la altura de un zapato; y Luisa, a consecuencia de un descuido, tuvo una hemorragia tal, que por poco deja huérfana a la pobre niña que vino al mundo en circunstancias tan tristes.

Se salvó por milagro, pero quedó en un estado de debilidad tan grande, que un mes después apenas si podía penosamente andar.

Vino la anemia cerebral con todos sus horrores, y su memoria empezó a flaquear.

Olvidaba con frecuencia los nombres de las cosas, se extraviaba en el caserón, confundía a los criados. Un día desconoció a su propia hija. Pusiéronsela en el regazo, y quedósela mirando con perplejidad...

Por fin llegó lo esperado con angustia: la amnesia completa.

El alma de Luisa, aquella alma frívola, locuela, mariposeante, cruel a veces... pero alma al fin, naufragaba en el océano de la inconsciencia.

Como un telón negro, la mano misteriosa de lo invisible cubría el pasado.

Detrás quedaba la identidad del yo, el hilo de luz que ata los estados de conciencia, los experimentos, las sensaciones de la vida anterior...

Luisa Núñez ya no existía.

Un fantasma—hermoso, de carnes delicadas y tibias, pero fantasma nada más—continuaba la vida de aquella mujer adorada.

Me fuí con ella a París a buscar un especialista famoso.

La examinó concienzudamente, y me dió una conferencia sobre psicosis antiguas y modernas.

No creía que fuese hacedero en mucho tiempo—en años—que Luisa recobrase la memoria de su pasada existencia; pero, en cambio, era posible reeducarla para la vida, como a una niña. Cabía enseñarla nociones simples, darla lecciones de cosas, sin fatigar su cerebro; seguir con ella en el campo, en un sitio sano y apartado, un procedimiento análogo al de los Kindergartens.

—Es—me dijo el doctor, y me dió el porqué con explicaciones técnicas que no acertaría a repetir ni viene al caso—es como si hubiera vuelto a nacer.

»¿Ha leído usted—prosiguió con sonrisa ambigua—lo que dicen las religiones indias y algunos de los griegos acerca de la palingenesia?

»El alma, al encarnar, olvida toda su larga historia anterior, que, según parece, no le serviría

de estímulo, sino de desconsuelo, y haría imposible sus relaciones con muchos de sus semejantes; pues es de clavo pasado que el interfecto no soportaría la vista de su asesino, el marido engañado la de su mujer infiel, el comerciante la de su cajero ladrón; e inconcuso que, quien en otras vidas tropezó y cayó, perdería en la actual, con este recuerdo, la moral para regenerarse. El alma, pues, come «la flor de loto», pero no olvida en realidad ciertas cosas, según afirman los teorizantes.

»Sólo que sus recuerdos se transforman en instintos. El hábito no es más que un recuerdo despersonificado—dice Junet—. De ahí las simpatías y antipatías súbitas, las corazonadas, los presentimientos.

»Pues bien, el caso de su esposa es análogo.

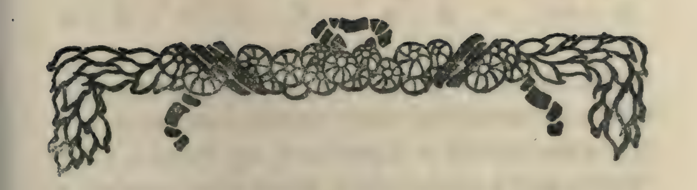
»Renace ahora... Nada recuerda de su vida pasada: hasta ignora que tuvo una hija. Pero su memoria, que procederá como instinto mientras no cure de la amnesia, hará, así lo espero, que experimente simpatías por usted.

»Con dulzura, y, sobre todo, recuérdelo, sin fatiga, usted la reeducará.

»En suma—añadió—, la experiencia es nueva, dulce y tentadora. Con el mismo cuerpo de la mujer amada, el destino le otorga a usted un alma nueva, un alma blanda que usted, si es artista, sabrá modelar...»

Las palabras de aquel sabio médico—que por pura casualidad no era materialista—me sedujeron, y algunos días después, con mí esposa, mi hija y mis fieles criados, me instalaba en una hermosa quinta de Santander, desde la cual el panorama era admirable, como todos los panoramas de la Montaña.





II

En el fondo de mi alma había, empero, cierta inquietud ante el fenómeno que se producia, de tan peregrina manera, en la vida del sér más íntimo y amado.

¿Alternaría con la nueva personalidad (nueva en toda la extensión de la palabra) de mi esposa, la personalidad antigua, en irrupciones inesperadas e inquietantes?

«Su memoria—me había dicho el doctor—procederá como instinto, *mientras no cure de la amnesia.*»

Al curar, pues, Luisa volvería al escenario de mi vida.

Quise saber a qué atenerme en todo, y púseme a leer revistas y libros adecuados que pude hallar a la mano.

En una revista cosmosófica, traducida por

F. M., hallé lo siguiente de Carlos Ramus: «*La doble personalidad* es un estado que puede llevar a los sujetos a abandonar su familia y su trabajo e ir a otra ciudad, tomar otro nombre y otras ocupaciones. Sus maneras y sus hábitos cambian completamente. Suelen recordar su estado normal, pero considerándolo con indiferencia, como si se refiriera a un tercero. La duración de tales estados puede variar desde algunas horas hasta algunos años; la vuelta al estado original es habitualmente repentina, y el hilo de sus recuerdos se reanuda en el punto exacto en que se interrumpió.»

Recordé el clásico caso, citado por William James, de aquel yanqui que durante semanas fué otro hombre; leí lo que dice Ribot; la teoría de Bergson acerca de este punto...

En una revista de variedades encontré, guardándolo cuidadosamente, el párrafo que sigue:

«Un fenómeno extraordinario de multiplicidad.

»Uno de los fenómenos más extraordinarios que el mundo ha ofrecido a los hombres de ciencia, es el que ha sido objeto de un minucioso estudio por parte del doctor Alberto Wilson, en Inglaterra. Se trata de un ser humano que

reúne en sí diez personalidades distintas y enteramente independientes una de otra. El sujeto es una joven, casi una niña, que a los trece años experimentó un ataque de grippe. Aunque curó de aquella enfermedad, en su inteligencia dejó la misma profundas huellas. Desde entonces, en efecto, parece como si la muchacha hubiese tenido diez cerebros diferentes: pues se han observado en ella diez personalidades perfectamente distintas, pasando de una a otra, de vez en cuando, de un modo irregular y sin que la paciente se diese cuenta de estos cambios.

»El doctor Wilson ha tomado numerosos datos sobre los caracteres de cada una de estas personalidades. Unas veces, la joven aparecía como una muchacha asustadiza y tímida hasta la exageración; huía de sus propios padres, ocultándose el rostro cuando se acercaba cualquiera. Un día tocó una arruga en una tela, y empezó a gritar diciendo que era una serpiente. En ocasiones su terror llegaba al punto de comunicar a su cuerpo una rigidez cadavérica. Esto es lo que el doctor Wilson llama la primera personalidad de la enferma.

»En otros períodos de su extraña vida, la joven ha quedado imposibilitada para andar; pero entonces parecía algo más inteligente, y ponía a las personas y a las cosas nombres extraños, enteramente a su capricho. Se denominaba a sí

misma «una cosa», decía no tener boca, y llamaba blanco al color negro y rojo al verde. Un día que el doctor la pidió que anduviese, replicó: «¿Anda?, ¿qué es eso?, ¿qué significa anda?» Su tercera personalidad era idéntica a la de una niña que empieza a leer y escribir; en este estado la agradaban mucho las tormentas, y, siendo de ordinario muy pacífica, en ocasiones mordía sus propias ropas, diciendo que un hombre malo se había apoderado de ella.

»Algún tiempo después, la infeliz quedó sorda y muda, no pudiendo oir ni aun los ruidos más fuertes, y hablando por señas con toda facilidad. Pronto se reveló en ella una quinta personalidad. Cierto día empezó a hablar de nuevo, diciendo que solamente tenía tres días de edad; afirmaba también que el fuego era negro, y, lo que es más notable, todas las palabras que pronunciaba las decía al revés, esto es, empezando por la última letra sin equivocarse nunca. Pasado algún tiempo, su inteligencia pareció entrar en un período de normalidad, pero hubo que enseñarla a leer y escribir. Negaba haber visto jamás al doctor Wilson, y en ocasiones perdía por completo el uso de sus manos.

»Vino después una séptima personalidad; la pobre muchacha se llamaba a sí misma *Adjuice Uneza*, y olvidó todo lo que había ocurrido recientemente, incluso los detalles de la casa del

doctor; pero, en cambio, recordaba hechos acaecidos muchos años antes.

»Ultimamente, la muchacha ha quedado imbécil, y se ocupa en dibujar figuras incomprensibles y figurines como los de periódicos de modas, siendo de advertir que ni en su estado normal, ni en ninguna de las otras nueve personalidades, aprendió a dibujar ni demostró aficiones artísticas.»

⊠

En un libro francés especialista encontré asimismo las siguientes interesantes páginas que traduzco:

«El alma es una cosa compleja; su unidad no existe sino con relación al individuo que se re conoce en lo que él llama su *yo*. Pero el dominio psíquico se compone de una multitud de pequeñas almas, cuya masa es divisible, y en la cual se manifiesta a veces cierto desorden.

»Un hombre puede ser visto bajo dos aspectos muy diferentes; un profesor de matemáticas durante su clase no deja ver más que una parte de sí mismo, y hasta él olvida, momentáneamente, todo lo que se halla fuera del grupo de sus conocimientos especiales. Pero yo supongo que, salido de su clase, es un buen músico. La familia le verá con más frecuencia bajo el aspecto

de un violinista. Imaginad ahora que, a consecuencia de un accidente cualquiera, este hombre pierda todo recuerdo de la música. No queda entonces más que el matemático. Le habláis de su violín y no os comprende. Nunca lo ha tocado. Pero, al cabo de algunos días, la memoria del músico reaparece y, en cambio, el grupo de recuerdos matemáticos se ha borrado. Tal es el aspecto—no digo la explicación sino el aspecto—bajo el cual puede presentarse cierto fenómeno conocido con el nombre de división de la personalidad.

»Pero puede también acontecer esto: que se revele un estado sonambúlico, durante el cual, así como el actor representa un papel, el sujeto encarne el tipo del personaje que se le propone, y lo haga a pedir de boca. Sólo que esta representación no resiste al examen, porque el sujeto continúa en las generalidades, y sigue siendo incapaz de dar muestras de conocimientos especiales. Pero surge un nuevo personaje, y este no conoce ya a ninguna de las gentes que le rodean. Se presenta con un nuevo estado civil, y muestra que posee ciertos conocimientos que ninguna hipótesis permite atribuir al sujeto sonambúlico, que aparece entonces como poseído por una influencia extraña. Es el fenómeno que ha ofrecido frecuentemente la señora Piper en estado de *trance*, y al cual la Sociedad de Inves-

tigaciones Psíquicas ha consagrado muchos gruesos volúmenes de sus anales.

»Son estos, se dirá, hechos aún insuficientemente conocidos. Nosotros pretendemos que un hecho experimentado, observado por autoridades competentes, por inexplicado que sea, se convierte en una verdad empíricamente probada, lo que basta para que se le admita como base de deducciones futuras. El caso es inexplicable fisiológicamente: verdad útil de retener.

»Pero, lo repetimos: caemos aquí en un abismo de complejidad. Parece algunas veces que una amnesia parcial ocasiona en el sujeto la desaparición de todo un período de su existencia, y, lo que hay de más admirable es que nada, fuera de esto, indica en el paciente trastorno alguno. Así, una persona instruída y bien educada, va a caer en trance para despertarse en un estado en el cual habrá cambiado de carácter, sin tener recuerdo alguno de su estado precedente. No conocerá ya ni a las personas de su intimidad; hasta el carácter de su letra habrá cambiado. Será, en suma, otra persona. Una nueva crisis sobreviene, y el sujeto despiértase en su primer estado, ignorando completamente el estado segundo que acaba de dejar.

»El doctor Azam, de Burdeos, según creo, ha observado un caso que es ya clásico, en «Félida», cuyos cambios de personalidad se manifes-

taron durante largos años. Casi a diario la dominaba una crisis, y aparecía otra persona que ignoraba la romanza que la primera cantaba momentos antes de la crisis, y que era incapaz de continuar la labor de costura que traía entre manos. Era indispensable que su familia la pusiese de nuevo al corriente de todo en su nuevo estado.

»Encontrándose en estado interesante, en su segunda personalidad, ignoraba absolutamente este detalle al volver a la personalidad primera;

»Félida II tenía un perrito que quería mucho. Félida I lo arrojaba de su lado como a un intruso.

»A pesar de todas las apariencias de una posesión, se puede ver en estos fenómenos la alternabilidad de una personalidad que, en cada uno de sus papeles, no abraza más que un período de tiempo vivido por el sujeto. Por ejemplo: Félida II no conoce sino aquello que le ha sobrevenido a partir de una fecha determinada. No trataremos de explicar esta apariencia de vida alterna: sólo queremos señalarla.

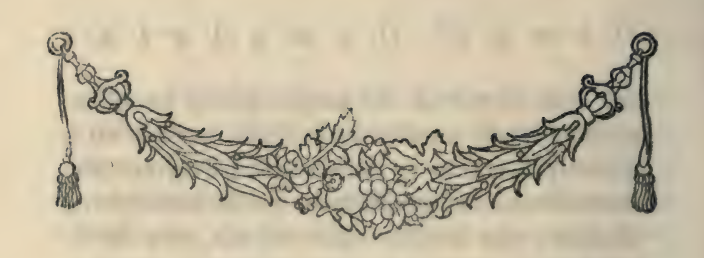
»Hay casos de divisiones múltiples, en los cuales el sujeto revive períodos de existencia pasada, y cada período trae consigo los estados morbosos correspondientes. Se ve, por ejemplo, a un sujeto extremadamente míope y obligado a usar gafas, que en uno de sus estados gozará de

una vista excelente. En suma: cambio en el valor intelectual, cambio en lo físico, cambio en la memoria, combio en la moralidad. Hay en esto, verdaderamente, un misterio que la fisiología no explica y que la psicología está aún lejos de dilucidar.»

✠

Y con tales lecturas quedé más perplejo que autes, sin rumbo en ese abismo de lo fisio-psicológico inexplicable, hasta que opté, al fin, por el sabio expediente de aceptar los hechos como viniesen y dejarme guiar por ellos.





III

Empecé por llamar a mi esposa Blanca, como para hacer más real la idea de su renacimiento.

Luisa, aquella Luisa coqueta y veleidosa, maligna y vana, había muerto.

De ella nacía Blanca *(incipit vita nova)*.

Y de que nacía de veras, de que en ella había como un ser nuevo, fué temprano testimonio su dulzura.

Era dulce como una ovejuela. Tímida, medrosilla, puerilmente afectuosa.

Obedecía a la menor de mis indicaciones con sumisión conmovedora.

Yo, sin fatigar en lo más mínimo su cerebro delicado, iba iniciándola blandamente en el aprendizaje de la vida.

Teníamos un vasto jardín, que descendía

desde la escalinata de la eminente casa en ondulaciones verdes y aterciopeladas.

Las flores llenábanla de regocijo, y yo iba pacientemente enseñándoselas una a una y repitiendo sus nombres.

¡Rosal, ¡geranio!, ¡clavel!, ¡evónimo!...

Complacíase en la sociedad de las mocitas de doce y catorce años; y cada día, merced a ellas, ampliaba sus conocimientos, su vocabulario.

Divertíala extraordinariamente saltar a la comba, jugar a todos esos juegos de la puerilidad, que son siempre, en el fondo, los mismos.

Un día vino con encantadora sencillez a decirme:

—Tú y yo somos novios, ¿verdad?

Me quedé perplejo por un momento:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Manolita; me ha dicho que cuando un hombre y una mujer se quieren... pues son novios y se casan.

(Debo advertir que yo no había intentado insinuarle siquiera la idea de que era mi esposa; parecíame aún harto complicada para su inteligencia, que florecía apenas, como nuevo y candoroso *pensamiento).*

—¿Y tú y yo nos queremos por ventura?—la pregunté.

—¡Yo te quiero!—me respondió, zanjando

dulcemente la cuestión y echando sus brazos a mi cuello.

—¿Tenemos, pues, que casarnos como los otros?

—Naturalmente.

—¿Y serás dichosa?

—Muy dichosa.

Desde aquel día la idea del matrimonio ancló en su espíritu. Sobre todo porque sus amiguitas le decían que iría al templo vestida de blanco y coronada de azahares; que en el altar arderían infinitos cirios, que sonaría el órgano, y que unos pequeñuelos, vestidos preciosamente, la recibirían regando flores a su paso.

—¿Es verdad todo esto?—me preguntaba.

—Verdad.

—¿Y llevaré también zapatos blancos?

—Naturalmente.

Los zapatos blancos la proporcionaban, sobre todo, el más aturdido regocijo.

Acabó por enamorarse de tal manera de su proyecto, que el médico temió una crisis si no se realizaba.

Imaginamos una comedia en una iglesia campesina, de por allí cerca, al amanecer.

¿Pero querría el padre prestarse a la farsa?

Nos parecía imposible: le vimos, sin embargo, el médico y yo, y le explicamos el caso.

Era un sacerdote viejo, bonachón, ingenuo.

—Hay un medio—nos dijo—sin necesidad de recurrir a parodias irrespetuosas; que venga vestida de blanco al lado de usted; que oiga una misa en las gradas del altar, y después de la misa yo les daré una simple bendición.

—¿Y los pajecillos? ¿Y el órgano?

—Eso puede arreglarse; no son detalles privativos del vínculo.

Yo, entusiasmado, procedí a los preparativos, especialmente al principal de todos: el traje de boda.

Vino la modista; se discutieron telas y avíos, con júbilo enorme de Blanca.

Dos semanas después, el traje estaba hecho.

—¿Y los zapatitos?—preguntaba ella continuamente.

Los zapatitos, de la más nívea y fina piel, con lazos enflorecidos de azahar, llegaron a su vez.

¡Qué mañana aquélla! Acabé por enamorarme de la situación, tan nueva, tan graciosa, tan inesperada...

Iba a casarme con mi esposa, es decir, iba a casarme con el alma de mi esposa (porque ¿no es también el matrimonio la unión de dos almas?), y aquella alma, tan blanda, tan tenue, tan infantil *(animula, blandula, vagula...)* era distinta ¡y tan distinta de la otra! Y, sobre todo, ¡era mía! ¡mía! (complacíame en repetir esta cadenciosa

palabra) porque la otra alma, la de «Luisa», no me perteneció jamás.

Con esta imaginación que yo tengo, con la hermosura de mi novia en el tímido y tembloroso amanecer, con el olor del incienso, con la música del órgano, acabé por posesionarme de tal suerte de mi papel, que fuí el novio ideal, el novio que, por fin, realiza una esperada quimera.

¡Hasta pensé que Dios creaba, con el barro de la otra, aquella novísima Eva para recompensarme en su bondad infinita de todas las amarguras de mi vida!

Blanca, radiante, como extática, oía la misa a mi lado. De vez en cuando volvía a mí su rostro ayer aún pálido, hoy sonrosado, como si la débil llamita de una nueva vida se encendiese allí en el altar... Me miraba con la clara mirada de sus grandes ojos, llenos de vaguedad (de una vaguedad que no tenía la mirada de «Luisa»), de sus ojos divinos que eran como dos corolas de loto en el agua obscura de un lago, como dos urnas de ensueño.

Cuando el viejo sacerdote nos bendijo, estremecióse ella ligeramente, y una viva luz alumbró su cara morena.

Parecía como si su alma, a través de los velos y las brumas, rectificase su crueldad anterior, y reencarnase con el tácito y misterioso designio de consagrarse a mí para siempre.

Cuando bajamos, precedidos de dos niños rubios, que regaban flores y que iban vestidos de Luis XIV, color salmón, la rústica escalinata del templo, a lo largo de la cual algunos boquiabiertos aldeanos contemplábannos como a fantasmas, salía el sol, un amarillo y jovial sol de España.

Parecíame que ni Blanca ni yo pisábamos las gradas; éramos dos almas, nada más que dos almas que iban a vivir confundidas en aquel rayo de oro, por los siglos de los siglos.

⊠

¡Cuán gentil fué su abandono en mis brazos! ¡Cuán confiado y cuán tierno!...

Si, aquella era otra vida. En el ánfora de mis amores había nueva esencia.

¡Incipit vita nova!

¡Cuántas cosas bellas, nobles, buenas, iba yo a escribir en la blanca página de esa alma! ¡Con cuánta delicadeza iba a cultivarla, a educarla!

Dije al principio que mi mujer no reconocía a nuestra hija, la cual, fenómeno estupendo, en su expresión, en su dulzura, en su suavidad celeste, parecíase a Blanca, no a Luisa.

Un instinto sagrado, empero, hacíala amarla. ¿No dicen los palingenésicos que, a través de

la vida, los antiguos amores se vuelven instintos?

Con frecuencia la tenía en sus brazos, la dormía en sus rodillas, la acariciaba.

Aquella mañana de «nuestras bodas», pensé que su segundo beso debía ser para la niña: para Carmen.

Hícela, pues, venir; de los brazos del ama pasó al regazo de Blanca, que, con la blandura y el mimo de siempre, la acarició.

—Llámala: «¡hija mía!»—la dije.

Quedóse mirándome con no sé qué vago estupor, que al pronto me dió miedo.

Mas luego, sumisa, repitió con una voz melodiosa, pero lejana:

—«Hija mía»... y dió un largo beso a Carmen, que sonreía y alargaba sus manos minúsculas, acariciando a su madre el rostro, con esa adorable torpeza de los niños, cuyas almas intentan manejar el mudo instrumento de un cuerpo que se forma.

A medida que pasaban los días, después del de «nuestra boda», el carácter de Blanca se despuerilizaba, volviéndose de una más dulce gravedad.

Resolví que emprendiésemos un viaje: nuestro «segundo» viaje de novios; y, por un refinamiento muy comprensible, quise hacerlo con el mismo itinerario que el primero: París, Suiza, Italia...

Dejé a Carmen en buenas manos, y partí con Blanca, loca de contento a la sola ida de meterse en un tren.

—¿Estaremos mucho tiempo en el coche?—me preguntaba.

—Ya lo creo; por lo menos un día y buena parte de la noche, para ir a Madrid; después, veintiséis horas en el sud-expreso, para ir a París, y luego horas y horas para ir a Suiza, para bajar a Italia.

—Eso, eso quiero yo; que estemos mucho tiempo.

El mundo no entraba aún—innecesario es decirlo—en la hirviente zona de la guerra... del ciclón.

El mundo estaba todavía en paz.

Las grandes metrópolis vivían, confiadas, su vida de negocio, de placeres, de intelectualilismo.

París rebosaba en júbilo, en fiebre, en luz, en vitalidad. El corazón gigantesco del planeta latía con ritmo acelerado, pero isócrono, sin el menor presentimiento de la catástrofe.

Triunfaba el tango argentino. En la Abbaye Theleme, Chez Paillard, Chez Fisher, Chez Maxim, los buenos luises de oro se prodigaban entre canciones de Montmartre, melodías lánguidas de violines húngaros, roces de sedas, chasquear de besos.

Eran los tiempos en que el que firma esta verídica historia escribía.

Se escuchan lejanas orquestas
que tienen no sé qué virtud;
el Bosque es un nido de fiestas...
¡Oh, mi juventud!

Islotes de azul claridad,
cascada que en blando fluir
despeña su diafanidad;
¡dicha de vivir!

Mujeres que sólo se ven
aquí, como cisnes, pasar,
y prometedoras de un bien
¡que no tiene par!

Prestigio de flores de lis,
perfume de labios en flor...
¡París, oh París, oh París,
invencible amor!

Blanca no recordó ni por un instante a la febril capital de las capitales. Encontraba en todo el sabor de lo nuevo. Se entregaba a la alegría del vivir, como una colegiala que acaba de dejar los tutelares muros del Sagrado Corazón y empieza su etapa mundana.

Todas las noches íbamos a un teatro distinto; mas yo tenía cuidado previamente de explicarla, con los detalles apropiados, el argumento de las

diversas obras, para que se diese cuenta de ellas, pues de sobra está decir que su conocimiento del francés había naufragado con su memoria.

Sin embargo, al terminar la pieza, solía decirme que la había comprendido perfectamente.

Merced a una cuidadosa selección de los espectáculos, iba yo educando su nueva y admirable sensibilidad. La música, sobre todo, ayudaba a ello. La gran Opera, la Opera cómica, los conciertos Lamoureux, hasta el propio «concert Rouge», servíanme a maravilla de maestros.

Por esta época empecé asimismo a proporcionarla ciertas lecturas, diáfanas, sencillas, de grandes autores...

Con qué fruición «plasmaba» yo, si cabe la palabra, aquella alma, mía, solo mía, absolutamente mía...

Nuestro viaje por Suiza fué un éxtasis... Pero acaso el aire puro de aquellas montañas rosadas, gris-perla, violeta; la sedante placidez de aquellos lagos azules; las dulces perspectivas de aquellos paisajes de ensueño, tonificando lentamente sus nervios, aumentando sus glóbulos rojos, vigorizando su substancia gris, produjeron pocos días después de una excursión inolvidable, los primeros destellos, los incipientes atisbos de una memoria que ¡ay de mí! yo ya creía escondida para siempre en los laberínticos recodos del subconsciente...

Fué en Venecia, una tarde, al volver del Lido, en la Plaza de San Marcos, entre las palomas familiares.

Blanca llevóse las manos a la frente y palideció un poquito.

Condújela asustado a un café cercano de las galerías, y pedí un cordial.

Me miraba sin hablar.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?—preguntábala yo con ansiosa insistencia.

—Nada—respondió por fin, débilmente; una sensación muy extraña. Me ha parecido, en un momento dado, con claridad como de relámpago, muy penosa, que esta plaza la había yo visto ya, contigo...

Un pavor infinito me paralizó por unos instantes el corazón, y me puso frío en los huesos. Recordé mis diversas lecturas, y una frase corroboradora de ellas, del sabio especialista francés:

«La amnesia, vigorizando el organismo lentamente, suele curarse también lentamente.

»Los recuerdos, las imágenes, aislados y confundidos al principio como las estampas revueltas de una historia, van con blandura ordenándose, hasta que empieza la vida anterior a verse en fragmentos, y, por fin, en su integridad.

»Si esta operación se efectuase súbitamente, produciría un trastorno mental tan profundo, que

podría sobrevenir la rotura de un vaso y la enajenación irremediable o la muerte; pero si paulatinamente la memoria va atando su disperso haz, sólo produce trastornos relativos... Sin embargo—había añadido—pues que usted desea toda la verdad, le diré que, aun así, un organismo débil pocas veces sobrevive a la recuperación total de sus recuerdos. En el caso de la esposa de usted, nada quiero vaticinar. Sólo afirmaré que su juventud es la mejor garantía.»

No una, varias veces, con disculpable egoísmo, había yo sentido el miedo, el pánico aquél ante la posibilidad de que «Luisa» recobrase sus potencias.

Era más que natural: la salud de «Luisa» significaría algo atroz, algo que cada vez me atrevía menos a considerar: significaría, sencillamente, la muerte de Blanca.

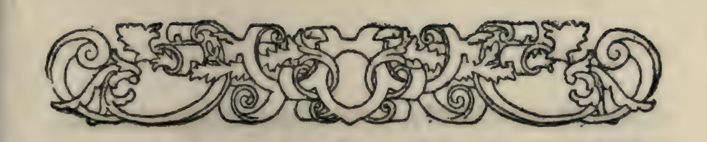
Mi Blanca idolatrada, el único ser que me había amado en la vida, se desvanecería para siempre; como el más sutil de los fantasmas, como el más inconsistente de los sueños. Su muerte sería más terrible que la muerte fisiológica, pues que en ésta aún nos queda la esperanza, la fe en una supervivencia que nos permita en otros planos de la Eterna Realidad encontrar a los que amamos...

Pero, curada Luisa, ¿qué me quedaba de Blanca?

Me quedaría algo peor que un cadáver que se descompone y, al fin, se reduce a un poco de polvo: me quedaría un cadáver viviente, un ser que tendría el aspecto, el cuerpo, los gestos de *la otra*, pero que sólo sería su triste caricatura.

La malignidad escondida en los repliegues de aquel ser volvería a surgir a flor de alma. La mujer perversa que, por mi bien, parecía haber naufragado para siempre en el vértice de la inconsciencia, me sería restituída con toda su hiel, con todas sus espinas; y la otra, la dulce, la buena, a su vez, naufragaría, pero definitivamente; y de ella no quedaría ni la sombra de una sombra...





IV

¡Con qué profundo, con qué infinito alivio la oí, pues, suspirar!

—No ha sido nada, ya estoy bien; ¿te ha pasado a tí algo por el estilo?

—Ya lo creo—respondíla jovialmente—, es muy común. Los médicos afirman que se debe a un simple fenómeno de «duplicación», y cierto ilustre doctor y literato, amigo entrañable mío, el doctor E. Wilde, argentino, apunta a propósito de dicho fenómeno cosas muy curiosas.

—¿Qué dice, a ver, qué dice?

—Pues dice «que una escena actual suele presentarse a la mente del espectador con todos los detalles y accidentes ya conocidos de una situación pasada en que se encontró hace tiempo, y aun de una futura que va a realizarse en el momento próximo, y en la que se ve de antemano, como un recuerdo, la tercera reproducción del

mismo espectáculo, sabiéndose anticipadamente lo que va a suceder... Que se puede tener, en una palabra, la noción de un hecho como sucedido dos veces, o de uno que va a repetirse inmediatamente.»

«Dickens — continúa Wilde — describe esta sensación como muy general. Conocemos, dice en *David Copperfield*, por experiencia, el sentimiento que nos invade a veces de que cuanto estamos diciendo o haciendo ha sido dicho o hecho anteriormente, hace largo tiempo; que hemos estado rodeados de las mismas personas y de los mismos objetos, en las mismas circunstancias... que sabemos, en fin, perfectamente lo que se va a decir, como si lo recordáramos de repente.»

Los franceses llaman *fausse reconnaissance* a esta sensación: más propio sería llamarla, según el doctor Wilde, «doble percepción», en la cual el mismo acontecimiento parecería haber ocurrido en dos o más épocas.

—Qué raro, ¿eh?—dijo ella pensativa.

—Muy raro y muy curioso.

El doctor Wilde recuerda de un estudiante de Medicina, alumno de la Salpetrière, quien, para preparar su tesis sobre el fenómeno referido *(Paramesis ou fausse reconnaissance)* publicó en 1897 un cuestionario de 36 artículos, con el fin de saber en qué circunstancias físicas y mo-

rales y con ocasión de qué accidentes las personas que le respondieran habían experimentado esa extraña impresión, en virtud de la cual el mismo hecho se les había presentado como pasado y presente al propio tiempo, teniendo ellas además la clara visión de lo que iba a suceder, como si lo recordaran de golpe (cita a Dickens.)

En un delicioso libro autobiográfico que se intitula *Aguas abajo*, que el doctor Wilde está escribiendo, dice que él mismo (en la novela él se llama Boris) era muy propenso a sentir esa impresión.

(Con la explicación tan detallada del caso, yo pretendía que Blanca, demasiado instruida ya para comprenderlo, gracias a mí, no se preocupara más de él, sabiendo, sobre todo, que era conocido y corriente.)

—¿Y cómo lo sentía?

—Pues, verás: relata, por ejemplo, que en el curso de sus viajes llegó por primera vez a Nuremberg; fué a ver un casiillo, y hallándose enfrente de los arcos de piedra de la puerta y del frontispicio, dijo a su acompañante: «Yo he visto antes esto; adentro, en el patio, entre las columnas de una especie de claustro, está sentada una vieja.» Se abrió la puerta y, en efecto, había un patio, un claustro y una vieja sentada entre dos columnas.

—¡Qué extraordinario!...—exclamó Blanca, di-

vertida verdaderamente con mi narración, que, sin embargo, en tratándose de tales o cuales vocablos, dejaba de entender.

Hícela gracia de una explicación de mi docto amigo Wilde, según el cual el hecho de la doble vista anacrónica del mismo objeto, en el pasado y en el presente, depende del pasaje al sensorio común, por dos vías diferentes, de una misma percepción, alojándose primero la que llegaba antes, transmitida directamente por el nervio óptico, y después la que hubiera recorrido vías combinadas: de esta suerte la primera sería más antigua con relación a la otra.

Pero sí le referí, por curioso, lo que el mismo doctor nos recuerda de Dickens. En una de las novelas de éste, figura un vendedor de baratijas, que ejercía su comercio en la vía pública, junto a una casa grande y solemne. Nuestro hombre, al ver entrar en la casa y salir de ella constantemente a ciertos individuos, dedujo que ellos la habitaban; y, no deteniéndose en esto, les puso nombres, los acomodó en sus diversos departamentos y les atribuyó en su fecunda imaginación costumbres determinadas.

Un día, por orden de la autoridad competente, entró en la vetusta mansión la justicia, y tras ella el público, con el vendedor aludido a la cabeza, el cual hubo de desmayarse al saber que el sujeto a quien él por tantos años había llama-

do mister Williams, no era tal mister Williams; que la tía Marta era miss Peggi; que el dependiente Frank no era dependiente, sino socio y se llamaba John (no eran estos precisamente los nombres, pero para el caso es lo mismo). En fin, que los aposentos no estaban distribuídos en la forma que él les había adjudicado, ni respondían al plan trazado en su mente, con líneas indestructibles; en resumen, el pobre diablo experimentó una desilusión completa y dolorosa, como si la destrucción de lo que su fantasía había creado, fuera una desgracia (1).

Rió de muy buena gana Blanca la anécdota, y yo, para concluir, añadí:

—Por lo demás, hay quien pretende que algunos de estos fenómenos tienen un misterioso origen.

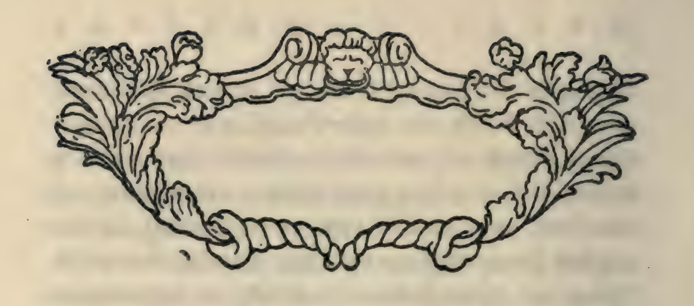
—¿Cuál? ¡Dí cuál!

—Son recuerdos de vidas anteriores... ¡Quién sabe si tú y yo nos amamos ya en otra vida, en Venecia!...

—Debimos entonces amarnos mucho, ¿verdad? — preguntó deliciosamente — puesto que nuestro amor ha durado hasta hoy... y aún ha crecido.

Estreché su mano con ternura, y echamos a andar en busca de nuestra góndola para volver al hotel.

(1) *Aguas Abajo*, ya citado.



V

Muchos días apacibles, radiosos, transcurrieron sin que el «fenómeno» volviera a producirse; pero una tarde, en Roma, a la sazón que desembocábamos en la plaza de San Pedro, ante la Basílica y las imponentes columnatas del Bernino, Blanca se repegó contra mí, y con un acento de verdadera angustia y desolación me dijo:

—¡Pablo, yo ya he visto esto, seguramente contigo!

Y palideció horriblemente.

—No, hija mía: te he explicado de sobra en qué consiste tu ilusión...

—Pablo, no es ilusión; yo he visto esto... yo he estado aquí.

Y después de un momento de estupor:

—¿Quién soy yo, Pablo? Tengo mucho miedo... ¿Quién soy yo?

No quise ya dar un paso más, y, desolado, hube de llevarla a nuestro coche, que nos aguardaba cerca, y regresé con ella al hotel.

Después de aquel relámpago de lucidez, quedose atontecida, muda, absorta y no pronunció una palabra más.

Temblaba de frío. Con ayuda de la doncella la metí en su cama, la arropé bien, pedí un cordial, que no logró reanimarla, y me senté tristemente al lado de su lecho, sumergido en tristes reflexiones.

¿Qué debía yo desear?

En mi egoísmo, casi me hubiera alegrado de que aquellos comienzos de lozanía remitiesen, y, con la debilidad y la anterior languidez, mi Blanca siguiese existiendo y no asomara, entre relámpagos de horrible lucidez, la Luisa torturadora, junto a la cual mi vida había sido pasión perpetua...

El dilema era pavoroso: o con la salud tornaba «la otra», o con la amnesia y la progresiva languidez, mi Blanca iría consumiéndose.

¿Pero acaso no era mejor esto que su desvanecimiento irremediable para ceder su puesto a Luisa?

A lo menos ahora moría amándome, dejándome el más santo y perfumado recuerdo, mientras que de la otra suerte la substituiría lentamente la torva mujer que había hecho mi desgracia,

y su perversidad acabaría acaso por empañar la sublime imagen del ángel que embelesaba mis días.

Después de una hora larga de tortura interior al borde del lecho en que Blanca dormía con sueño intranquilo, sacudida de vez en cuando por ligeros estremecimientos nerviosos, una doliente y rendida resignación fué invadiendo mi espíritu.

En suma, Él sabe bien lo que hace: para acrisolarme quiso que encontrara y amara yo a Luisa; pero como hasta en lo que parece más inexorable de sus decretos hay (¡es Padre al fin!) un fondo de piedad, habíame otorgado, a raíz de un accidente que parecía mortal de necesidad, la merced incomparable de una mujer angélica, surgida milagrosamente de la otra.

Así, el ser que más mal me había hecho, hacíame ahora el máximo bien. Las caricias que la hosquedad de Luisa me negara, Blanca me las restituía santamente...

Si Él estimaba en su inexcrutable justicia distributiva, que mi paga había sido por ahora bastante y que era preciso ofrecer nuevo tributo al dolor, ¡que se cumpliese su voluntad divina!

Deus dedit, deus abstulit...

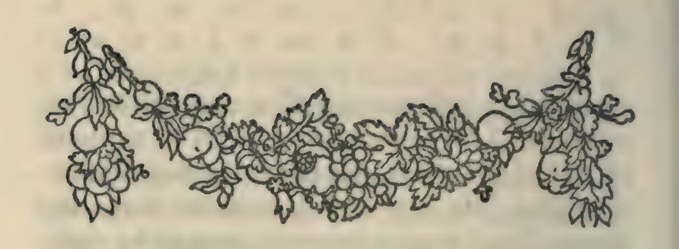
Y recordaba las admirables palabras de Epicteto:

«En cualquier accidente que te acaezca, no

digas nunca: «He perdido tal o cual objeto»; di más bien: «Lo he devuelto». ¿Acaba de morir tu hijo? «Fué devuelto». ¿Ha muerto tu mujer? «Fué devuelta». «Me han despojado de mi herencia, dices»—Pues bien; tu herencia también ha sido devuelta.»

«—Pero el que me ha despojado es un mal hombre».—¿Y qué te importan las manos por las cuales tu heredad vuelve a Aquél de quien tú la tenías y que la reclama? Mientras que te la confía, mírala como bien de otro, y ten cuidado de ella como los viajeros tienen cuidado de la fonda en que se alojan.»





VI

Después de una noche más tranquila, mi mujer dió signos de despertar.

El miedo me sobrecogió de nuevo. ¿Quién iba a volver a la luz, Luisa o Blanca?

Pero una blanda sonrisa me tranquilizó: era Blanca, sin duda, que, mimosa, enredaba sus brazos a mi cuello y me besaba, con aquel beso fervoroso de siempre.

Ninguna huella quedaba en su rostro de la crisis de la víspera.

Sus primeras palabras fueron afectuosas y dulces, como de costumbre.

Yo había ya tomado una resolución: no más Italia. No volvería a ver con ella ciudad ni comarca ninguna que Luisa y yo hubiésemos visto juntos. Embarcaríamos en Nápoles con rumbo a Barcelona.

Al día siguiente estábamos en el Hotel de Santa Lucía de Nápoles.

Recordé las horas pasadas en mi «primer viaje de bodas» por la bahía de ensueño; nuestras excursiones a la gruta azul, a Pompeya... a Pompeya sobre todo. Luisa me había echado a perder mi éxtasis en las calles solitarias de la ciudad única. Ni entendía nada de aquello, ni podía sentir la imperiosa evocación del pasado.

En vano me afanaba yo por reconstruirle la vida romana. Bostezaba, se impacientaba, y acabó por insistir en que volviésemos a Nápoles temprano, «para tomar el té» con una amiga que la aguardaba en el *hall* del hotel.

Acaso Blanca, con su sencillez afectuosa, con su simplicidad, fuese mejor compañera de ensoñaciones que «la otra». No sabía de historia más que lo que yo le desmigajaba; pero sabía en cambio callar y acompañarme plácidamente por las vías milenarias.

No me atreví, sin embargo, a intentar la excursión, por miedo a una nueva desgarradura del pasado, y preparé nuestro embarque en el vapor italiano que regresaba a Barcelona.

La naturaleza me ayudaba en mi propósito. Una lluvia persistente volvía grises y monótones todos los paisajes, todas las perspectivas.

Ya en el Mediterráneo lució empero el sol, y

el cielo se volvió de una incomparable limpidez.

Azul y manso se mostró el mar. Parecíamos navegar a través de un ensueño de turquesas.

La travesía fué un encanto. El vapor se detuvo en Génova la marmórea y en la vivaz y alegre Marsella.

El panorama de las costas de Francia era por todo extremo embelesador.

Pasábamos las horas muertas Blanca y yo junto a la borda.

Leíala yo narraciones sencillas y hermosas.

¡Parecíame tan feliz y la sentía, con un regocijo de todas mis entrañas y de todo mi espíritu, tan mía!

En las pocas noches que pasamos a bordo, la luna unió su magia a toda la magia que nos circundaba.

Una excelente orquesta tocaba en el gran salón, y después, como el ambiente era tibio, sobre cubierta.

Las mujeres vestían trajes claros y vaporosos.

Blanca y yo íbamos a buscar nuestro sitio predilecto, hacia popa, y en cierto rinconcito permanecíamos silenciosos, inadvertidos, con una de sus manos en una de las mías.

La música nos llegaba de lejos, y sus melodías juntábanse a la cadencia leve de las olas.

No recuerdo de noches tan felices en recogimiento mayor y más completo éxtasis.

Pensé muchas veces que, fuese cual fuese en adelante mi destino, yo ya no tenía el derecho de quejarme.

El ánfora de mi alma había sido colmada de esencia.

Un piadoso e invisible Ganimedes echaba en mi crátera, hasta verterlo, el más generoso de sus vinos.

Sentía yo ya que el alma de Blanca, en un inalterable y celeste reposo, identificábase con la mía.

¿El alma de Blanca?

Sí, el alma de Blanca, que era al propio tiempo el alma de Luisa, purificada por el amor que ésta no había acertado a sentir...

Un espíritu harto apegado a las mezquindades de la vida, por misericordioso decreto supremo habíase dormido en los senos de la Amnesia, y despertando habíase desnudado ya de toda su miseria, lavado ya de toda su vileza...

¿Para siempre?

Quién sabe, pero ¡a qué temer!

¿Aquellas horas no valían, por ventura, la eternidad?

El éxtasis, ¿no es la evasión por excelencia de las redes del tiempo y del espacio?

Los bienaventurados no son felices *durante*

toda la eternidad, según nuestra expresión obscura, que atribuye al *no-tiempo* duración.

De Dios ha dicho Santo Tomás de Aquino que es un *Acto Puro*. Su contemplación es también un acto: no una sucesión de actos que pudiesen estar medidos por instantes, por días, años, siglos o milenarios.

Una vez que el alma escapa a los sentidos (y en vida suele escapar por medio del éxtasis) el tiempo deja de estar en su plano. Su ser es algo distinto de la sucesión y de la duración. Nosotros aquí nos imaginamos contar su bienaventuranza al compás de nuestros relojes... Pero ella es la manumisa, y no cae ya bajo esa férula.

Por los siglos de los siglos evolucionarán los universos; mas las almas, emancipadas siempre, se hallan en el mismo instante, indivisible y sin duración. Y aun el *siempre* sobra aquí. Basta decir están, o mejor acaso, *son*.

Los grandes amores tienen la noción inexpresable de estas cosas, y yo la tenía, y de seguro la tenía Blanca a mi lado.

Al volver al plano de la duración, uníamos los dos cabos sueltos de tiempo y nos dábamos cuenta de las horas transcurridas. Con la mirada vaga y los pies poco firmes, como el niño que se ha quedado traspuesto en un sillón y a quien se lleva a la cama, descendíamos casi

automáticamente a nuestros camarotes, donde un sueño blando substituía al blando éxtasis.

¡Con qué tristeza volví a pisar tierra en Barcelona! Era el final de un corto ensueño. ¿Corto? ¡No!, de un ensueño en que habíamos aprisionado toda la eternidad.





VII

Recordaréis que os hablé al principio de amigos piadosos que, cuando resolví casarme con Luisa, intentaron disuadirme, porque la conocían y trataban, y conociéndola y tratándola sabían que corría yo con ella al abismo?

Pues uno de estos benévolos amigos dió de manos a boca con nosotros en el paseo de Gracia, pocas horas después del desembarco.

En cuanto nos vió dirigióse rápido a saludarnos, y yo no tuve tiempo de prevenirlo acerca de la metamorfosis de mi esposa.

La escena fué por todo extremo pintoresca.

—Hola, Pablo; hola, Luisa—exclamó.

«Luisa» se quedó inmóvil.

Yo estreché la mano de mi amigo y guiñé un ojo, guiño absolutamente inútil como ustedes comprenderán.

Insistió él en saludar a mi mujer, quien extendió al fin la diestra, que él besó, no sin cierto azoramiento.

—Está usted un poquito desmejorada — observó el intruso —; ¿ha estado usted enferma?

—¿Pero quién es este caballero? — preguntó ella ingenuamente.

—¡Cómo!, no me recuerda usted... ¡Parece mentira! Y pensar que era yo visita obligada los lunes y que he comido tantas veces en su casa...

«Luisa» me miró con un desconcierto tal, que tuve miedo de una nueva crisis, y comprendiendo la urgencia de cortar por lo sano, recurrí a un medio.

—Un parecido probablemente excepcional— insinué — ha hecho que usted confunda a mi mujer con alguna persona que usted conoce...

—¡¡¡Pero, Pablo!!!

—Mi mujer—añadí imperturbable—se llama Blanca y no Luisa, y seguramente no ha visto a usted nunca.

Mi amigo abrió los ojos desmesuradamente. Yo repetí un guiño que no advirtió en su estupor, y concluí:

—Hay parecidos así, y el caso nada tiene de extraordinario. Está usted disculpado, caballero; muy buenos días.

Y cogiendo a Blanca por el brazo, le dejé plantado en medio de la acera.

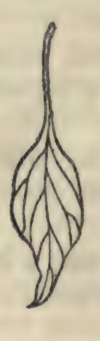
No le he vuelto a ver más, pero seguramente no cabe negarle el derecho que tiene a pensar que mi mujer y yo éramos, o unos mal criados llenos de humo, o unos farsantes, o unos mentecatos.

—¿Has visto cosa igual? — me preguntaba Blanca después.—Pero tú parecías conocerle...

—No por cierto; como me saludaba con tanta amabilidad, le tendí la mano, pero ignoro quién es: debes parecerte extraordinariamente a una amiga suya...

Y cambié de conversación, muy satisfecho en el fondo, después de las angustias de Italia, de que mi Blanca no recordase...

¿Estaría salvada?





VIII

Volvimos a nuestro rinconcito campestre, a nuestra quinta llena de árboles y flores, y en el momento en que el ama ponía a Carmen (que tendía los brazos a su madre) en el regazo de Blanca, «la otra» se manifestó repentinamente con irrupción patética, trágica...

¿Fué sólo la emoción del encuentro? ¿Fué el recuerdo, por el instinto reforzado?

—¡Hija! ¡Hija mía!—gritó con acentos guturales «Luisa», y cubrió de besos nerviosos a la niña, sollozando con tal ímpetu, que Carmen, asustada, se echó a llorar.

El ama de llaves, el ama de cría y yo presenciábamos la escena.

Mi mujer, volviéndose a mí y mirándome con una fijeza que me hizo daño, exclamó:

—¡Pablo!

Y en el acento con que pronunció mi nombre, comprendí que ya no era Blanca, sino Luisa quien me llamaba: Luisa, que me reconocía.

Las frases siguientes no me dejaron lugar a duda; después de mirar a todos lados:

—¿Por qué estoy aquí?—preguntó.

No supe qué responderla.

—¿Por qué estoy aquí? — insistió impaciente.—¿Qué jardín, qué árboles son éstos?... Vamos, habla ¿por qué no respondes?

—No se impaciente la señora—dijo el ama, a tiempo que procuraba retirar a Carmen de entre aquellos brazos —; la señora ha estado enferma, muy enferma, y la han traído aquí a convalecer...

—¿Y de qué he estado enferma?

—A consecuencia de su alumbramiento.

—¡Hija mía!—prorrumpió de nuevo, y atrajo otra vez la niña a su pecho.

¿Lo creeréis? Hasta la expresión de sus ojos, hasta el tono de su voz, habían cambiado.

Como si una máscara de dulzura cayera de pronto, sus facciones recobraban, sobre todo al verme, la dureza habitual.

Salí de la habitación, fuí a telefonear al viejo médico, que vino en seguida; y mientras la asistía y procuraba calmar la tremenda agitación nerviosa que siguió a la brusca e impensada recuperación de su memoria, yo, triste hasta la muerte, fuime a refugiar a uno de los bancos de

piedra, a la sombra de un frondoso árbol, en el jardín.

La sensación de algo irremediable y fatal me subía del corazón a la garganta.

Una aplastante seguridad interior me decía que Blanca se había desvanecido para siempre, y como esta seguridad era intolerable, traté de combatirla, de aniquilarla con toda mi filosofía.

Blanca, es decir, aquella modalidad del espíritu de Luisa, ¿estaba de veras perdida sin remedio?

No; porque acaso lo mejor de esa alma era una zona ignorada de su conciencia, era el ángel verdadero que hasta el más vil de los hombres lleva aprisionado en su interior, era el huésped divino que en nosotros habita, el sublime desterrado que a veces sacude, gimiendo, en el fondo más íntimo de nuestro yo, sus pesadas cadenas.

¿Y no es por ventura aquello mejor que hay en nosotros, aquello que denuncia la gema labrada acaso en milenarios, lo que por fuerza ha de sobrevivirnos?

¿No es lo óptimo del ser lo que permanece después de ese cambio que llamamos Muerte?

Cuando se deshiciese en el sepulcro aquel cuerpo, en el cual, como en un templo purificado por el dolor, se había revelado la verdadera diosa, mi Blanca incomparable, no sería la vana,

la veleidosa, la irritable, la maligna Luisa quien sobreviviese invisible, sino el alma inmaculada, cristalina, simple, toda amor, toda ternura, que se me mostró después...

Vino el doctor a interrumpir mis reflexiones:

—Amigo mío—me dijo—, su esposa se nos pone mala. La crisis ha sido demasiado aguda, demasiado repentina.

—¿Se nos muere, doctor?

—¡No tanto! Hay juventud: lucharemos.

—Dígame la verdad, doctor; usted conoce la firmeza de mi carácter, y no debe ocultarme nada.

—Pues bien, sí... pobre amigo mío: ¡se nos muere!

Mejor es así, pensé, aunque profundamente emocionado. Si la otra no había de volver a mirarme, a sonreirme, a amarme... mejor era así.

Y, con paso firme, me dirigí a la alcoba en que estaba mi esposa tendida en el lecho.

Al llegar, sus grandes ojos negros me miraron con fijeza, pero no pareció ya reconocerme. Llenos estaban aquellos ojos de extravío y de sombra.

Toda la noche agonizó: yo no me apartaba ni un instante de su lado.

Al amanecer, su lividez me dió miedo.

Toqué sus manos. Empezaban a enfriarse. No había hecho ningún movimiento.

El estertor comenzaba, ríspido, a resonar en la estancia.

¿Se iba a ir, pues, para siempre, sin una palabra, sin una mirada, sin un gesto de ternura que me denunciase a Blanca, que me revelasen que Blanca me amaba aún, antes de perderse en el mar sin orillas?...

Apreté con desesperación sus manos heladas, y con un fervor inmenso pedí a lo Desconocido que aquella alma no se alejase sin renovar definitivamente su pacto de amor.

Mi oración llegó a la entraña de lo invisible.

Después de algunos minutos en que seguía yo oprimiendo con fuerza aquellas manos y sollozando de rodillas al borde del lecho, la moribunda abrió los ojos.

Mi corazón, mi cuerpo todo, se estremeció al reconocer la mirada dulcísima, tierna, inconfundible de Blanca.

Temí sin embargo equivocarme, y esperé con infinita angustia que se abriesen aquellos labios descoloridos, que iba ya a sellar la eternidad.

—Pablo, mi Pablo—pronunció dulcemente.

—¿Me quieres?—la pregunté exabrupto, con miedo de que el hielo definitivo congelase sus palabras—. ¿Eres siempre mi «Blanca», la «Blanca» de mi corazón?

—Siempre tu Blanca — me respondió son-

riendo con su expresión extática—: siempre, si... em... pre...

Y expiró.

⊠

Cae la tarde.

Estoy en Biarritz, en lo alto de la Côte des Basques, frente al mar.

La puesta del sol ha sido imponente, como suelen serlo en aquellas encantadas playas.

Han pasado diez años.

Soy un cuarentón huraño, estudioso, y vivo consagrado a mi Carmen, que casi es ya una tobillera, esbelta, de piernas largas y ágiles, de rostro moreno, de inmensos ojos *claros*.

Ahora juega, cerca de mí, con un gran perro de policía de pelambre obscuro, requemado en la cola y en las patas.

Con frecuencia se acerca a la gran poltrona de mimbre en que yo reposo mirando el mar, el cielo, las montañas, desde la sonriente terraza de nuestra villa, y me da un beso.

Después desciende de la escalinata, y retoza con su perro sobre los céspedes del jardín.

La miro, como la he mirado siempre, sin cesar, desde que su madre se alejó; y advierto con infinita complacencia lo que ya, por lo demás, me sé de sobra: que en todo, en su carácter, en

sus modales, en su placidez, en su aspecto dulce, bondadoso y sencillo, ha heredado a Blanca.

Nunca Luisa a asomado por las ingenuas ventanas de sus ojos.

Bendigo a Dios, que así como en el instante definitivo de aquella agonía me restituyó al ángel por su bondad encontrado, para que ungiese mi alma de consuelo y de esperanza, antes de abrir las alas, así también ha querido que en mi Antígona reviviese maravillosamente todo lo óptimo de aquel ser excelso, arrebatado por la muerte.

Siento que para los dolores de los hombres hay una gran Piedad alerta, avizora y materna, que sabe restañar las más anchas heridas.

Pienso que todo está bien.

Alzo los ojos y tropiezo con la primera estrella, que, como una corroboración misteriosa de mis pensamientos, me regala desde los abismos infinitos, su tembloroso beso de luz.

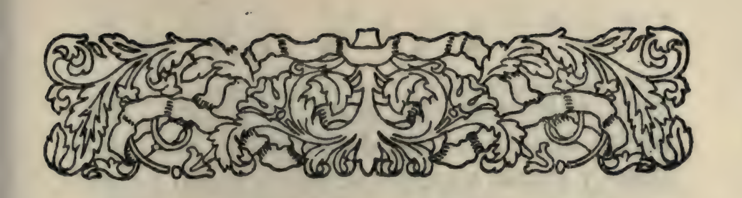




IV

EL SEXTO SENTIDO





I

La humanidad, amigo mío, dijo el sabio, ha rondado hace siglos alrededor de ese muro invisible que le esconde el futuro, sin acertar jamás a salvarlo, para ver lo que acontece del otro lado, a pesar de su infinita curiosidad. Quizá debe ser así, quizá no debemos quejarnos de esto. ¡Quién sabe si el hombre no está preparado aún para ver las cosas que se encuentran más allá del hoy! ¡Imagínese usted el terror, el desconcierto, el desaliento que se apoderarían de nosotros si vislumbrásemos nuestro destino! ¡Quién tendría ánimos para seguir viviendo! El fantasma de la muerte se erguiría implacable cerrándonos el paso... Caeríamos en la desesperación. Cuando el hombre sea más sabio, más sereno, más fuerte, sus sentidos se afinarán de tal manera, que les será dado ver, por fin, lo que está detrás del muro enigmático... Este muro, continuó el doctor, no es, por lo demás, tan ce-

rrado e impenetrable como se supone. Hay grietas, hendiduras por donde puede uno asomarse y atisbar algo; por donde de hecho se han asomado los profetas, los visionarios, las pitonisas, las sibilas... Lo inconsciente y lo consciente están ligados por un tenue pasadizo... Ciertos seres privilegiados se aventuran en él, y vislumbran con más o menos certeza las arquitecturas vastas del porvenir, como desde un balcón se presiente el dédalo de calles y palacios de la ciudad en tinieblas...

—¿De suerte que usted insinúa la posibilidad de que todos veamos el futuro?

—Ya lo creo; y antes de dos siglos, buena parte de la humanidad, los más afinados, lo verán sin duda... Ahora mismo, dados los adelantos admirables de la histología, un Ramón y Cajal... yo mismo, vamos, podría acaso dar a un cerebro, mediante operación relativamente sencilla, esa facultad de percatarse del mañana, de conocerlo, de verlo con la misma visión clara y precisa que se ve el ayer... Esto nada tiene en suma de extraordinario—siguió el doctor, sonriendo de la expresión de asombro que advertía en mi semblante:—¡Quién sabe si, desplazando ligeramente un lóbulo cerebral, si orientando de diferente modo la circunvolución de Broca, o desviando un haz de nervios, como asienta un perspicaz pensador, se lograría el milagro!...

¿Pero habría hombre que se atreviese a ponerse en nuestras manos para esa operación?

—Sí que lo habría, doctor—exclamé yo con vehemencia—; sí que lo habría, y aquí lo tiene usted a sus órdenes... Es decir, aquí me tiene usted.

—¡Cómo! ¿Sería usted capaz?...

—Ya lo creo... ¿Pero usted no sabe que hace muchos años, una curiosidad inmensa, la curiosidad del misterio, me abrasa las entrañas? Yo no vivo sino para interrogar a la esfinge, rabiosamente... Sólo que la esfinge no me responde...

—Y si sustituye usted su felicidad... su relativa felicidad actual, por un infierno, tal como no lo soñó Dante... si va usted a padecer el suplicio inefable de ver acercarse el mal, la desgracia, la catástrofe, con toda claridad y evidencia, sin poder evitarlos... ¿se imagina usted la situación de un pobre hombre que estuviese ligado fuertemente a los rieles de un ferrocarril, y que viese avanzar, implacable, la locomotora, que vendría a triturarlo, a desmenuzarlo, a untarlo sobre la vía, sin poder siquiera moverse un ápice, desviarse ni el espesor de un cabello? Pues poco más o menos sería esa la situación del hombre que viese el porvenir, más espantosa aún por más lenta... Esto, en cuanto a las catástrofes. Las alegrías futuras, que con su espectación podrían compensarle de tales horrores,

también le atormentarían a su manera; es decir, que nuestro mártir viviría devorado por la impaciencia de la dicha ventura, cuya llegada no le sería dable anticipar... Sería su alma como la novia que espera una cita con ansiedad inmensa, y que no puede adelantar la hora en el reloj tardo e implacable. Otro motivo, y muy grande, de cuita consistiría en prever la desaparición de los que amamos. Imagínese usted por un momento que, joven como es usted (veintiocho años apenas, ¿no es cierto?), se ha unido por amor, un amor infinito, a la mujer de sus ensoñaciones; que su vida, al lado de ella, es el paraíso por excelencia; y que gracias a la maldita facultad de ver el futuro, adquirida merced a la operación que yo le haría, empieza a ver a la amada palidecer levemente dentro de un año, dentro de dos o tres, ir languideciendo todos los días sin remedio, y por fin morir en sus brazos... En vano, espantado, se volverá usted hacia el presente, se refugiará temblando en el hoy delicioso, en vano se echará en los brazos de la esposa dilecta: la visión persistirá, porque no es cosa del ensueño ni de la pesadilla, sino la definición precisa del hecho futuro, del hecho existente ya; porque, en realidad, todo: el pasado, el presente y el futuro, existen de una manera simultánea en el mismo plano, en la misma dimensión; sólo que nuestra visión actual está limitada

a una zona, como está limitado nuestro oído, que no percibe más que cierta amplitud de vibraciones, y nuestro ojo que no ve más que ciertos colores... ¡Eh! ¿qué piensa usted de ese tormento que le he descrito?

—¡Que sería inquisitorial, amigo mío; de un horror psicológico superior a todos los cuentos de Poe... pero que no me arredra! El prestigio de la situación es tal, a pesar de la angustia inenarrable que trae aparejada, y tal la novedad del caso, que en mí puede más la curiosidad que el miedo...

—¿Pero habla usted en serio?—exclamó el sabio con un tono de voz que yo no le conocía.—Mire usted que, para la ciencia, sería este experimento de que hablamos de un valor incalculable; mire usted que cambiaría el eje moral e intelectual del mundo; mire usted que el sabio que realizase con éxito este experimento, se volvería casi un Dios...

—Pues inténtelo usted, doctor—le repliqué, estremeciéndome sin embargo, a pesar mío—; aquí tiene usted un sujeto decidido, un paciente dócil... Si se logra en mí la mutación, ambos compartiremos la gloria: usted, realizando el milagro, y yo, gracias a mi temeridad inmensa, pudiendo decir al mundo sus destinos... Seré un vidente mayor que todos los profetas, un oráculo superior a todos los oráculos; nunca en Delfos

se agolparían las multitudes ansiosas como se agolparán a mi puerta, invadidas por el estremecimiento del enigma...

—La ciencia, amigo mío—dijo el doctor, con la misma voz de matiz grave y austero—, le deberá a usted más que ha debido a hombre alguno... Pero, francamente, dudo que, llegado el momento, usted tenga el valor...

—Hace usted mal en dudarlo, doctor. Yo soy así, temerario, quizá por el deseo inmenso de sensaciones nuevas que maten el espantoso tedio de mi vida; quizá por orgullo, por la vanidad de las situaciones excepcionales... ¡qué sé yo!... Pero jure usted que si, por ejemplo, se inventase un vehículo para ir a una estrella, y se buscase un hombre capaz de ensayarlo, sería yo ese hombre, aun a sabiendas de que jamás volvería a la tierra, de que por cualquier error en los cálculos podría quedarme en el espacio, rondando alrededor de un astro, e incapaz de abordarlo...

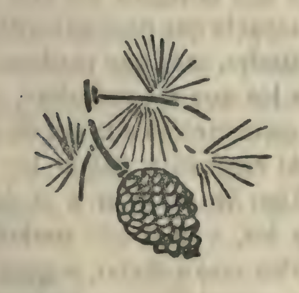
—Comprendo su estado de ánimo, y veo con inmenso placer que es usted mi hombre. Haremos, pues, un pacto, un gran pacto, único en la historia del mundo, y usted se sujetará a la prueba. Pero antes he de ensayar, no una, sino cien veces esta operación en animales diversos, especialmente en monos y en perros; claro que no van ellos a poder decirme si ven el futuro, pero

habrá indicios seguros, aun procediendo de sus cerebros embrionarios; y además, lograré saber con certidumbre dos cosas: primera, que la operación es practicable sin peligro alguno de la vida, y segunda, que no trae como consecuencia la locura.

—Ensaye usted, doctor, cuanto guste; y así que esté seguro de la pericia y firmeza de su mano, dígamelo, para ir a extenderme sobre la mesa de su clínica, de donde he de levantarme sabiendo tanto como los dioses...

—De acuerdo — exclamó sencillamente el doctor.

Y nos estrechamos la diestra, con la decisión grave y casi teatral de quien sella un compromiso inmenso.





II

No voy a describir la operación de que fuí objeto, los preliminares requeridos, las precauciones sin cuento que la precedieron, el malestar indefinible que la siguió, los días de fiebre y de semi-consciencia que pasé extendido en el lecho, las solicitudes, más que piadosas, llenas de curiosidad de los que me rodeaban, y el pasmo del doctor, y su expresión a la vez de miedo y de triunfo cuando empezó a palpar los resultados de su obra. Algo he de dejar a la imaginación de quien me lea, y dejo este período de crepúsculo, de alba mejor dicho, seguro de que la fantasía ajena completará mi historia con más colorido que la descripción propia.

Empezaré por tanto a relatar lo que sentí y vi,

en cuanto la primera hebra de lucidez se coló a mi espíritu.

Es claro que este «vi» se refiere a una visión interior, pero material, ya que estaba por imágenes constituída.

Mi situación era análoga a la de un hombre que se encontrase en la cima de una montaña, y viese desde ella, de una parte el camino recorrido, de la otra el camino por recorrer. Sólo que aquí, esos dos caminos estaban llenos de cosas y figuras, no en movimiento, sino inmóviles, a lo largo de los mismos. Es decir, que mi vida, ante la clara contemplación interior, se hallaba partida en dos porciones por el presente, en dos panoramas, mejor dicho, cada uno de los cuales, sin confusión, sin enredo ninguno, se desarrollaba dentro de una variedad que era unidad y una unidad que era variedad. Imposible expresar esto (y de ello me duelo y me desespero) sino con imágenes inexactas tomadas del diario vivir nuestro y de la vieja normalidad de las cosas que nos rodean; pero ¡qué remedio, pues que no tenemos ni vocabulario ni imágenes para descripciones de tal manera extraordinarias! Contentémonos, por tanto, con la mísera deficiencia de los recursos familiares.

Los sucesos futuros, las personas en juego en ellos, las cosas a ellos relativas, el escenario en que debían realizarse, todo estaba delante de mí

en perspectiva admirable, y la sucesión de los hechos diversos se me revelaba por la reproducción del mismo hecho, con las variantes y las progresiones necesarias. Por ejemplo (esta palabra «por ejemplo», odiosa traducción de nuestra impotencia para expresar lo inefable, me choca y molesta sobremanera, pero hay que emplearla) veía yo el futuro como se ven las tiras de papel del kinetoscopio. Supongamos que se tratase de la caída de un hombre desde un balcón. Primero veía al hombre en el momento de desprenderse, luego desprendido, después agitándose en el aire, en seguida estrellándose en la acera Imaginemos que se tratase de un derrumbamiento: pues veía, primero, la casa en pie, luego agrietándose, después estremeciéndose, al fin desplomándose, como si fuesen, no una, sino varias casas extendidas en estas diversas circunstancias a lo largo de un plano inmenso...

En cuanto a mí, me contemplaba en todos los actos futuros y sucesivos de mi vida; era aquélla una muchedumbre inmensa de yos, pero que, por razones que escapan a toda explicación, ni se atropellaban ni confundían, cabiendo todos en el plano ideal de que he hablado. Yo ahora, yo mañana, yo comiendo, yo durmiendo, yo enfermo, yo en plena labor... y a lo lejos, como envuelto en tenuísima bruma, yo siempre, pero más maduro... más viejo, en unión de hombres

y mujeres conocidos y desconocidos, de perspectivas de ciudades, de campos, de habitaciones...

Por último, en una lontananza que no estaba constituída precisamente por la distancia, sino por la muchedumbre de estados, de actos, de situaciones diversas, mi camino expiraba en vaguedades indecibles; y el panorama, sin aquélla como teoría inmóvil de seres y de cosas conmigo relacionados, continuaba imborrable, lleno de figuras, de formas varias, de acciones por ejecutarse...

Cosa más peregrina aún: desde el momento en que, extendido en mi lecho, había comenzado a vislumbrar estas perspectivas, estos panoramas, los primeros términos del paisaje interior iban acercándose, como una gran cinta móvil... como un camino poblado de infinidad de fantasmas que viniese hacia mí... Sólo que, observando un poco, bien pronto caí en la cuenta de que aquello era inmóvil, y de que sufría yo ilusión idéntica a la del viajero del tren, que cree que andan los árboles y las casas y que desfilan frente a él. En realidad, me fué fácil darme cuenta en breve de que yo, animado por un movimiento incomprensible, que no se efectuaba a través del espacio sino de una dimensión desconocida, iba hacia toda aquella ordenada muchedumbre de actos, de seres y de cosas disími-

les. Pasaba yo, no al lado, sino como al través de cada uno de ellos; me iba como metiendo flúidicamente dentro de los yos que estaban escalonados en el camino, y ejecutando los actos previstos; los cuales no desaparecían porque yo los ejecutase, sino que sencillamente tomaban diversa posición con respecto a mí mismo, de suerte que ya no me era dable tocarlos, poseerlos, identificármelos, pero sí verlos en perspectiva distinta, que iba en sentido opuesto, hasta llegar en brumosos panoramas a mi infancia y a mi nacimiento...

Lo que más me sorprendía de aquella interior visión, era que no me inquietase en lo más mínimo; que me pareciese, por el contrario, no sólo natural, sino consubstancial a mí, en sumo grado. Al principio me contenté con divagar a través de las diversas perspectivas, perezosamente, sin interesarme en ninguna sucesión especial de hechos, pero después fuí como aclarando mi visión, como desmadejándola y definiéndola, y entonces pude seguir los hilos, no sólo de mi propia vida, sino de muchas ajenas, pues a medida que más insistía en ver, se ampliaban más los planos...

Mi asiduidad hizo que mirase en relativamente cercano *devenir* una vida, que suavemente empezaba en no sé qué recodo del futuro a unirse con la vida mía. Era una mujer, era un

rostro... era un fantasma, pero lleno de precisión y de prestigio.

Primero, el camino que parecía seguir era paralelo al mío; luego iba orientándose hacia mi camino; y, por fin, los dos se confundían en uno que ondulaba entre flores... Pero—¡oh angustia presentida ya por el sabio, antes de practicar la operación maravillosa de que había yo sido objeto!—las dos vidas se desunían en determinado punto del sendero, y aquella mujer desaparecía para siempre, dejándome continuar solo el camino...

Cuando comencé a verla en esa zona luminosa de futuro que se extendía ante mi visión interior, estaba todavía lejos. Su infancia transcurría en un sitio delicioso. Era una *villa*, un castillo mejor dicho, rodeado de inmenso parque y enclavado sobre una eminencia que descendía en ondulaciones verdes y suaves, hasta muy cerca de una playa amplísima donde morían cantando las ondas azules y sonoras del mar... ¿de qué mar?

Aquel paisaje lo mismo podía ser de Biarritz que de Trouville, de Niza que del Mar del Plata... Lo indudable era que yo lo conocía, que había estado alguna vez allí.

Los primeros días de mi convalecencia los pasé con el alma vuelta toda hacia la visión futura, hacia la rapaza adorable, más adorable a

medida que más la contemplaba, en aquella como lontananza gris perla, levemente dorada, en que su silueta rítmica parecía moverse.

Y contemplándola pasábame las horas muertas, sin querer ver ya más que a ella y en ella pensar continuamente, esquivando responder a las preguntas curiosas de las enfermeras y del médico que, ansioso de palpar los resultados de su audaz operación, venía muy a menudo a verme.

Todo me era tedioso en el desabrimiento de mi convalecer, menos aquella silueta armónica que, sin presentir siquiera mi existencia, triscaba por los prados y entre los árboles... o presintiéndola quizá... Sí, presintiéndola quizá, porque una tarde dejó el juego y, apartándose de una amiguita suya, fué a sentarse en un poyo sombreado por copudo árbol. Allí quedóse pensativa, con la mirada vaga... y de pronto, sus ojos se clavaron en mí. ¿Cómo? no acertaré a decirlo: aquella mirada era un absurdo, un imposible... pero sus ojos se habían clavado en los míos, segura, indudable, indefectiblemente. Yo sentía derramarse por mi espíritu su mirada, y mis ojos sabían que sus ojos estaban fijos en ellos, y sabían, además, por una sensación como de rechazo flúidico, que los de ella, profundamente azules, recibían a su vez su choque místico... Sí, por algunos instantes, aquella mujer que me es-

taba destinada, aquella niña que iba a amarme más tarde, y yo nos vimos a través del tiempo, con la misma precisión que si nos separase sólo el alféizar de una ventana florida...

... Después, la jovencita volvió a sus juegos, y ya no tornó a ponerse pensativa, y *ya no me vió más en aquel día...*





III

Al siguiente día, el médico, impaciente y nervioso ante mi silencio, se resolvió por fin a interrogarme de una manera directa, aprovechando la ausencia de los enfermos.

—¿Cómo se siente usted?—me preguntó.

—¡Perfectamente!—le respondí con sequedad.

—¿No sufre usted?

—No sufro.

—¿«Ve» usted?...

—Veo.

—¿Todo?

—Absolutamente todo...

—¿Y experimenta usted alguna sensación desagradable?

—Al contrario...

—Se diría, sin embargo, que me guarda usted rencor...

—De ninguna manera...

—Entonces, ¿por qué esquiva usted toda explicación?

—Porque en estos momentos soy feliz, infinitamente feliz con lo que veo, y no quiero apartar de esta visión mi retina interior.

—¿Cuándo me lo dirá usted todo?...

—Más tarde; piense usted que aún vacilo en este dédalo de sensaciones contradictorias, que aún no me oriento. El mundo que se me revela es inmenso, indescriptible... Déjeme usted coordinar mis ideas. Por ahora, bástele saber que ha triunfado usted, que logró cuanto se proponía, que su operación ha tenido un éxito maravilloso, que veo el porvenir, el mío y el de los demás, pero el mío especialmente por la claridad con que contemplo mi pasado... Mas necesito adaptarme a este nuevo plano, a este nuevo universo... y, sobre todo, quiero estar solo con mi fantasma.

—¿Con su fantasma?...

—Sí, doctor, con mi fantasma, con mi adorado fantasma... Estoy enamorado de una ¿cómo llamarle?... de una posibilidad; no, digo mal, estoy enamorado de una imagen, pero de la imagen de una criatura viviente... Estoy... pero no me pregunte usted nada, porque toda explicación profanaría la divina realidad de mi ensueño... Déjeme usted tranquilo, aquí, como me

hallo, frente a esta gran ventana que da al jardín de la clínica, y por donde se cuelan hálitos capitosos de primavera. Ordene usted a los enfermeros que no me hablen; dígales que necesito para reponerme mucho silencio y mucha paz... Y usted no me interrogue... en nombre de nuestra amistad.

Vi en la perplejidad del doctor que no comprendía (ni cómo había de comprender) mis palabras; pero, a fuer de hombre discreto, accedió sonriendo a lo que le pedía, y me dejó tranquilo. Los enfermeros, por su parte, no me molestaron más. Acercábanse únicamente para alimentarme, y lo hacían en silencio, alejándose en cuanto su presencia dejaba de ser indispensable para éste u otros menesteres.

Empezó, pues, para mí, desde entonces, una vida única, paradisíaca. Absorto ante mi futuro, con la misma devoción con que los viejos se engolfan en su pasado, ya no más abría los ojos. El presente me era tedioso, y su desabrimiento parecíame mayor cada día. Mi solo consuelo consistía en sentir que un movimiento inexplicable y misterioso me acercaba a mi amada. Y a medida que me iba acercando, abarcaba, por decirlo así, más porción del camino futuro, y la veía mejor. Podía deliberadamente (y ésta era una de las condiciones más apetecibles de mi actual estado) detener mi mirada interior donde

me placía, ya en una, ya en la otra etapa del futuro; de suerte que un día, por ejemplo, complacíame en contemplarla en sus juegos infantiles, en ese límite de oro en que va a acabar el ángel y a empezar la mujer; otras veces iba más hacia adelante, allí donde su vida estaba ya muy cerca de la mía, y quedábame en éxtasis ante sus nacientes encantos de moza, ante las insinuaciones suaves y prometedoras de la curva, que después era deleite de los ojos y el sentido. Llegaba hasta la intersección de nuestras vidas... y allí deteníame para no anticiparme y empequeñecer así el máximo goce futuro, no de otra suerte que como, cuando leemos un libro interesante, esquivamos hablar con quien lo ha recorrido ya, y aun le suplicamos que no nos revele el desenlace. Solo, sí, me saturaba el alma del encanto y del perfume de aquella existencia, que aún no aparecía en mi camino, pero que podía ver yo, único entre todos los hombres, gracias a la metamorfosis sorprendente operada en mi sensorio.

Ella, en tanto, seguía marchando inconsciente, risueña y juguetona, hacia la inevitable cita que le había dado el destino para arrojarla a mis brazos. Ajena a todo, sólo de vez en cuando esa enigmática sensación interior que se llama el presentimiento le agitaba el corazón, y acaso le dibujaba mi imagen allá en el fondo del alma...

Entonces la ideal criatura suspendía sus juegos como en aquella tarde, y se sentaba pensativa en el banco de piedra, con los ojos clavados en un punto hipotético. Era en ese instante cuando nuestras miradas se encontraban a través del tiempo, produciéndose una turbación arcana, indecible, profunda...

Decir que este *oso* a la Quimera de hoy, pero realidad de mañana, que este *flirt* con un futuro de mujer es inexpresable, no es decir nada; afirmar que no hay palabras con qué describirlo, es ensuciar, opacar con clisés estúpidos la intangible verdad del ensueño. Yo no creo que ningún dios haya gozado lo que yo gozaba amando aquello que debía venir; no creo que en vida humana haya habido jamás el delicioso refinamiento de la mía; no imagino que las aventuras raras de la historia hayan tenido nunca la rareza de mi sin par aventura.

Era yo como un Tántalo al revés. Complacíame en ansiar el bien que forzosamente debía pertenecerme; en tener sed del agua mística y milagrosa, que sólo para mí se despeñaba ya de las montañas del Ideal, y corría sonante y cristalina hacia mi boca... Pero un día, a la beatitud empezó a suceder cierta leve impaciencia... A fuerza de ver y amar a aquella criatura, un vivo anhelo de poseerla, el viejo deseo, padre de la especie, empezó a morder cruelmente mis en-

trañas. Medía el camino que nos separaba aún, y lo encontraba más largo de lo que ansiaba mi anhelo. La certidumbre absoluta de que todo esfuerzo sería vano para anticipar los acontecimientos, acrecía mi deseo de posesión y, al fin, éste se convirtió en una fiebre, lenta primero, furiosa después... Una para mí visible cadena de sucesos, de hechos, de actos, me separaba de mi amada. Nadie en el mundo, ningún arbitrio, ningún conjuro era bastante a hacer más corta esta cadena. Lo que había de suceder sucedería, con la implacable lentitud de su concatenación rigurosa. Yo podía, único hombre sobre el haz de la tierra, ver mi futuro, pero no acercarlo ni en el espesor de un cabello...

Que ella habría de venir hacia mí, era un hecho absoluto; pero que no llegaría sino «a su tiempo» y sazón; era absoluto también!

Tales consideraciones no hicieron más que enardecer mis deseos, que llegaron hasta el paroxismo. Horas enteras pasé llamando a mi intangible niña, que jugaba, se reposaba, soñaba, delante de mí, en una misteriosa aunque distinta lejanía, haciéndole signos que no podía ver... diciéndole ternezas que no podía oir...

—Ven—exclamaba—; ven ya, amor mío, salva esas vanas lindes de la infancia, burla como yo la engañifa del tiempo, rompe los muros invisibles que nos separan, y échate en mis brazos,

en mis brazos que te aguardan, que corren, mejor dicho, hacia los tuyos, como dos alas abiertas, y que desesperan de llegar...

Pero la silueta lejana continuaba insensible... ¡Qué medio hostil nos separaba! ¡qué muro de diamante era aquél, conductor de la luz, cómplice de la visión, pero refractario a toda voz y a todo eco!...

Sin embargo, una noche ¡oh, lo recuerdo! la niña dormía en actitud angélica, a tiempo que yo decíale las cosas más cálidas y acariciadoras que el amor humano ha podido encontrar en los tesoros del idioma, y de pronto, a un grito mío de ternura, más intenso y delirante que los otros, abrió los ojos, se incorporó, inquieta, apoyando su cabecita adorable en la diestra, permaneció algunos minutos mirando hacia el futuro, de donde le venían mis voces lejanas, tan insinuantes y poderosas que habían logrado traspasar el muro aquél, burlar la lógica del tiempo y llegar a su oído de virgen, confusas quizá, pero con fuerzas suficientes para despertarla de su sueño.



IV

Al cabo de cierto tiempo llegó, empero, mi angustia a ser de tal manera insoportable, que resolví no ver más hacia aquella zona luminosa en que florecía, antes de pertenecerme, la vida que me estaba destinada, y procuré entretenerme viendo venir los hechos inmediatos, examinando los *mañanas de cada hoy;* pero entonces caí en un desaliento grande, porque todo empezó a perder su interés para mí. Muchas ideas que me parecían importantes, muchas acciones ejecutadas en otro tiempo hasta con énfasis, se perdían con sus consecuencias en un futuro cercano, sin haber servido de nada, sin dejar la menor estela, sin reforzar posibilidad ninguna... ¡Qué pocas cosas, de las que hacemos con tanto afán los hombres, me parecían dignas de haberse ejecutado! ¡Literatos y artistas que habían sa-

crificado todo al bombo, desaparecidos en absoluto unos cuantos días después de muertos en la memoria de los hombres! ¡Capitalistas que ahora pasaban la pena negra para aumentar en algunas ruedas de oro o en algunas *acciones* su acervo, arruinados mañana y despreciados por aquellos a quienes habían negado todo servicio! ¡Viudas archiconsoladas en breve; señoritos elegantes, estafando algunos años después fuertes sumas; toda la miseria y la necedad del hoy, comprobada por el mañana implacable!

¡Cuánto desperdicio de hechos, de sucesos, de actos humanos, para obtenerse una mínima consecuencia en el porvenir! Y por lo que respecta a los hombres; cuántos, pero cuántos, absolutamente inútiles! El genio de la especie no aprovechaba en el futuro, de cada millón, más que uno o dos; pero era claro que sin ese millón, el uno o dos individuos útiles no podían existir. Se advertían, pues, claros, los designios inmediatos de la naturaleza: Producir mucha gente, una densísima masa humana, para durar, a pesar de todo lo aleatorio de la vida; y obtener, de esta enorme masa unos cuantos individuos tipos, de los que sólo se logran merced a innumerables coincidencias y circunstancias felices, y que colaboran con el Genio de la especie al mejoramiento y a la grandeza de la misma...

¡Y qué ridícula me parecía la petulante solem-

nidad de tantos y tantos hombres que conocía yo, siempre pagados de sí mismos, siempre engreídos de su importancia, acumulando empleos y honores vanos, mientras en los confines de la miseria se debatían con todos los horrores y todas las angustias, pulimentando así su espíritu para más tarde, seres que eran la verdadera flor y nata de la humanidad, porque estaban destinados a cepa de semidioses!...

¡Cuántos infelices vi despreciados por la pomposa suficiencia de nulidades, dando origen, a través de sólo tres o cuatro generaciones, a inventores sorprendentes, a reformadores admirables, a pastores de pueblos... mientras que los otros, los orgullosos, solían acabar, a través de las mismas generaciones, en un hospital o un manicomio, en las personas de nietos y biznietos epilépticos, paralíticos, imbéciles!...

¡Cuán noble y alta me pareció entonces la justicia, esa justicia distributiva de que antes había yo llegado a dudar! El espíritu humano necesitaba en absoluto el pulimento del dolor. Los cristianos hacían bien en considerar el dolor como la predestinación más alta. No sufrían mucho en la vida sino las almas de diamante destinadas a altos fines, las capaces de soportar el fuego; las almas de lodo, en cambio, eran tan felices en su epicureísmo como el cerdo: *epicurae grege porcum*... Y si los desheredados o los tris-

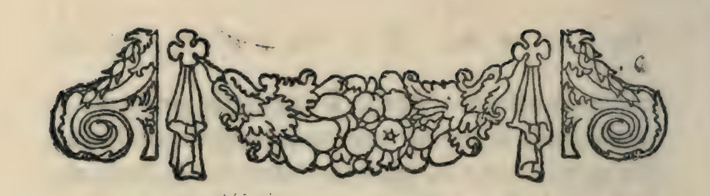
tes de la vida hubiesen podido ver como yo la grandeza futura de su estirpe, la glorificación de su esfuerzo, la divinización de su dolor actual, la importancia de este dolor para mejorar el mundo, de seguro que todos hubieran caído en éxtasis.

En cuanto a los poderosos de la tierra, de fijo que al vislumbrar lo que yo vislumbraba, no de la eternidad, sino del simple futuro, de su bienestar, del plato de lentejas por el que trocaban su primogenitura, se habrían apresurado a desprenderse de todo, absolutamente de todo, y a adoptar amorosísimamente la penuria, el abandono, el frío y la soledad de los genios y de los santos.

La humanidad vivía atada a la tierra con una cadena de oro y engañada por el oro mismo, presumiendo que sólo dentro de ese torbellino de metal era posible la vida. En un siglo de progreso desigual, en un período de mercadería, el hombre iba animalizándose lentamente, sin una brizna ya de energías íntimas para las cosas esenciales, para la contemplación del universo. Y como procuraba pulir y afinar su espíritu para volverlo indestructible, inmortal, sólo su oro le sobrevivía, y eso en manos de otros (¡cuán otros, sí!), de aquellos por quienes había trabajado, penado y sufrido desvelos. Y a poco andar, el oro ya no era nada, ya no valía nada, ni significaba

nada. El mundo, llegado a una etapa muy avanzada de su desenvolvimiento, ni memoria tenía de que hubiese existido la moneda. Y todo el trabajo, toda la fatiga de los siglos, todo el odiar y llorar y anhelar por el oro y para el oro, aparecían entonces inútiles y ridículos, y lo único serio era el pensamiento de los hombres, hecho todo de inmaterial luz y de excelso ensueño...

Resueltas las necesidades primordiales de la especie, ésta se angelizaba a diario: ¡sus carnes mismas, cómo se azulaban y diafanizaban! Y a los sabios del porvenir que, por estudio, retrotraían su pensamiento a las épocas actuales, pareciales absurdo que hubiese podido vivirse de otro modo. El negocio, que según la feliz expresión de Alfonso Karr, es el dinero de los demás, en muy próximo futuro moría. La equidad se enseñoreaba del mundo mucho más pronto de lo que habían imaginado los pesimistas, porque hay revoluciones que se preparan en los escondrijos del ir y venir cotidiano, y que de pronto estallan en llamarada divina ante la muda estupefacción de las razas.



V

En cuanto pude levantarme, el operador no me perdonó ya mi silencio ni mi apartamiento. Puesto que podía yo lozanear como planta que vuelve a la vida, puesto que a mi rostro los colores tornaban y mi pulso latía con firmeza, ya no era justo que él esperase más su gran parte de triunfo, de gloria, a que le hacía acreedor la nunca vista operación en mí practicada con tanto éxito, gracias a su pericia.

No hubo, pues, remedio. Fué preciso ir de aquí para allí: primero a la Escuela de Medicina, después a otros innumerables centros científicos, donde fuí objeto de la más irritante curiosidad, pues aquellos sabios escudriñaban mis impresiones y sensaciones con desplante verdaderamente vejatorio, e iban anotando las respuestas

que daba yo a su metódico e indigesto cuestionario, con una minuciosidad insoportable.

Fueron esos días de dura prueba para mí. No me daba punto de reposo, y en la noche volvía tan fatigado a mi rincón, que mi único anhelo era la inconsciencia bienhechora del sueño; inconsciencia relativa, a decir verdad, pues, en mi nuevo estado, los ensueños tenían extraordinaria y angustiosa lucidez.

Naturalmente, mi retrato, mi biografía, mis impresiones, abultadas por reporters, el relato nimio de la operación famosa (con proyecciones cinematográficas) y otras lindezas por el estilo, llenaron páginas de revistas y diarios, especialistas o no. El operador crecía en gloria y fama a cada instante. Era el hombre del día en el mundo. Varios yanquis excéntricos le habían telegrafiado pidiéndole que les operase, y él empezaba a tarifar, sin andarse con remilgos, las intervenciones quirúrgicas de nuevo cuño, la «Martinización», como llamaba ya a su procedimiento; pues acaso olvidé deciros, por creerlo dato baladí, que el sabio eminentísimo no se apellidaba más que Martínez (¡apenas Martínez!, como decía un colega y amigo íntimo suyo, que le odiaba con toda cordialidad desde su descubrimiento).

Pasó empero—¡qué no pasa!—aquel aluvión de publicidad, para mí cuando menos. El anun-

cio de nuevas operaciones hizo olvidar mi nombre, y yo entonces, sediento de reposo, ansiando con toda el alma encontrarme con mi fantasma, corrí hacia la costa cantábrica, y en una playita ignorada e íntima, donde mi *tête à tête* con el mar tenía que ser casi absoluto, alquilé una *villa* y me entregué a mí mismo.

«Ella» volvió a aparecérseme con todo el diáfano y sereno encanto de su adolescencia, perfumada y resplandeciente. Y cada día veíala yo más cerca, tal una proyección que va agrandándose y aclarándose en la pantalla, a medida que mejor se la enfoca. Podía ya discernir perfectamente las circunstancias en que debía efectuarse el primer encuentro. Dentro de un período de tiempo, difícil de medir, dado que justamente mi visión lo anulaba; en una playa, que no era aquella en que me hallaba a la sazón, pero que acaso no estaba muy lejana, ese servidor del Misterio que se llama el Azar, debía apersonarnos y hacer surgir en nuestros espíritus la eterna Ilusión, madre de las razas... (En su espíritu debiera yo más bien decir, porque yo me había anticipado al destino, merced a una treta milagrosa, y amaba ya a la que iba a venir, como si la tuviese por primera vez entre mis brazos).

Se acercaba, pues, se acercaba... Todos los instantes, como invisibles manos, la empujaban hacia mí...

¡Amar así, qué delicia...! ¡sin miedo al mañana, que indefectiblemente nos ha de traer el bien; al mañana, que a otros les quita y a mí iba a darme; al mañana, que por lo desconocido es para todos amenaza, y para mí solo era esperanza...!

¡Amar así...! Pero ¡oh, miseria nuestra!, ¿por ventura el amor no es planta de tal índole, que sólo puede germinar, crecer, vivir entre el miedo, la angustia, lo imprevisto?...

¿No es tal nuestra idiosincrasia, que dejamos el bien cierto y grande por el bien mediocre e hipotético?

Y lo imprevisto, sobre todo, ¿no es el señuelo por excelencia del amor?

Así, pues, aquella dicha cierta, acariciada, detalle a detalle, noche y día, por la facultad nueva, por el sexto sentido nato gracias a la operación famosa, por cierta iba siendo menos dicha... En cambio, tales y cuales males futuros, enfermedades, disgustos, fracasos, y sobre todo la visión de la muerte, que, a pesar de mi voluntad, solía surgir precisa en la lontananza, seguida de una zona obscura, muy obscura, empezaban a mortificarme más de la cuenta.

Yo era un dios (¡qué duda cabe, si poseía lo que mortal ninguno poseyó nunca!); pero por lo mismo, comenzaba a padecer el espantoso tormento de los dioses: ¡la Previsión, en el verda-

dero, en el estricto sentido de la palabra, la *previsión* que quita toda la vaguedad, todo el encanto, el enigma todo a las cosas de la vida, y en cambio nos muestra con sus menores detalles el mañana, tal cual es, acabando en la negrura del aniquilamiento: la *previsión*, el más implacable de los males, el más espantoso privilegio de la vida consciente!

Sí, aquella mujer sería mía, e íbamos a amarnos mucho, e íbamos a marchar de la mano por el camino, rodeados de nuestros hijos; *pero* más allá, un poco más allá estaba la muerte... la inexorable muerte hacia la cual corríamos ella y yo desalados, acezando, con un vértigo de velocidad...

La sociedad de mí mismo, gracias a esta nueva visión de las cosas, a esta nueva aprensión de mi futuro, fuéseme haciendo insoportable a su vez. El mal cierto me atormentaba de antemano; el bien cierto, gracias a la previsión, se me volvía insípido y poco deseable. Y yo, que había ido a la playa solitaria a recrearme con mi fantasma, eché a correr una noche de allí, a todo el vapor del expreso, hacia Biarritz, en busca de gente, de trivialidad, de ruido, de aturdimiento, que me despegasen de mi yo, de mi visión, de mi lucidez, de mi insoportable sentido nuevo...

Risas, músicas y charlas de casinos, cafés invadidos por multitudes triviales, elegantes y cos-

mopolitas, bocinear de automóviles, ecos de deportes: eso, eso quería yo e iba a buscarlo...

He dicho ya—y, si no lo dije, bien está que ahora lo exprese—que mi visión del futuro era voluntaria. La operación de mi cerebro, al obtenerla, era análoga al esfuerzo más o menos leve que hacemos para recordar. Al futuro me asomaba yo, como se asoma uno a la ventana para ver el paisaje. Libre quedaba, pues, de asomarme; pero así como a pesar de nuestra voluntad y del dominio que tenemos sobre nuestra imaginación, ésta nos impone a veces imágenes obsesoras de las que difícilmente nos desembarazamos, así también, con mucho esfuerzo, podia yo esquivar mis visiones del mañana. Sin embargo, desde que llegué a Biarritz, de tal suerte me lancé a la vida mundana, supe meterme en un torbellino tal, que ya ni de día ni de noche torné a la dolorosa o plácida contemplación de lo venidero, y ni siquiera fijé una sola vez los ojos interiores en mi fantasma.

Todos los días jugaba al golf (deporte que fué siempre mi predilección), acompañado de insulsos pollos de lo más granado del cosmopolitismo veraniego de la Costa de Plata. Meter una bola en un agujero me resultaba tan calmante como ver correr el agua. Y cierta tarde gloriosa, de esas en que el sol, estriado de bandas de nubes, cae con una pompa incomparable, man-

chando de rojo la arisca *Côte de Basques*, el ideal *Rocher de la Vierge*, el fantástico y gracioso semicírculo de palacios que dominan la *grande plage*, mientras distraído contemplaba a una miss recorrer kilómetros con la consabida pelota, vi de pronto venir en mi dirección a una jovencita vestida de blanco, ligera, ágil, sonriente... incomparablemente graciosa.

Bella creatura di bianco vestita...

«¡Ella!»

Sí, «Ella», voceó mi corazón: «Ella», clamoreó mi alma toda: «Ella», dijo el ritmo de mi sangre; y mis entrañas gritaron: «¡Ella!»

¡Al verme se detuvo, pareció vacilar un momento, como si me reconociese, y sonrió... con divina, sí, con divina sonrisa; y yo temblando y ella encendida como el alba, nos tendimos resueltamente la mano, ya para siempre, ante la tarde que moría, ante el mar palpitante que se embozaba en brumas, ante las silenciosas primeras estrellas!





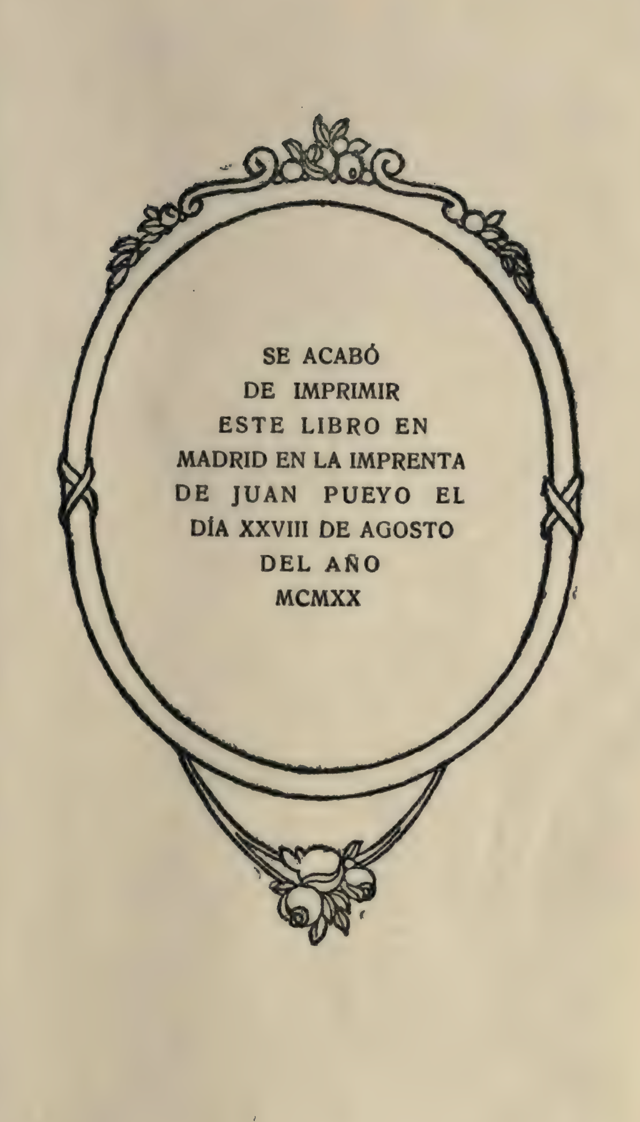
VI

Sí, bien lo sé: vosotras, almas ingenuas, que no dormís tranquilas hasta que no sabéis el desenlace de una novela, que no la juzgáis completa si queda flotando un hilo, almas que cada día sois menos; vosotras querríais que yo os dijese lo que pasó después: nuestras dichas, nuestros éxtasis, nuestras lágrimas, los horrores y las delicias del privilegio tremendo que me había sido otorgado... ¡Pero para qué, amigos míos, para qué! Esta historia no debe tener fin, creédmelo...





INDICE



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXVIII DE AGOSTO
DEL AÑO
MCMXX



